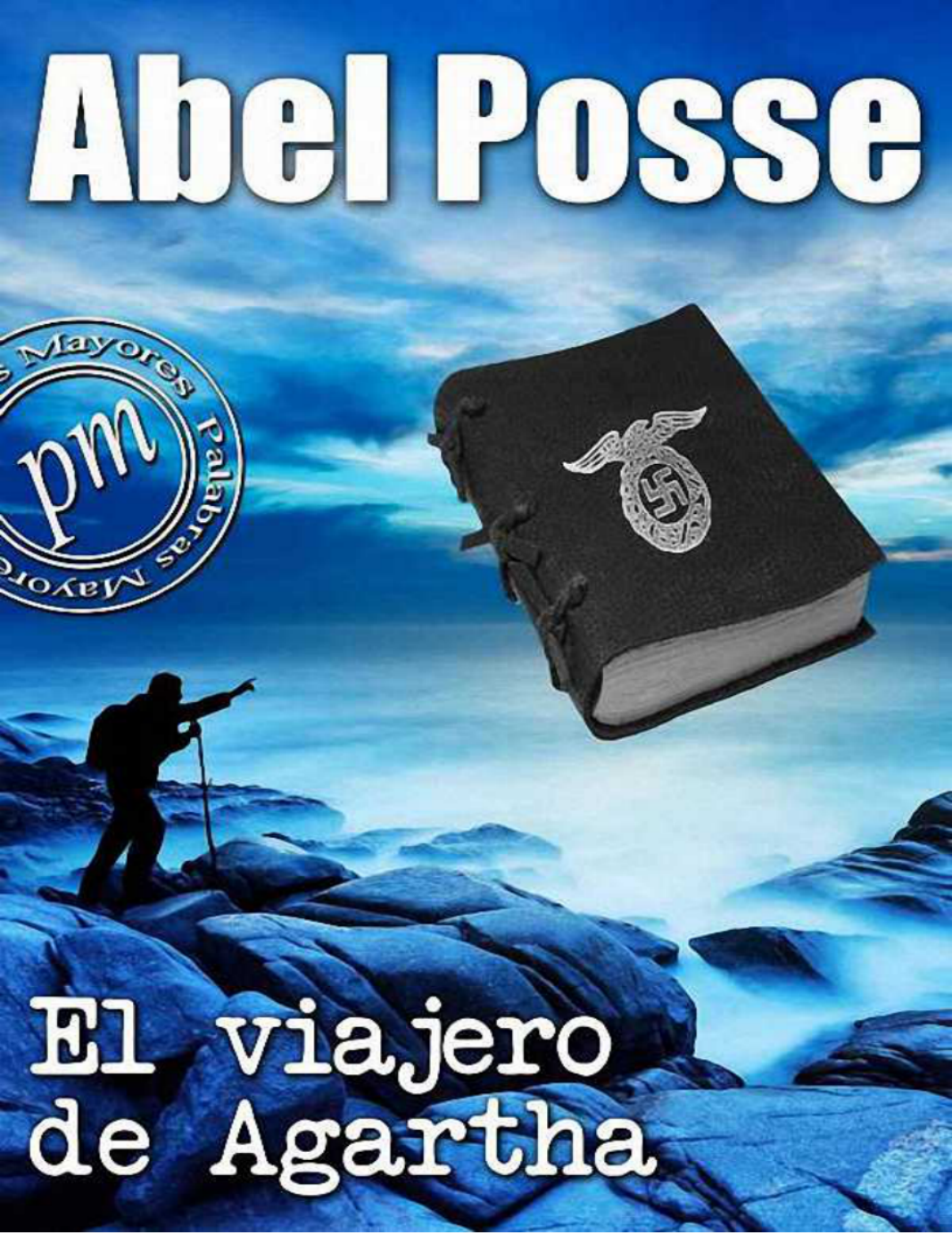
Abel Posse



El viajero de Agartha

El viajero de Agartha

ABEL POSSE

Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

© Abel Posse
© de esta edición, 2013
Leer-e
www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15858-58-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

El viajero de Agartha

Nota del autor

Conocí a algunos nazis refugiados en la Argentina de mis años de estudiante. Desde entonces se instaló en mí la pregunta: ¿qué convicción oculta, inexplicable, llevó a estos hombres a optar por la muerte, el sacrificio sangriento y la autodestrucción individual y nacional? ¿Qué fuerza secreta los hizo saltar del previsible surco de la burguesía alemana y de su encomiable cultura?

Sin duda un dios tan sediento de sangre como el dios de los mexicas tuvo que haberlos impulsado.

Este texto nació en torno de aquella pregunta. El tema, todavía hoy, ha sido escamoteado con entusiasmo por los autores alemanes, pero está ligado a la esencia del autoritarismo y de la locura de este siglo que expira.

Es por lo tanto un tema universal, un tema profundamente americano.

Abel Posse, 1989

Hitler parece ser que hizo una última y desesperada apuesta mágica en un intento de revertir lo inevitable. Apeló a los 'poderes supremos' para que le dieran la victoria.

NIGEL PENNICK

¿Cómo explicarle a un inglés que la suerte del mundo se juega en el Tíbet?

LOUIS PAUWELS

Los nazis pasaron cada hora de su vida persiguiendo una fantasía sagrada; que lograron convertir en realidad histórica… Si queremos llevar las cosas al extremo podemos afirmar que fueron héroes de una moralidad satánica.

DALTON TRUMBO

I

Desde Singapur en el camino de los iniciados

Singapur, septiembre de 1943

Abro este libro de notas en el tedio de la espera. Sé que la experiencia que tendré que vivir será única y que, por lo menos en la parte final, seguramente no habrá testigos.

Estoy bañado en la humedad de los trópicos, debo poner una servilleta entre mi puño y la página. *Hotel Empire:* pretencioso título para este antro que aún huele a la decadencia británica y que ahora regentan nuestros aliados japoneses. Desde el balcón de madera miro hacia el jardín desquiciado, invadido por los cañaverales. Grandes hojas de seda verde soportan la furiosa metralla de la lluvia. Cuando escampa, cada cinco o diez minutos, las plantas parecen respirar del castigo y contar sus pérdidas: frutos caídos, flores deshechas, tallos doblados.

A través de la calle, bajo un tinglado de palma, los cargadores desocupados y los *coolies* chinos juegan a los dados. Apuestan por pipas de opio. Se juegan sueños, efímeras delicias de la droga, es mucho más que dinero. (Se comprende que perder significará para ellos lo peor: seguir en la realidad).

Desde este tercer piso se puede ver parte del puerto y las aguas que se abren hacia el Estrecho de Singapur. Hay un bosque de mástiles de los cargueros japoneses que día y noche desembarcan pertrechos para reforzar la isla, que los ingleses siguen ambicionando como un enclave fundamental para su dominación de Oriente: es el paso hacia la India. Cuando aclara hasta es visible la chimenea ennegrecida del pequeño carguero griego que opera para nuestro servicio de espionaje, el S. D. *Ausland.* En él me embarcaré al amanecer con mi identidad y mi disfraz inglés para alcanzar Calcuta y desde allí intentar mi descenso hacia el centro supremo.

Largas horas de espera. Anotar me conforta. Es más que encontrarse en el espejo del baño. La soledad se quiebra en profundo. Es reflexión y a la vez una travesura contra la destrucción inexorable del tiempo que pasa. Caigo de la circunstancia al yo profundo. Sé que la soledad envilece. Ese *otro* interior que aparece en la escritura me la hace llevadera.

No tomo riesgo: mediante un simple truco químico todas estas palabras se tornarán nada. Pura nada (que es lo que espera a toda nuestra cultura. Incluso Dante, Nietzsche y mi querido Hölderlin).

He guardado minuciosamente los mapas. Están disfrazados de cartas inglesas, que son las usuales para estas regiones que nuestro enemigo siempre dominó imperialmente. Primero viajaban los exploradores y cartógrafos, después la tropa de ocupación, por último los repulsivos misioneros, Biblia en mano, y la legión de mercachifles, traficantes y administradores. Era un ciclo perfecto, repetido en todo el globo.

Sobre esos mapas ingleses han trabajado sutilmente nuestros especialistas del Instituto *Ahnenerbe,* la organización encargada de los estudios más secretos del nazismo. Han fijado las sendas y los probables centros secretos como quien siembra una dimensión metafísica sobre la nada de los agrimensores y tenderos británicos.

El trabajo de *Ahnenerbe* ha sido el resultado de años de experiencias ocultas. Sintetiza una información casi inaccesible que se remonta a las posibles avanzadas que destacó Alejandro el Grande desde Bactriana y Alejandría Eschata, pasando por las dudosas versiones de la migración de los últimos esenios al Asia Central, después de la destrucción de Massada por la legión de Florus. Recoge luego las señales ambiguas dejadas por Rudolf von Sebbotendorf a los miembros de la Sociedad de Thule, los delirios de Dietrich Eckart a su regreso de Mongolia. Tratan de fijar las notas del abate Theodorico von Hagen en el pasado siglo, escritas a su regreso, cuando ya estaba loco. Fue un ímprobo trabajo realmente.

Un doble del mapa principal ha sido reproducido con tintas especiales sobre tela impermeable que llevo cosido en el interior de mi chaqueta de campaña.

Es el mismo mapa que había extendido el *Reichsleiter* Martin Bormann cuando me convocó a su nido de águilas, en el

Obersalzbach, para confirmarme mi misión.

Había sido finalmente elegido después de muchos años de formación, al margen de todo, incluso del honor del frente de guerra; años de estudios universitarios en cosmografía, cosmología, religiones y lenguas orientales. Trabajos en el Instituto *Ahnenerbe.* Todo cobraba ahora sentido: yo era el enviado, el elegido.

–Esto es más que un mapa –dijo Bormann–. Es una unión de lo real visible con lo mágico y lo invisible. Busca el punto de apertura, de paso, de lo físico a lo metafísico. Probablemente une lo posible con lo utópico, el origen con el futuro…

No olvidé ninguna de sus palabras, ninguno de sus gestos. Sus ojos se concentraban en una mirada intensa. Allí, sobre la mesa baja, no parecía más que un simple mapa. Pero muchos hombres durante años habían cumplido funciones especiales y de espionaje en el British Museum y en los Archivos Reservados de la Corona Británica, en la casi inaccesible biblioteca secreta del Vaticano. Nuestro servicio de espionaje en Moscú sobornó gente y hasta perdió a un agente para poder conseguir el croquis del "Plan de una Ciudad Perdida pero Futura" que Gurdjieff con un toque de humorista excéntrico dejó en Tiflis, en un sobre dirigido a la "Gaspadina Dugashvili", la madre de José Stalin, al huir de la ocupación soviética. (Gurdjieff había sido condiscípulo de Stalin en el liceo de Alexandropol).

Todo se definió cuando me ordenaron viajar a Salzburgo y alojarme en un pequeño hotel frecuentado por estudiantes y admiradores de Mozart. Me inscribí con el nombre falso convenido en *Ahnenerbe.*

Mientras desayunaba leí en el diario local que el día anterior Adolfo Hitler había mantenido una reunión "de gran importancia" con Benito Mussolini en la Villa Gaggia, cerca de Feltre, en el Tirol italiano, no lejos de la frontera austríaca. En esa fecha éramos derrotados en el frente de África y de Rusia. Los "goznes" de la historia giraban en contra nuestra.

Llegaron dos automóviles a la hora acordada y me llevaron custodiado hacia el *Berghof,* la mítica residencia del *Führer* en los Alpes bávaros.

Debimos pasar varios puestos de guardia instalados en las curvas del camino de montaña. En el último puesto me palparon de armas. Un coronel *SS* me introdujo en esa casa abierta lanzada al espacio azul, con magníficos maceteros floridos. Me condujo hasta el salón que daba a una terraza avanzada sobre el espléndido paisaje alpino

donde Adolfo Hitler en persona, con su uniforme habitual, sostenía un arco de madera a través del cual saltaba su perra Biondie.

Era el 20 de julio de 1943.

El jefe de *Ahnenerbe,* el coronel *SS* Wolfram Sievers, fue quien habló:

–Las siniestras fuerzas inferiores han logrado detener nuestra marcha hacia Asia Central. Con la derrota en África hemos perdido el dominio del Mediterráneo … No hemos sido más que una etapa. Nuestros esfuerzos para imponer los poderes del fuego sobre los de la glaciación serán seguidos por otros, en otro ritmo histórico futuro… Por ahora lo más probable es que la raza blanca haya perdido su guerra en Stalingrado.

Había cierta desolación en la mirada de Sievers, pero al mismo tiempo una distante comprensión de una fatalidad. Murmuró mirando hacia Martin Bormann:

–Esta es la situación. Pero debemos recordar lo que sabíamos desde un comienzo: nuestra misión está más allá de los banales criterios de triunfo o derrota. Lucharemos hasta el último día, hasta el último estertor.

Habló exaltadamente de los “poderes de afuera”.

–¡Necesitamos otra vez la plenitud de los poderes, renovar el pacto! Las fuerzas secretas. Antes íbamos como guiados por la mano de los poderosos…

Luego sintetizó los objetivos de mi misión, tal vez la más extraña e improbable que pudiera haberse confiado a alguien.

–Sólo esas fuerzas superiores del espíritu podrán salvarnos y ayudarnos a vencer. Por otra parte, muchos hombres, nuestros mejores científicos, se aproximan a la posibilidad de desencadenar las fuerzas secretas de la materia… Pero el tiempo corre ya aceleradamente en contra de nosotros.

El *Reichsleiter* Bormann aproximó dos estuches que puso sobre la mesa. Extrajo el desarrollo del mapa preparado por *Ahnenerbe* y la síntesis de las crónicas de los viajeros que me habían precedido. Fue en ese momento, evocando al desaparecido Dietrich Eckart, cuando Sievers pronunció por única vez la palabra Agartha.

Bormann abrió el otro estuche y extrajo una caja de marfil muy antiguo de cuyo interior sacó el talismán que serviría de contraseña para mi intento. Era un antiquísimo anillo de bronce o de oro viejo donde estaba engarzado un gran rubí de talla primitiva con el símbolo de la svástica. Los tres nos quedamos mirando en silencio ese objeto cargado de historia. Era el anillo de Gengis Khan. Con él inició en el siglo XII su cruzada y fundó la estirpe de los guerreros

que se afirmarían en el *Herzland* euroasiático, conquistando un imperio que iría desde el mar de la China hasta el Dniéper.

–Con este anillo ellos alcanzaron el supremo objetivo de preservar Asia de la perversión judeocristiana, de la incivilización racionalista. Con este anillo detuvieron a los destructores de la unidad sagrada Tierra-Hombre-Cosmos.

Bormann me extendió el anillo mirándome. Lo tomé.

Era el mismo anillo que Adolfo Hitler había llevado en su mano en la madrugada del 23 de julio de 1940, en su mayor momento de gloria, al ver París a sus pies desde lo alto de la torre Eiffel.

–Cuando usted alcance el último "punto real", por decirlo de algún modo, intervendrá quien espera ese anillo, ese talismán. Es el gran *tulku* Gomchen Rimpoché… Recién allí empezaría su verdadera prueba… El querrá señalarnos el camino y ayudarlo, ayudarnos, o no…

Bormann se ocupó de acondicionar el material que me sería entregado cuando partiese.

El *Führer* había abandonado la terraza y yacía ahora en un mullido sillón de cuero de la sala vecina. Vi que entraba el doctor Morelle con una enfermera. Morelle traía una inyección preparada y con rapidez y concentrada diligencia se la aplicó en el brazo.

Adolfo Hitler había caído en su cuerpo y en el mero tiempo. La perra yacía a sus pies, con igual tedio.

Bormann me llevó a la otra punta del salón donde había un mueble con botellas y sofisticadas copas de Bohemia. Me invitó, por gentileza, a beber un trago. En ningún momento me pareció entusiasmado o comprometido con todo aquello. Con frialdad administrativa me anunció los próximos pasos previstos.

–Alcanzará Singapur. Tendrá que partir en dos semanas, después de la preparación final en el Instituto *Ahnenerbe.* Nuestra línea con Singapur se mantiene fluida. Naturalmente quedará desde este momento bajo custodia de la Gestapo…

Una mujer muy pálida y grácil, con un vestido de seda ajustado y largo apareció en el corredor del fondo e hizo un gesto con la mano que el *Reichsleiter* respondió con un movimiento de cabeza. Me sorprendió la extraordinaria palidez de esa persona, que sonrió antes de desaparecer.

–Brindo por su misión –dijo Bormann–, Sólo la extrema voluntad puede torcer al destino… Pero hay que actuar apenas un segundo antes… Mefistófeles ha olvidado el pacto y el doctor Fausto trata de recordarle su vigencia… A un *SS* se le puede decir que su misión tiene un porcentaje más alto de muerte que de posibilidad de éxito.

Usted es un *Sonderkommando* de una sola persona…

Tomo gin con agua tónica. La soledad y el trópico envilecen. Por suerte bebo lo más acorde con mi disfraz británico.

Dicen que la visión de la lluvia convoca imágenes y fantasmas del pasado.

Me interrumpí para escribir una carta a mi pequeño hijo. Este es el punto final desde el que puedo tener la seguridad de que llegará. No puedo imaginar ya su rostro. Le faltan los años necesarios para comprender el sentido de mis líneas y en especial las alusiones a las causas que me obligaron a abandonarlo.

Es un ser lejano que repite mi sangre. Nada sabe de mí. Crece en una ciudad periférica como al margen de la historia, Buenos Aires. (Estas palabras me suenan a paz, a tierras vacías y aventadas).

Lo cierto es que la carta podrá ser un futuro puente de unión, de encuentro. O un testamento…

Al redactar sentí un mordiscón de sentimentalidad. Perdura en mí el infrahombre, el baldado que seguimos llevando a cuestas aunque nos toque ser protagonistas de la mutación. Todavía aparecen los gemidos de la vieja vida abolida, de esa cultura de la culpa que hemos sustituido por la espada.

Albert, Alberto, con los años se enterará de la historia de su madre española y de los detalles de su muerte en Burgos cuando entraron las fuerzas vencedoras de Franco. Cuando él sea maduro le tocará desentrañar lo que aún no sé: si quería alzarse contra los franquistas o si en realidad quería negar mis ideas, mi fe.

No siento pena por ella. La muerte me parece un cobijo, una zona de seguridad. Estamos en el ciclo del fuego y nadie puede sentir sincera pena por quien ya esté refugiado en el palacio de la muerte. (Muerte involuntaria, o voluntaria como en el caso de Carmen).

Por momentos la lluvia arrecia y raja la seda turgente de las grandes hojas. Cuando amaina se oye de nuevo el chillido de las voces de los *coolies* en sus eternas discusiones, enfurecidos por el aguardiente de arroz. Las peleas a cuchillo son frecuentes, se alivian de sus tristes vidas. Estoy seguro de que el apuñalado debe cerrar los ojos murmurando palabras de agradecimiento al homicida.

Yo, Walther Werner alcancé el grado de teniente coronel de las fuerzas especiales. Soy nazi. Nacionalsocialista. Miembro de las *SS*.

No entiendo que el nuestro sea un partido o una definición política. Eso sería una clasificación banal. Es mucho más: somos agentes al servicio de una epifanía. Producimos ese dios que la condición humana reclama desde hace veinte siglos, desde la impostura del judío Saulo de Tarso.

Hemos debido templarnos como espadas. Sólo la pureza del acero manejado por verdaderos ángeles exterminadores podrá provocar el nacimiento del nuevo hombre.

Me hace bien notar estas verdades esenciales ahora cuando nuestra Alemania se desangra en el año más terrible de la guerra de redención que hemos lanzado.

No es improbable que nuestro esfuerzo quede en un intento que otros sabrán reanudar en otra circunstancia histórica. Las siniestras fuerzas inferiores han detenido en Stalingrado nuestra marcha hacia el Asia Central, como bien lo precisó el *Führer*.

Mis camaradas son aniquilados en todos los frentes. Los he visto figurar en el recuadro negro de los periódicos. Yo he sido mantenido en reserva para esta misión final, casi desesperada.

Súbitamente aparece aquí, en el sórdido *Hotel Empire,* mi compañero de los cursos de Bad Tölz, el querido Grieben. Lo veo sonreír orgulloso al recibir la insignia de los *SS Totenkopf:* una calavera en la gorra con un rictus entre sonriente y sarcástico que seguramente escapó a la voluntad del diseñador.

Ahora es lo que quería: un trabajador de la muerte superado por pilas de cadáveres desnudos que debe cremar y transformar en una columna de humo acre en los incesantes hornos de Auschwitz-Birkenau.

–Trabajaremos hasta el último día para exterminar esa atroz enfermedad, esa lepra moral y metafísica que es el judeocristianismo… –había dicho el doctor Hielscher antes del brindis de la fiesta de despedida del grupo de trabajos especiales.

Todos me saludaron con cierta pena al saber que no se me destinaba a ningún puesto de acción. Para sus adentros lamentaban que me enviasen a los “trabajos intelectuales” del secretísimo Instituto *Ahnenerbe* que las *SS* manejaron a partir de la primavera de 1938.

Sin embargo, yo soy ahora el mensaje de salvación arrojado al mar enfurecido. (Lo anoto sin jactancia, como una simple observación). Sé que probablemente mi misión conlleve mi muerte.

Nagold, el pueblo en que nací. En Suavia, en el profundo Sur. Tierra

de hombres del vino. La tierra de Hölderlin (el único libro que me acompaña aparte de la falsa Biblia que contiene las crónicas secretas de los viajeros de Agartha).

Veo el Neckar entrando en la quieta Tubinga medieval con sus campanarios y la altura de la *Stiftskir che* que se ve desde el valle y la *Platanenallee.* Entre las matas estivales del Neckar corríamos con Grieben cuando toda Nagold, que es una aldea, huele a vino de manzanas.

A lo lejos las suaves colinas del *Schwäbische Alb* cubiertas de bosque secretamente venerado como la fuente de la vida y de los misterios germánicos.

Al anochecer bajábamos hacia la Plaza del Mercado con su invariable fuente donde antiguamente abrevaba el ganado y los caballos que traían la carga para la feria de los martes.

En las noches de verano los enamorados llegaban hasta ella, al pie del memorial de los muertos de la gran guerra y bebían esa agua fresquísima que mana por los vericuetos de piedra. (Yo también bajaría de la colina con Inge y calmaría en ese manantial la sed que da el primer amor).

La pesca con Ludwig (Grieben) nos ocupaba las más excitantes horas de la siesta de verano, cuando zumban las chicharras y los abejorros vuelan como enloquecidos por el aroma sexual de las flores silvestres. ¿Quién iba a decir que Grieben tenía miedo cuando yo lo invitaba a hundirnos en la profundidad del bosque que sube por la ladera de la colina Bismarck? Yo sentía una extraña alegría de poder hacerlo solo.

Me ahondaba en esa neblina azulada y fresca del silencio de la floresta. ¿Qué buscaba, cuál era la esencia de esa atractiva inquietud?

Uno pertenece a la familia, a un pueblo, a una forma de vida; hasta que se nace.

Nagold era mi pueblo, sí. Desde tres generaciones mi familia era propietaria de la principal farmacia, la *Apotheke zum Adler,* frente al hotel *Post.*

Una familia discretamente católica, como la mayoría de la gente del sur. Usuarios de un dios agonizante y débil.

En nuestras fiestas campesinas, en tiempos de la cosecha y de la vendimia, aparecía el verdadero dios sepultado, dionisíaco y solar. Era como una explosión en gente contenida en una corrección de municipio y sacristía. En esos días hasta el portal de la iglesia (que

llamábamos orgullosamente “catedral”) exhalaba aliento de borracho.

Un dios oculto aparecía en la explosión de cada primavera. Hasta mi padre, tan ordenado y serio como los estantes de nuestra farmacia secular, volvía a los tumbos con sus amigos de la fiesta popular que en realidad repetía el culto de Baco.

En el portal del “gran salto” (como dijo el coronel Sievers al despedirme en las oficinas de *Ahnenerbe*) me permito una evocación casi testamentaria de mi infancia. Una flojera cercana a ese sucio sentimiento que llamamos nostalgia.

Pero en realidad anoto detalles de la infancia del otro. Casi del otro.

Hotel Empire. Este tugurio tiene realmente el nombre que se merece: es casi un símbolo del Imperio Británico al que hemos roto el espinazo, cualquiera fuere el resultado de esta batalla. Mientras el monzón arrecia como una enfurecida alma de Asia, se sacuden sus pérgolas y aleros como chabacanerías de una putona rumbosa.

La noche que se aproxima cambia los olores y sonidos que produce este organismo infectado, el *Empire.* Se ven llegar comerciantes malayos, traficantes hindúes de turbantes con perla, prostitutas indonesias altas y calladas como juncos caídos en la corriente de la noche, rufianes chinos y enjoyados tahúres que se jugarán hasta el amanecer el producto de sus infamias.

Los salones de abajo quedan ganados por esta traficada lepra humana. Suben vahos de alcohol, sonidos de música americana que gira en discos rayados. Se oyen murmullos de un erotismo sin asomo de pasión que atraviesan los mamparos con que se subdividieron los viejos cuartos coloniales. Las alfombras raídas, que dan testimonio de los grandes tiempos, cuando el *Empire* figuraba en la guía del *Touring Club,* ya no sirven para disimular los pasos de los ocasionales amantes que discuten el precio y la extensión del servicio. Por los corredores hay un clima de tristeza y de contenida violencia.

Cada dos horas más o menos se establece un súbito silencio general como antes del amanecer en un bosque salvaje. Se puede volver a oír el ruido de la lluvia que azota los manglares. Es porque llega la patrulla japonesa en gira de control. Durante varios minutos nadie se moverá. Las fichas y las cartas quedarán en su sitio. Las prostitutas alzan sus laboriosos labios en la penumbra de los cuartos. Los rufianes miran hacia el suelo. Después se oye el motor

del blindado militar y la barahúnda retorna su curso. La máquina carnal y la rutina de la degradación siguen con eso que llaman vida.

El verdadero nacimiento se produjo cuando fuimos reclutados en nuestro movimiento juvenil (la *Hitlerjugend)*.

Mangold, Martin Bullmann, Ludwig Grieben, fueron los primeros. Era una atracción que se corrió entre todos nosotros. Los hombres con la svástica, los *SA (Sturmabteilmtg*) capitaneados por Röhm, habían habilitado un puesto de propaganda en la vecina Tubinga, que es la gran ciudad universitaria de nuestra región.

Una de las importantes universidades de nuestra prehistoria cultural, imbuida de ese espíritu "humanista y universal" que proclamaba el rector en el discurso anual dedicado a Von Humboldt. Allí recibíamos nuestra dosis de cultura agonizante. Ruinas de ideas. Cientificismo sin cosmos. Un eterno merodeo por un museo de estatuas ciegas y heladas: el resto de Grecia y Roma. Aquellas conferencias doctorales con conocimientos que rodaban como monedas oxidadas por el tedio de las aulas.

Grieben y Bullmann regresaron exaltados, con folletos mal impresos. Detrás de las palabras ardía el fuego de una gran subversión latente desde siglos atrás. Enseguida intuimos que aquello que comentábamos en los patios de los liceos y en las calles no debíamos ponerlo bajo el juicio de los grandes.

Dos semanas después Grieben volvió orgulloso con la svástica roja sobre el brazalete blanco: era agente estudiantil de las *SA* para Nagold. Fuimos con Inge a la cervecería *Ochsen* y bebimos y cantamos. A la salida nos abrazamos y besamos los dos a Inge.

Los profesores, los maestros, quedaron ante nosotros como monjes de una religión sin altares. Una fe municipal-universitaria desertada por sus dioses.

El Nacionalsocialismo nos alcanzó como un vendaval que destrozó las ventanas cerradas de aulas donde se difundía la cultura muerta y resignada que el judeocristianismo y los anglosajones propagaron por el mundo.

Los adolescentes –y hasta los niños– nos fuimos agregando al fervor esperado. Bullmann, y ya varios otros, organizaron una marcha de antorchas en la noche de verano, por las colinas. Allí se improvisó un juramento. Bebimos y luego el amanecer nos encontró echados con Inge, con la ropa mojada de semen y rocío.

Volvimos sin temer las reprimendas de nuestros padres. (Inge era hija del carnicero Heine, que la golpeó y la llamó puta). Era un

buen hombre, desorientado y temeroso ante algo grande que se llevaba su hija del orden seguro y resignado que él llamaba futuro. (No supe nada más de Inge. Fue Grieben, cuando nos encontramos casualmente en Berlín, quien me dijo que había alcanzado el grado de coronel y dirigía el campo de concentración femenino de Ravensbrück que algunos llaman "el infierno de las mujeres").

Yo mismo viviría la necesaria ruptura de nacer. Después de dos semestres en Tubinga y Gotinga, fui convocado para integrar las *SS (Schutz Staffeln)*. El aldeón de la infancia y el orden de la familia me resultaba algo ya muy lejano.

Cuando volví para Navidad con mi uniforme negro, novísimo, los chicos corrían detrás de mí y se llamaban a gritos para verme. Mika Levine y su abuela (que me quería de niño) estaban en la puerta de la tienda *Krone* y me saludaron con triste desilusión.

Dada la hora mi padre había cerrado la farmacia y estaba en su escritorio de arriba leyendo el diario después de haber tomado nota de las recetas especiales. Subí la escalera con la gorra bajo el brazo, tal vez tratando de ocultar el rúnico signo *SS;* que es el signo del rayo de la muerte, de quienes no aceptábamos más la degradada *repetición.*

Mi padre me observaba detrás de sus lentes, por encima del diario. Era un hombre paciente, sosegado, socialdemócrata; capaz de admirar las musiquillas de Kurt Weil y los dramones escenográficos de Brecht.

–Lo has logrado –me dijo–. ¿Debo felicitarte? –Pero no podía sonreír. Yo ya no era yo. Ambos lo sentimos sin necesitar palabras. Yo era mi propio padre. Otro, vestido de negro, que ya no era su hijo, estaba en mi lugar.

Tampoco podía ser posible un festejo de Navidad… Nos despedimos antes de la cena y supimos que sería para siempre. En la puerta, mi guante de paño gris se embebió con la lágrima que quité de la mejilla de mi madre.

A las siete, como estaba convenido, llega el "residente", el jefe de nuestros agentes locales, con la documentación que necesito para desembarcar en Calcuta. Es un hombre afable, sonriente. Con la peligrosa doblez de muchos adeptos al espionaje. Se me dijo que puedo estar seguro de él. Es hindú, dicharachero, abundoso en oros. Me trata con respeto. Desliza alusiones a su mucho trabajo y a la buena calidad del material que me entrega. (Seguramente sospecha en mí un inspector de nuestra *Gestapo,* necesariamente temida,

incluso por sus servidores).

Comemos en el balcón con pérgola para evitarnos la turbamulta de los salones de abajo, aunque esto hubiese sido más discreto. Nos traen ceremoniosamente una destartalada mesa rodante con arroz, mariscos y vino blanco italiano.

Aplico mi buen inglés clasista de los tiempos de Cambridge. Soy plenamente Robert Wood con toda mi infancia galesa a cuestas. Logro que el hindú sospeche que en realidad soy un inglés al servicio de los alemanes. Me divierto con el juego: agrego detalles británicos, pormenores. Procedo como si estuviese sometido ya a un interrogatorio del *Intelligence Service.* El "residente" se siente obligado a responder mi supuesta llaneza hablándome de su familia. Hay algo patético y admirable en su voluntad de tornar humana una relación estrictamente despiadada, necesariamente inhumana como la que nos une. Saca una billetera y me muestra las sonrientes fotos de los hijos.

Al anotar esto, ahora que él se fue y ya retiraron la mesa con los restos, me doy cuenta de que al usar la personalidad de Robert Wood he creado en el hindú una vinculación de tono afectivo diferente.

Miro el pasaporte y en los visados mi identidad como Wood, que es en realidad el oficial inglés al que hicimos desaparecer de Francia. Hemos tenido que ejecutarlo en Spandau. He aprendido los pormenores de su vida y ahora, curiosamente, sigue viviendo de algún modo en mí a través de la impostura (¡me sé de memoria las notas que tenía en álgebra y en historia en el colegio primario!). Sobrevive en mí como las almas en el limbo de los católicos.

Al fin de cuentas, comparando la esencia de las cosas, su infancia es paralela a la mía, hasta muy parecida en muchas cosas. Claro que sin la atracción misteriosa de aquella luz azul que se concentraba en el fondo del bosque a la hora de la siesta. (Los británicos carecen de metafísica: están condenados a la eterna planicie).

El día en que recibí el *summa cum laude* en lenguas orientales y arqueología, nuestro decano, el doctor Walther Wúst, me llamó aparte en la fiesta estudiantil.

–Hay alguien muy importante que se interesa por su capacidad –me dijo–. Es el general Karl Haushofer…

Así comencé el curso privado con él. Me trató con simpatía, seguramente me tuvo como uno de los "Peregrinos de Oriente",

como decía burlándose del decadente Hermann Hesse (de Calw, en nuestra provincia) muchos de cuyos libros habíamos quemado en las exaltadas noches de 1933.

–No nos interesa Oriente como una nostalgia de imperialistas que recogen los restos de lo que han destruido y lo meten en un museo. Para nosotros en Oriente está el germen que sigue vivo…

Se había interesado en mí porque el doctor Wüst le había mandado mi monografía sobre el paganismo frustrado en la poética europea.

En el solsticio del verano de 1935, Haushofer me vinculó con algunos miembros de la Sociedad de Thule y pasé a los grupos de trabajos especiales. Me pidió que lo acompañase a Roma, como ayudante, para el simposio que él inauguraría con su famosa conferencia "Analogías del Desarrollo Cultural en Italia, Japón y Alemania".

Después de la cena oficial, en la tibia noche de verano, volvimos caminando por la gran avenida *dei Fori Imperiali* hacia la lejana mole del Coliseo.

El general monologó sobre sus extrañas estadías en Japón, China, Tíbet, Mongolia a principios de siglo.

–No bastó con matar a Abel, es necesario acabar con la simiente de Adán. Esa es la única tarea, lo único que merecería el esfuerzo. La voluntad de ser exige reencontrar ese dios sepultado. Sólo somos sombras ante el esplendor del verdadero nacimiento… ¡Basta del hombre de arcilla, ni una imitación de Jehová. Queremos el hombre de hombredad!

Entonces me comunicó la organización de las fuerzas especiales y del Instituto *Ahnenerbe.*

–Nuestro frente de batalla es el más apasionante. ¡Créame que crear un dios es la aventura más fascinante!

Había una potencia irresistible en las argumentaciones del general.

–Se va a sentir al margen de la gran fiesta militar, de esta gran revolución, pero usted sabrá que estará trabajando precisamente en la quietud del centro del torbellino, en el pivote en torno del cual giran todos los poderes… –murmuró.

El Coliseo era en la noche una enorme caracola vacía, abandonada, muerta en la sucia resaca de la costa judeocristiana. Haushofer, sin decirlo, invitaba a un renacimiento de la fiesta pagana.

Deben de haber sido determinantes aquellos diálogos.

El necesario viaje a Madrid, para ver a Carmen y al hijo que habíamos tenido, exigía de mí la mayor decisión.

Un hijo puede provocar una extraña ternura cuando se lo alza y se oye su risa inocente y feliz. Pero me era indispensable extrañarme de él y de su madre.

Tuvimos con Carmen aquel diálogo terrible que mi salud tiende a olvidar. Tal vez fui contradictorio, pero supe mantenerme firme en mi determinación. Como había dicho Bullmann, un *SS* no tiene familia, ni origen, ni otra consecuencia que el desafío de construir un mundo nuevo.

Meses después recibiría en Berlín la noticia de la muerte de Carmen.

(Esto forma parte del balance existencial. Se van dibujando las líneas de coherencia. Me hace bien poner en claro los pasos esenciales que desembocaron en mi misión).

Meses altos, extraños, intensos, de formación en el *Ordensburg,* una de las escuelas secretas de las fuerzas especiales.

Casi al amanecer tomábamos el desayuno espartano (impuesto por Himmler en persona): agua de las rocas y tarta de avena.

Dura templanza física e ideológica. Había que recuperar el cuerpo como el organismo semiatrofiado de un animal envilecido o degradado. Era indispensable despertar los sentidos, activar las zonas de necrosis, permitir el resurgimiento del instinto, de la violencia, del impulso. (Aquellos ejercicios especiales que nos dejaban extenuados, molidos).

Veo el rostro del *Führer* cuando la reunión en el *Schloss Wervelsberg* nos alecciona:

> Queremos una juventud violenta, imperiosa, intrépida, cruel.
>
> Ella sabrá soportar el dolor. No quiero de ella nada tierno ni débil.
>
> ¡Que tenga la fuerza y la belleza de las fieras jóvenes! En ellos purgaremos la raza de miles de años de domesticación y de obediencia.
>
> Es así, con ellos, que se creará un mundo nuevo.

Noches en el bosque nevado. En montes perdidos. “Cursos de sobrevivencia”. Aprendimos a oler las plantas del bosque y a

distinguirlas en la noche cerrada. Supimos valorar las aguas de los diversos manantiales. Como baldados, íbamos recuperando los poderes naturales, aquel animal perdido.

Algunos no resistían. Grieben intentó suicidarse colgándose con el cinturón de la lluvia del baño. Fracasó y lo amenazamos con devolverlo "a la tiniebla de la normalidad", hasta que comprendió.

Todos temíamos las pruebas de iniciación. Hacer estallar una granada sobre el casco, sin moverse, y otras.

Logré vencer al mastín hambriento. Había que enfrentarlo desnudo, sin armas. "De animal a animal", como dijo el *Oberst* Bock. Mi bestia primordial salió bien del desafío: logré aferrar al can enfurecido, lo doblegué y le partí el espinazo con la rodilla en sólo siete minutos (cinco menos del límite).

(Bock cayó con la legión *Cóndor,* en España. Había bebido en una tasca y tuvo una misión aérea fatal. Creo que en esa ciudad donde los atroces vascos veneran un árbol).

¿Qué habíamos destruido?: La sucia cultura de la llamada República de Weimar. Una cultura de pederastas de caféconcert y de judíos decadentes adueñados de las imprentas, de las voces, de las imágenes. Encaramados en el famoso vocablo "democracia". Profesores tristes, solemnes, a espaldas de los verdaderos dioses del pueblo alemán. La roñosa inflación, la economía especulativa instaurada por los capitales internacionales que maneja el judío Süss, transformando al ciudadano en un especulador o en un asediado ganapán, sin otra alternativa.

Terrible y noble fue la misión de nuestra espada. Se hundió en el vientre mantecoso de la burguesía cínica de Berlín.

Anotándolo, siento que aquella fue la mayor exaltación que un joven podía vivir. Fuimos los protagonistas privilegiados de una maravillosa explosión renacentista.

"Pero lo primero que un hombre debe matar, es el subhombre que hay en él. Después tendrá derecho a todo". Había dicho Bock.

El 20 de abril (cumpleaños del *Führer*) prestamos el solemne juramento de sangre. Los de nuestra *Einsatzgruppe* nos hicimos un tajo con el puñal con las runas *SS.* Nos chupamos la sangre y nos pusimos alcohol puro. La fiesta duró tres días en las colinas de Silesia.

Y así, mi ingreso en el Instituto *Ahnenerbe.* Mi flamante oficina en

Pücklerstrasse 16, con un secretario y dos jóvenes graduados a mis órdenes, para reunir el material de mis investigaciones.

El largo diálogo con el profesor Hielscher con su infaltable pipa, hablándome de los trabajos secretos y del "despertar del yo y el verdadero nacimiento".

Fue cuando Hielscher me dijo: "Tal vez hemos llegado al punto en que ya no hay retorno: o la muerte o la epifanía del dios que nos adeudamos durante veinte siglos de degradación".

(¿Había muerto Carmen para que nazca el nuevo dios?)

Todo fue en el año en que Inge y Griegen se casaron en Nüremberg, con el ritual de los *SS*. En algún momento de la confusa noche, alcohólica, con la "pirámide de luz" de los reflectores que forman un prisma que se yergue seis kilómetros sobre la ciudad capital de nuestro movimiento, entramos en el cuarto del *Gasthof Germania* donde ellos reían y gritaban de amor.

Estábamos sentados en la oscuridad con Bullmann y Dinkelhammer. Inge bajó desnuda del lecho y me abrazó y me besó profundamente en la boca y volvió a los brazos de Grieben que reía.

Estrecho de Malaca. 6 de septiembre de 1943

Amanece. El *Oriental Apolo* se desliza por el difícil tráfico portuario de Singapur. Entre las nubes de humedad que se alzan del estrecho, se ve a lo lejos la isla de Batán y la hilera de boyas que señalan la ruta hacia el mar de Andamán.

En estas regiones el monzón de verano agoniza en septiembre. Sus embates suelen ser furiosos. Sopla de sur a norte de modo que este primitivo carguero tiembla como a punto de deshacerse. Las olas rompen sobre la popa con fuerza inusitada.

El *Oriental Apolo,* registrado en Patras, a las órdenes de uno de nuestros servicios de informaciones que maneja directamente el Partido a través del general Schellemberg, cumple la tarea de hacer pasar espías y algún tráfico de armas para la acción de los grupos antibritánicos que operan en Birmania. Se ve que los ingleses todavía no sospechan de este barco sucio, con caldera a carbón, tan opuesto a esa vulgar idea de orden y simetría que se atribuye a todo lo germánico. Seguramente conocen bien al capitán, el corrupto Platón Sorianides, que "está en la línea de Malasia" (como él dice con cierta pompa) desde mucho antes del comienzo de la guerra, dedicado a tráficos preferentemente ilícitos. "Un viaje sin

contrabando es un viaje sin sal", como dijo con toda soltura en nuestra primera cena, después de zarpar. Por ejemplo, en esta travesía llevan acondicionados en la bodega, entre barras de hielo, más de una docena de cadáveres de hindúes. Sorianides cobra diez libras por cada uno. Su servicio consistirá en arrojarlos a las aguas sagradas del Ganges no bien el barco aproe el delta de Calcuta. Muchos hindúes que trabajan en Malasia y otras partes tienen la convicción de que hay algo de perverso en vivir y ser enterrados lejos de las fuentes originales, sin el beneficio de la purificación del río de los dioses. Un hindú viejo, con turbante color azafrán, es el custodio de la ejecución del contrato. Es el representante de las atribuladas y piadosas familias.

Sorianides se pasea por el estrecho puente de mando en rigurosa camiseta, pero con una impecable gorra galonada que luce con orgullo de quien lleva una corona o una tiara, el símbolo de un total poder autocrítico.

La tripulación del *Oriental Apolo* se puede considerar semiesclava. Está compuesta preferentemente por malayos y chinos que tienen un espacio maloliente en la bodega, no lejos de los cadáveres hindúes y de las cajas de armas (generalmente robadas a los japoneses) que Sorianides traficará en el bajo fondo de Rangún y de Calcuta. Para esa pobre gente las pesadillas son las enormes y viscosas bolsas de caucho fresco –la única carga declarable– exportadas desde Singapur y que con el intenso cabeceo del barco ruedan peligrosamente y se estrellan contra los mamparos de la sentina produciendo un ruido sordo y retumbante. Dejan a su paso una baba viscosa que termina por impregnar todo el espacio.

Sorianides sólo comparte su mesa con el jefe de máquinas, un francés borracho, y el contramaestre japonés. El capitán y el contramaestre andan siempre de revólver al cinto.

Son los únicos representantes del orden.

El francés, que detesta al griego, me contó que a bordo lo único temible es el capitán. Cuando Sorianides se emborracha vaga por el buque ansioso y jadeante como una bestia en celo. Lleva una barra de hierro cubierta de goma. Cuando algún adolescente malayo se desliza por el ojo de buey para respirar el aire puro de la tercera cubierta, lo desmaya de un golpe y lo arrastra hacia su camarote para someterlo a su sadismo erótico. Según el francés, es la araña que laboriosamente arrastra a la libélula paralizada para devorarla en su cueva.

Desde Singapur tuvimos diez días de navegación por el mar de Andamán sin que las condiciones mejoraran. Hasta que ayer, al atardecer, vi los primeros signos de esa agua espesa y vegetal con la que India parece desangrarse, vaciarse de sus junglas, de su roña sagrada.

Como la humedad hace imposible dormir más de dos o tres horas de corrido, me encontré al amanecer caminando por la cubierta del *Oriental Apolo.* El azar hizo que pudiese presenciar la ceremonia del lanzamiento de los cadáveres en las aguas barrosas del río sagrado. Calcuta se adivinaba muy a lo lejos detrás de un vaho de neblina. Las bolsas malolientes caían produciendo un chapoteo sordo. Cuervos horribles, seguramente venidos de las cercanas "torres del silencio" se precipitaban sobre las bolsas sin poder alcanzar a picotearlas. A cada ¡plaf! Platón Sorianides, que se mantenía inmóvil y hasta digno, sumaría diez libras esterlinas a su cuenta personal.

Me acodé en la proa. Vi cómo la India venía a nuestro encuentro con ese Ganges como un ariete corrupto y no violento, pero capaz de penetrar el mar hasta muchas millas de la costa. Es el río fundamental de los arios, nacido como un fuerte torrente de deshielo en esas altas cumbres hacia las cuales yo me dirigía. Cruza selvas y planicies como viniendo desde la eternidad hacia cada día, hacia la móvil cotidianidad del hormiguero humano. Se va engrosando de vida, de frutas, de árboles, de llagas de leprosos que se bañaron en sus escalinatas creyendo más en la salvación espiritual que en la curación, hasta que por fin desemboca en ese enorme delta donde bulle una vida miserable e intensa que los ingleses, nuestros bastardos enemigos, nunca comprenderán.

II

Calcuta 1943: la máscara enfrenta a los enemigos

Calcuta. Septiembre de 1943

Cuando el *Oriental Apolo* amarraba en el miserable y convulsionado puerto Canning debo confesar que sentí ese asomo de inquietud de actor que después de meses de preparativos debe enfrentar la noche de estreno. Me tocaba representar cuidadosamente a Robert Wood y pasar las primeras barreras de nuestro enconado y atento enemigo que me vigilaría en mi largo esfuerzo por alcanzar el Sikkim y el Tíbet.

Entraba en la zona del llamado "riesgo humano" según la jerga de la ente de Schellemberg que trabajaba al servicio de *Ahnenerbe.* (Aunque los riesgos no humanos tal vez iban a ser los más graves para mi singular misión).

Después de una cuidadosa evaluación se había elegido la ruta de Calcuta. Las otras posibilidades aparentemente más fáciles habían sido desechadas. Hubiera podido deslizarme entre nuestras tropas (ya en derrota) en el territorio soviético y repetir la ruta de Von Sebottendorf y Eckart, entrando al Asia Central a lo largo de la frontera siberiana. Prevaleció la idea de seguridad sobre la de rapidez. El mismo criterio nos llevó a descartar la "ruta china".

A lo largo del muelle pululaban todas las razas, castas y sectas de la desdichada Asia imperializada. La brisa traía el olor dulzón de las vacas sagradas, con las patas impúdicamente abiertas por la hinchazón de podredumbre, que llevaba la corriente hacia el mar con dos o tres buitres posados en las panzas donde hundían sus picos.

Olor a sudor de estibadores que luchan más con el propio hambre que con las cargas que los doblan. Olor puro del cáñamo de los fardos de sisal resecados por el sol. Ráfagas de *curry* de las canastas de las vendedoras ambulantes con sus *saris* violetas o

anaranjados que pasan como altivas diosas del comercio minorista, esquivando los cuerpos echados de los parias y de los mendigos enfermos.

Un británico oficialillo de aduanas avanzó hacia la nave. A su paso la multitud se abría mágicamente como el Mar Rojo ante la vara de Moisés. Fue recibido por el capitán y se instaló en su camarote seguramente para revisar la documentación de rutina. Por cierto que no me moví de mi lugar ni de mi expresión de fastidio. Aguantóhasta que pudo y al final no tuvo más remedio que venir hasta mí (ya sabría todo por boca de Sorianides). Le extendí el pasaporte sin darle lugar a preguntas. Mi silencio después de un breve saludo sobreactuadamente oxoniano, lo debe haber desarmado. studió con profesionalidad la cuidadosa falsificación y finalmente puso el sello e hizo la venia con un sonoro:

–¡Bienvenido mister Wood!

Un representante de la empresa naviera se ocupó del equipaje. Yo lo había visto luchar con un bastón para hacerse paso en el muelle y gritando como para darse fe en su objetivo "Sir Wood!" "Sir Wood!". Se veía que nuestro residente en Calcuta había arreglado bien las cosas. Nada salía de lo normal.

Un grupo de sonrientes menesterosos se hizo cargo de mis cosas y guiados por el representante llegamos hasta un desvencijado *Morris* que también olía insistentemente a *curry*.

Platón Sorianides, orgulloso de ver que yo era tratado de acuerdo con mi importancia, me saludaba desde el puente con su camiseta mugrienta pero con su impoluta gorra galonada, de almirante tropical.

Como estaba previsto, tenía mi reserva en el *Grand Hotel* frente al parque Maidan. Un hotel para tradicionalistas, sombríamente británico, como correspondería a Robert Wood si el destino le hubiere permitido vivir unos diez años más y haber alcanzado su ansiado rango de académico.

El frente de la "Sociedad de Bengala" respondía a la imagen que me había hecho estudiando el juego de fotos, en Berlín. Era tan británico como la mejor caricatura de lo británico. Con soltura presenté mis credenciales del *The National Geographical Magazine.* El general retirado Kilnney, era el secretario permanente y me areció mucho más viejo que en las carpetas de nuestro archivo de Berlín. Sabíamos que era un sinvergüenza respetabilísimo, que los mismos ingleses habían llevado al retiro después de las famosas represiones

de Cachemira. Había sido desplazado debido a una protesta del Partido del Congreso, en 1937. n verdadero triunfo de ese Gandhi que los tiene a maltraer con su táctica taoísta de la inacción y de la no violencia.

El viejo Kilnney me estudiaba mientras me ofrecía una taza de té frío en su despacho. Con una palmeta cazaba las moscas, como un acto reflejo, sin dejar de contarme o informarme de los triunfos británicos en el norte de África que a su parecer significaban la definitiva derrota de Rommel.

–Me alegra, señor Wood, que nos enriquezca con su presencia. La guerra se fue llevando toda la gente interesante. Quedan los viejos tontos, como yo, que poco a poco irá conociendo si es que se queda algún tiempo en Calcuta… –No advertí rastro de la ironía que podría haber habido en su frase. Bebí mi té y le prometí volver para ir preparando mi viaje hacia el norte.

Mientras caminaba hacia el *Grand Hotel* pensé que la cobertura de Robert Wood no era mala. Me sentía cómodo en el rol. Y también seguro, puesto que sólo una investigación profunda y necesariamente telegráfica, que emplearía en todo caso varios días, podría dar a los ingleses de Calcuta la pista del tal Wood. Sólo se moverían al notar alguna irregularidad. Si bien Wood se había desempeñado al servicio del espionaje británico en la Francia ocupada, sirviendo como contacto de los *maquis*, su ausencia (y menos aún su muerte) no podían todavía conocerla en Calcuta. Un buen margen de tiempo me protegía.

Comprobé que eso de andar con la personalidad de otro produce curiosas consecuencias, por cierto más marcadas que las de quien se compró un disfraz y se mueve con los gestos del personaje que representa. De algún modo Robert Wood renacía, se hacía vivo como usando mi cuerpo. Mientras hablaba con Kilnney esta idea me asaltó peligrosamente y hasta temí que Wood moviese mal mis manos o mi pronunciación laboriosamente aprendida, para hacerle un signo de advertencia a su connacional, ese feroz mastín a la reserva.

Sospeché que en este juego había algo demoníaco y cómico al mismo tiempo. Robert Wood me cubría lo suficientemente como para que yo pudiese deslizarme por ese imperio que él había defendido hasta con su vida. (Sé que soportó dignamente el trance de su ejecución). Lo cierto es que empezaba a temer a Robert Wood, como si en algún momento él pudiese vencer y adueñarse de mi

boca y de mi cuerpo para denunciarme.

Era mi tercera mañana en Calcuta. Era el día convenido. Con tiempo me encaminé hacia la biblioteca de la "Sociedad de Bengala". Llené la ficha con mis pedidos y la entregué a la señorita Copperfield, necesariamente solterona y antipática como se requiere en un puesto de bibliotecaria o de la oficina de correos. Solicité varias publicaciones sin omitir *mis* propias colaboraciones incluidas en el libro de Hiram Bingham *Machu Pichu. Ciudadela de los Incas* (Yale University Press, 1930) y en dos números del *The National Geographical Magazine,* material que por lo menos estaba fichado. Era bueno recordar lo escrito por Wood.

Mientras esperaba se asomó Kilnney y me ofreció un instante de ese té colonial británico, que parece el plasma conectado a la vena del agonizante.

–Estuve pensando que se debe sentir terriblemente solo en el tétrico lujo del *Grand Hotel*… Tal vez sea menos aburrido conocer a mis amigos. Aquí es necesario reunirse… –Me invitó a una especie de party en su casa. Me había aprendido dos o tres excusas pero rápidamente consideré que un hombre como Wood habría aceptado con cierto desganado reconocimiento. A veces la mejor forma de no ser visto es ponerse en medio del salón. La Copperfield me acercó el material, terminé el té ritual y me fui hacia una de las largas mesas de lectura. Eran las diez y veinte.

Me puse a releer algunas partes de los trabajos arqueológicos de Wood en el Perú. Los había estudiado con atención durante mi preparación en la *Pücklerstrasse,* pero allí me resultaba distinto. Yo era como el fantasma de Wood leyéndose a sí mismo en una biblioteca de Calcuta. Reencontré la foto de grupo, sin indicación de nombres, donde cerca de Bingham aparecía Wood. Observé esta vez que su pelo era más lacio que el mío, más germánico, sin esa onda sobre la frente que yo tengo. Traté de mirar bien la foto un poco movida y creí descubrir un asomo de ironía en los labios de Wood.

Encontré la frase que quería releer en su texto sobre Machu Pichu:

> Cuando los peones indígenas separaron la cortina de lianas, sentimos la emoción que sólo puede experimentar el montañista que después de mucho alcanza la cima. Estábamos en una increíble ciudad edificada en los límites de lo posible, prácticamente entre tierra y cielo. Sin dudas era la ciudad secreta,

> donde maduraba y se conservaba el conocimiento y la tradición oculta de los *amantas,* los sabios incas. Estábamos seguros que habíamos encontrado esa 'universidad de idolatría' a la que se refiriera el dominico Calancha en su crónica del siglo XVII.

Sonaron las once en el adusto reloj con péndulo de bronce y tal como estaba previsto apareció un hombre correctamente vestido que avanzó hacia el escritorio de miss Copperfield.

Se comportaba como si no fuese del todo desconocido y tampoco un habitué. Esperó hasta que le entregaron lo que había pedido y se encaminó hacia una de las largas mesas, cerca de la mía. Se instaló a tal distancia como para que yo pudiese leer que se trataba del tomo VI de la Enciclopedia Británica que quedó apoyado sobre el periódico del día. Esa era la señal convenida y por las fotos no me cabían dudas que era el "residente", el delegado local de nuestro servicio de espionaje, el hombre de *Schellemberg* que había sido instruido especialmente para organizar mi cruce hacia el norte.

Nos miramos evasivamente y seguí leyendo el relato arqueológico sobre el hallazgo de la ciudad perdida de los Incas. Miré las fotografías de la increíble Machu Pichu, ese extraño santuario colgado de las rocas a tres mil metros de altura.

Cuando sonaron las doce en el fúnebre reloj Victoriano, me levanté y me encaminé hacia el mínimo bar que daba a una galería florida, tal como lo había hecho en mis anteriores visitas. Pedí mi sándwich con un té y al rato apareció el residente y nos instalamos en las mesas del patio. Entablamos una conversación formal: el tiempo, la India, la guerra. Se presentó como Milton Brook y dijo ser profesor del Liceo Escocés. La señorita Copperfield se acercó a comer su lunch. Cuando ella retornó a su jaula, Brook me susurró que todo estaba tranquilo, que no había recibido vigilancia especial por parte de los sabuesos ingleses.

–Pero la mayor seguridad será la movilidad –dijo–. Que no le hayan puesto vigilancia especial se debe a que están fletando todos sus hombres al frente de África y porque además la subversión interior es imparable…

–¿Gandhi?

–Sí. Ya no controlan muchas regiones. El movimiento de resistencia pasiva crece.

Brook me contó que los hombres del *Auslandsdienst*, que él dirigía en Calcuta, no daban abasto para controlar e informar los

embarques de tropa y armamento.

–Regimientos y regimientos de cipayos… –murmuró sombríamente. Se olía en él la preocupación de la derrota, el fin de sus sueños administrativos. Tal vez ya tenía calculado dónde huir para salvar su vida. Robaría los últimos fondos de la caja y se instalaría en algún lugar remoto. Se veía que era un hombre inteligente, bien elegido. Con la mirada rápida, de pájaro, que da la profesión. Desgastado por el ejercicio de la constante traición. No tenía el don de esos espías que pueden vivir su condición con sentido deportivo. Creí descubrir en él un asomo de pederastía (la pederastia triste y reprimida, de profesor de liceo inglés).

–Hemos estudiado cuidadosamente dos caminos hacia el norte. El menos riesgoso y el que menos sospechas crearía es la ruta hacia Darjeeling, que es un centro de montaña donde los ingleses ricos suelen veranear. Está cerca de la frontera de Sikkim. Tenemos buena gente allí.

Brook me recomendaba la ruta de Dacca en las actuales circunstancias (era la ruta que en *Ahnenerbe* nos había parecido más segura o por lo menos poco expuesta al control británico).

–Allí están actuando los guerrilleros birmanos y en las últimas semanas cayeron tres de nuestros agentes infiltrados.

Brook me dio a entender que debido a su posición en el *S.D. Ausland* tenía alguna idea de mi misión porque se puso a hablar de la situación en China y de la ruptura entre las fuerzas nacionalistas de Chian-Kai-Chek y los comunistas de Yenan.

–Allí podríamos hacer un buen trabajo político, aprovechar las circunstancias antes que se produzcan los hechos. No llegar tarde… –dijo–. Pero en mi opinión lo cierto es que India y China ya escaparon definitivamente de manos de los anglosajones, por más que se sigan haciendo ilusiones y cualquiera sea el resultado de la guerra… –se atrevió a dudar.

Era ya tiempo. Me dio el sistema de señales que nos vincularía y los detalles del nuevo encuentro.

Cuando volvía hacia mi mesa Kilnney salió presuroso de su despacho:

–¡Algunos de estos días será necesario organizar una charla sobre sus experiencias arqueológicas en Sudamérica, señor Wood! Tendrá que ver el interés que eso despertará en nuestro pequeño club de la biblioteca…

Mi atuendo es el adecuado. Brook, británico al fin, se permitió una

ironía: “Está bien. Es como si Wood hubiese viajado a la India y como si todavía siguiese los consejos de su padre”.

Un amplio traje de lino blanco, corbata de seda a rayas, un sombrero aludo de paja de Panamá. En Singapur me compré un bastón de Malaca que bien podía ser un recuerdo de familia. Ese bastoncito es tan británico e imperial como el casco colonial. Es instrumento de autoridad, proyección del índice y amenaza de castigo. Cuando lo extiendo, el taxista para. Al bajar la calle Gordon, apenas lo alargo, los mendigos y enfermos se van separando ante mi paso. Debo decir que no me costó aprender su uso. Creo que un buen disfraz ayuda mucho a comprender la realidad de los otros.

Ser Robert Wood empezaba a significar un inesperado peso. Me tocaba dar vida a quien yo había contribuido conscientemente a matar. Recordaba con cierta molesta insistencia la secreta reunión convocada por el coronel SS Wolfram Sievers en nuestra sede de *Pücklerstrasse.* Preguntó:

“¿Estamos todos de acuerdo? Me gustaría que esto se vote por unanimidad. Se trata de un agente que podría ser intercambiado por uno de los nuestros… ¿De acuerdo con inmediata ejecución?”.

Sentí que me habían apurado. La realidad me apuraba. Hasta entonces yo había sido un intelectual, un hombre ajeno a los trabajos sucios. Hasta ese momento había pertenecido, por elección de mi profesor Karl Haushofer, a la sofisticada elite que construía la atormentada y grandiosa espiritualidad nazi.

Cuando el coronel Sievers me miró con sus ojos acerados, comprendía que había llegado el turno de mi completa complicidad. Que Fausto dejaba de ser un texto clásico de mis brillantes años de Gotinga, que yo también ahora tenía que firmar un pacto de sangre en nombre del Renacimiento. Dije:

–Sí. Voto afirmativo, por la eliminación de Robert Wood.

Era un día extraordinariamente frío y nevaba en la oscuridad de la calle donde, a la luz del farol, se veían caer lentos copos. Estaba matando mi primer hombre y creo que pude sentirlo como un deber.

Calcuta. Kalikut. La ciudad de la diosa Kali que engendra vida de la muerte. Decenas de miles de seres arrojados en el vivir, un mero vivir para la muerte, para el placer o el dolor que traerá cada día. Al atarceder, esos millones de desamparados se echarán en algún rincón roñoso y agradecerán a Kali y a Shiva “haber durado un día

más”. Eso es todo. Estar aquí y no ya en los silenciosos territorios de la muerte o reencarnados en algún animal o alimaña de vida aún más dura. Hacen reverencia en la oscuridad y levantan sus murmullos de alabanza y celebración.

Mercados llenos de color bajo una luz enceguecedora. Azafrán, violeta, rojo, rosa, de los *saris* de mujeres gordas con un punto escarlata pintado en el centro de la frente: el ojo cósmico, la puerta del conocimiento. Esos matronas pasan sonrientes y poderosas con sus fritangas, sus cestas de buñuelos, sus cintas con plegarias. Olor de pimientos, tomates, mangos, azúcar quemada, incienso. Los buitres sobrevuelan la multitud siempre esperando su rédito de carroña. Las vacas sagradas erran tambaleantes con sus llagas y gusanos, famélicas. A veces derriban algún cajón de cebollas o tomates y surgen carcajadas y reverencias. Pasan ante el mendigo que yace con la túnica levantada mostrando sus úlceras como espléndidas condecoraciones otorgadas por Kali, la diosa de la muerte.

Algún ermitaño de barba blanquísima y mirada noble, con túnica blanca, cayado y sandalias, como haciendo tiempo en las puertas del más allá. Yogas que rezan y viven de la mendicidad en una estera de la cual no se mueven desde hace diez o más años. Maestros que duermen sobre un lecho de clavos y vidrios molidos. Iniciados que se arrastran como perros con las manos entrelazadas desde años (las uñas atraviesan las palmas paralizadas y salen del otro lado como garras marfilíneas).

Al amanecer pasan unos carros municipales, con el escudo real británico. Van manejados por hediondos parias llamados “servidores de la muerte” y cuyo objetivo es levantar los cadáveres de los que no pasaron la noche. Los llevan hacia grandes hogueras o hacia terrenos baldíos ennegrecidos por los buitres. Son las “torres del silencio” de los miserables.

Esa es la inmundicia que veo mientras el *Bentley* alquilado en el hotel se va abriendo paso dificultosamente. El chofer hindú cerró cuidadosamente las ventanillas y puso al máximo el sistema de aireación. Vamos en dirección al *Salt Water Lake,* hacia la residencia del general Kilnney. Las ruedas levantan un polvo caliente que se pega en el rostro sudado de la gente y los chicos que nos saludan bondadosamente, agitando las manos en medio de esa pústula general que son las calles de Kalikut.

Kala, Kali, Kalikut: la ciudad del último ciclo de degradación.

Llegamos hasta una gran verja negra que se abrió ante nuestro claxon. El chófer detuvo un instante el coche en las lajas de acceso a la mansión y cuatro criados diligentes, con largos plumeros, se esmeraron en quitar el polvo del coche.

El camino subía por una *pelouse* hasta una enorme casa con columnata blanca que bien podría estar en plena Belgravia. En el parque se veía gente elegante, niños que jugaban al arco con sus niñeras de medias blancas y guantes. Aquello parecía una caricatura de la vida colonial. La India, a cinco minutos a mis espaldas, era una remota pesadilla. El chófer estacionó el coche en un patio de granza y me encaminé hacia el grupo donde estaba el dueño de la casa, junto a una espléndida mesa de mantel impoluto con grandes fuentes de frutas y jarras de refresco que transpiraban prometedoramente. Más allá, en el cuidado parque, los más jóvenes estaban entregados a la elegante tontería del crocket.

Con soltura mundana, espléndido con su chaqueta militar, el general Kilnney me fue presentando a sus invitados del entorno. Cónsules, directores generales, grandes contadores, dentistas y médicos de la Universidad, autoridades de la Guarnición y el infaltable pastor anglicano, glotón y chistoso con las damas. Había algunas espléndidas mujeres europeas como pájaros de cielos moderados refugiados en ese oasis de frescura y confort en medio de la India.

–El amigo Wood está preparando un fascinante viaje hacia el Tíbet… Un trabajo para el *Geographical Magazine*… Demás está decirles que es un arqueólogo de fama.

Yo sonreía y extendía mi mano. Me estudiaban como a todo caído en ese bien pagado pero atroz exilio. Las señoras se interesaron por mí, como suele ocurrir cuando se enteran de que alguien es soltero. Llovían las recomendaciones: refregarse las manos con alcohol cuando se llega de la calle y hasta después de haber abierto la correspondencia u hojeado el *Times,* afeitarse y lavarse los dientes con agua mineral belga o con agua bien hervida “pero bien hervida”, lavar las frutas, incluso las del *Grand Hotel,* con agua mineral y jabón.

Esa gente vivía una épica permanente, tenaz, infatigable, contra la diarrea.

Sentí lo que debe sentir todo espía cuando se dice: ahora empieza la función, ahora rompo el fuego (o el juego). La tensión inicial empieza a disiparse con los primeros triunfos y la ebriedad de cierto arrojamiento que hace que las cosas salgan mejor. Recordé esa curiosa recomendación de los marinos que afirman que el lugar

más seguro es el ojo de la tormenta. Ese centro inmutable en torno del cual giran los torbellinos.

Era evidente que por ese camino franco que Brook había aconsejado, tomaba bastantes riesgos. Debía estar alerta a las menores cosas y gestos. Pero era también verdad que hubiera resultado bastante sospechoso un arqueólogo que rehúye las relaciones y se escabulle de Calculta sin haber pasado por la mítica "Sociedad de Bengala". Entre las dos posibilidades me dejé llevar por la intuición. El primer encuentro me estaba dando confianza. Jugaba un Robert Wood vivaz, alerta, sarcástico, dicharachero y moderadamente mundano. No rehuí intercambiar algunas frases con los militares. Muchos de ellos no dejarían de indicarme a sus servicios y era mejor que tuvieran un recuerdo positivo, de una persona abierta y campechana. Tenía unos pocos días a mi favor y sólo un incidente inesperado podría acelerar el mecanismo burocrático.

(Releyendo estas frases debo autocriticar cierta arrogancia. ¿Qué espía novato no creería en esa omnipotencia que parece dar el primer engaño?)

Después de la comida se extendió un ambiente de sosiego y descanso. Yo me senté en un comodísimo sillón de mimbre blanco observando esa curiosa expresión de la condición humana que son los britanos. Desde un piano ubicado en la galería un barbudo y solemne pianista cipayo con chaqueta de seda muy abotonada, tocaba músicas dulces, sincopadas, debidamente digestivas. *Té para dos, Hay humo en tus ojos, El Continental.*

Con los ojos entrecerrados oía también el ruido de las zapatillas de los tenistas sobre la tierra colorada. Alguien cantaba los tantos en voz baja, respetando educadamente la hora de descanso.

Todos muy de blanco, se movían como fantasmas desganados. Las señoras por un lado, los niños con sus nurses de uniforme. Los caballeros discutiendo en voz baja, pasándose el botellón de oporto. Reprimidos represores. Victorianos violadores del mundo. Agonizantes con garras de águila. Estaba en medio de *ellos,* el enemigo que queríamos destruir para siempre y que en realidad nos estaba destruyendo con esa tenacidad organizada de los mediocres, con la parsimonia de los vendedores de gabardinas que llaman una y otra vez a la puerta.

Con el sosiego de la siesta aquello parecía un sanatorio de albinos convalecientes. Sin el refinamiento de la guerra y de la vida

heroica la raza degenera en esto: jugadores de crocket, maridos, automovilistas, funcionarios.

Estaría muy abstraído porque me sobresaltó una voz femenina. Una voz decidida y segura con todas las inflexiones inconfundibles de su clase:

–¡Qué incorregiblemente británico que es usted, señor Wood…! Hasta le diría que se podrían leer todos sus pensamientos en su cara… –Se rió. Nos dimos la mano por segunda vez. Era una de esas señoras jóvenes que Kilnney me había presentado al llegar. Seguramente mis ojos se habían demorado un segundo de más en ella. Era alta, con el pelo lacio y una mirada rápida y tendiente a la ironía.

–¡Oh, no! No quiero molestarlo, siéntese. –Acercó una silla con rapidez evitando mi desplazamiento.

–Soy Katty Kauffman –dijo sin creer necesario ninguna otra explicación. –En cambio yo me acuerdo de usted: se llama Robert Wood… ¡Qué tedio infinito! ¿A quién se le pueden ocurrir estas reuniones?

–¿Eso cree que estaba yo pensando? –pregunté.

–Sí, no hay duda. Estaba en su cara: ¿Para qué todo esto, para qué estamos en la India llevando esta vida estúpida? Eso es lo que usted estaba pensando. –Resultaba verdaderamente graciosa con su insolente seguridad.

–Otra cosa que pensó era en la tentación de quedarse aquí. ¡Hay tantas posibilidades, tantos puestos libres por causa de la guerra! Además Londres, con esa repugnante niebla… –Nos reímos.

–Hagamos un acuerdo: yo me quedo aquí, distendido al fresco y usted habla y dice lo que pienso, lo que podría responder y quién soy, ¿de acuerdo?

Antes fue hasta la mesa vecina y trajo dos grandes copas con refresco de mango. Pude ver su talle, sus piernas estupendas que hicieron girar el vuelo del vestido de broderie. Me gustaba.

Con mucha gracia y sin que yo la interrumpiera en ningún momento me habló de mi infancia con mi familia galesa, el nacimiento de mi vocación de arqueólogo al leer la *Enciclopedia del Mundo* durante el sarampión, mi supuesto enamoramiento indeciso de una deliciosa vecina, hija del pastor protestante. Se extendió en lo que llamó mi “crisis existencial”: cuando tuve que contradecir a mi padre y a los intereses de mi clase para enrolarme en las Brigadas Internacionales convocadas por el poeta Auden para pelear por la República española…

–Sí. Se embarcaron casi en secreto en un carguero húngaro que

salía de Plymouth, ese lugar horrible, en un dock de montañas de carbón. Fue esa gran experiencia el verdadero corte de cordón umbilical. –Y agregó una observación inquietante–: Y allí de estar en las Brigadas y de tanto disimular su tono de inglés de Eton, se le pegó ese zumbido que le quedó para siempre en su pronunciación y que ahora usa como otra vuelta de tuerca de su esnobismo invencible…

Era muy fresca e ingeniosa. Su encanto en el sarcasmo tenía todavía los matices de travesura de colegio interno en Suiza. Y también un dejo de perversidad. Creí conveniente no seguir avanzando mucho en el juego:

–Exacto. Increíblemente exacto. Faltan algunos detalles. Con el tiempo podrá corroborar que usted es una vidente. –Bebí mi jugo de mango y producido el espacio necesario, pregunté:

–¿Está aquí su marido, señora Kauffman?

–¡Oh, no! Lamentablemente está de guardia. Es médico. Y está lógicamente movilizado. Trabaja en el laboratorio de enfermedades tropicales, que es uno de los más avanzados del mundo. Se pasan el día investigando. Este país no es más que una infección. Mi marido es uno de esos héroes que creen que lograrán transformar la India y el resto del mundo en algo tan salubre como el condado de Sussex. Pero nuestra medicina y nuestro sentido de la vida no tienen nada que hacer aquí. Viven desesperados: pretenden curar un elefante sifilítico con inyecciones de agua destilada…

–En realidad, considerándolo bien, es un empeño bastante generoso.

–No tan generoso. Trabajan e investigan para curar a los cipayos. Los curan para que mueran por nuestra querida Britania en todos los frentes donde estamos combatiendo… ¿Sabe usted que el sesenta y cinco por ciento de los cipayos que enrolamos tienen enfermedades contagiosas? Un verdadero problema para sus sargentos ingleses…

Se quedó pensativa un rato, después dijo:

–Al fin de cuentas si algo tienen de bueno los nazis es darle un susto a esta espantosa y aburrida burguesía.

–¿Un susto? Lo que está pasando ya es mucho más que un susto. No se puede decir que el bombardeo de Londres con sus centenares de víctimas sea un susto… –Mi voz tuvo algún matiz adecuadamente seco. Katty se quedó muy contrariada. La observé: era más joven de lo que me había parecido, no tendría más de veintidós.

–En todo caso los nazis están perdiendo en todos los frentes –

dije.

Katty me miró contrariada porque yo me hubiese prestado al juego mundano que había propuesto en relación al nazismo y el curso de la guerra. Seguramente había buscado en mí un cómplice para sus travesuras ideológicas con las que debe escandalizar a sus connacionales.

–¡Es usted tan, tan terriblemente convencional…! –dijo con una muy simpática entonación.

Katty Kauffman me recordaba a los personajes de Forster, novelista que leí durante mis cursos de posgraduado en Oxford. Personajes intelectuales, humanistas, exiliados en esa India exótica que no saben cómo abordar sin entrar en un choque entre su propia noción de la ética y la realidad de ser agentes de un imperialismo racialista y brutal.

Seres profundamente heridos en su sexo Victoriano.

A la sombra de la capelina se producía una tenue transparencia digna de Renoir. Observé el suave vello de sus mejillas ahuecadas mientras chupaba el tubo de paja para beber el resto de su jugo de mango.

No. Katty no había leído ninguno de mis pensamientos. Me había abstraído ayudado en la comodidad del sillón de mimbre. Había visitado eso que se llama “la vida personal”. Yo era de los que había conseguido o creído prescindir de dicha vida personal. No era ya como esos hombres que se movían por el parque y que de tanto en tanto se acercaban a su mujer, a sus hijos. Sin embargo yo también había alzado a mi hijo, en Madrid. Había viajado a Madrid para conocerlo. Pero ya en ese entonces yo había pasado el Rubicón de los que creen que en adelante no pueden tener una vida personal porque se deben a una causa.

Mi hijo Albert, Alberto. Cuando fui para conocerlo sabía que iba para despedirme para siempre.

¿Qué podía explicarle a esa estupenda mujer que era Carmen, qué podía decirles a sus afectuosas hermanas? Yo me preparaba para ser uno de los protagonistas que debían romper la cadena del siendo. ¿Cómo hacer entender a Carmen, a sus hermanas, lo que sentíamos en aquellas noches de fervor en Gotinga cuando creíamos poder quebrar la línea de degradación y ser los padres del Renacimiento? ¿Cómo renunciar a todo y quedarme junto a mi hijo? El mito era ya más fuerte que la realidad.

Leí la desilusión en los ojos grandes y brillantes de Carmen. En

realidad no podía explicarle nada. Ni siquiera que yo asesinaba por amor. Después, aquella noche, dos días antes de mi partida, cuando caminábamos por el Retiro, hice una broma, dije algo así como "tienes que pensar que te has casado con un toreador…".

–Torero, se dice. No toreador, como escriben en las operetas francesas –dijo Carmen con una sonrisa muy dulce, vencida.

Me llamaban de la mesa principal, masculina, presidida por el general Kilnney. Una mesa de cañas de bambú pintadas de blanco con un parasol de lona a rayas rojas y blancas. Chicos hindúes de chaqueta abotonada y con turbante moviendo lentamente los plumeros para alejar las moscas. Opinaban sosegadamente y se pasaban el oporto ritualmente.

–El señor Wood tiene trabajos muy interesantes que realizar en el Tíbet –repitió Kilnney, una vez más.

–Wood –dijo el coronel Dexter y me escrutó atentamente–. El mundo es chico, como se dice… Fíjese que conocí a su padre. Lo recuerdo perfectamente.

El instinto de supervivencia desplazó las aterrorizadas críticas que me podía haber dedicado al desoír a Brook. Logré beber un buen sorbo de oporto con una adecuada apariencia de naturalidad y por suerte no se veían los rastros del sudor de mi mano en la copa.

–¿En Cardigan o en Aberporth? –pregunté gastando dos de los seis o siete nombres centrales de mi falsa infancia.

–En Cardigan, en Cardigan… En el club. Era en los tiempos en que él estaba feliz con aquel magnífico normando, ¿cómo se llamaba?, que en 1931… –Pero en ese momento se produjo un incidente salvador. Las niñeras corrían llevando a un chico que se había cortado la rodilla, al caer contra un alambre de un cantero. Corrieron para lavarlo con alcohol y desinfectante *Lysoform.* Había tanta histeria como si se tratase de la lastimadura de un principito hemofílico. Había que intervenir lo antes posible para que el mal de la India no penetrara a través de la piel raspada.

El padre de Wood era empresario y además criador de caballos de salto. La casa de la familia estaba en Aberporth, las caballerizas en Cardigan. Mi mente buscaba datos frenéticamente mientras las miradas se iban serenando ante la falta de gravedad de la herida del chico. Sentí que todo se ponía a prueba con una sola palabra. Por suerte Dexter parecía haberse distraído:

–¡Cardigan! Qué falta que me haría alguna de sus tardes frescas, ¿verdad? –Por suerte no insistió en el nombre del maldito caballo

(en el subconsciente de todo inglés merodean nombres de caballos).

Kilnney retomó el tema de mis actividades:

–Wood hizo trabajos destacados en el Perú, en el descubrimiento de esa ciudad…

–Machu Pichu –dije.

–¡Claro, claro!

El tema de la guerra retomó el espacio que tenía antes de mi llegada. El coronel Dexter por suerte se había levantado para saludar a su mujer, una sargentona sólida que parecía estar inspeccionando la fila de reclutas.

El fantasma de Wood me había puesto en serio riesgo. Bebí el resto de mi oporto y al hacerlo me di cuenta de que tenía los labios resecos.

El fantasma tenía derecho a su venganza. Tal vez con cierta irónica perversidad el coronel Wolfram Sievers me había dicho después de la resolución que habíamos tomado por unanimidad: "Convendría que el mayor Werner redactase el texto con la orden y la pase inmediatamente a clave". El cable que redacté enviado enseguida a la cárcel de Spandau donde Robert Wood estaba detenido, decía: "Urge inmediata eliminación agente Wood. Hasta nueva orden seguirá en el listado que se envía mensualmente Cruz Roja Internacional de detenidos Berlín-Spandau".

Esto recordé mientras el cónsul de Francia libre enumeraba las recientes batallas y especialmente las buenas noticias llegadas del frente italiano. Dexter se volvió y dijo:

–El fantoche está perdido… La caída de Sicilia es el fin del Eje.

El brillo de los ojos del *Führer* apagándose en ese atardecer que se extendía sobre el Salzlach. Sin embargo no todo quedaba en favor de ellos. Quedaban las armas secretas: el misil teledirigido, los nuevos aviones que casi alcanzan la velocidad del sonido, la posibilidad de desarrollar rápidamente la energía nuclear (pese al sabotaje de los estúpidos noruegos). Estábamos en una batalla contra el tiempo. Y nos quedaba además la posibilidad del "arma metafísica". Mi misión.

Levanté mi copa junto con los otros y a sugerencia del general Kilnney brindamos por la derrota de Alemania.

Cuando volvía en el *Bentley* hacia la llaga de Calcuta pensé que pese a todos los peligros mi táctica estaba dando resultados fructíferos. El maldito caballo de Cardigan había sido un verdadero riesgo. Pero había cosas positivas: el coronel Dexter prometió recomendarme a

la guarnición inglesa de la frontera de Sikkim. Era un gesto positivo. Es mejor viajar como invitado que como fugitivo, conjeturé.

Hasta llegué a creerme que el viejo Kilnney en algún momento pudo haber deslizado entre sus amigos la sugerencia de que yo era un oficial del *Intelligence Service.* Muchos llegan a las colonias en misión de inspección y en particular a la India, donde el cáncer de Gandhi crece hasta en la misma administración británica, en particular entre los profesores, periodistas, maestros y ociosas señoras con aburrimiento intelectual. Se puede ser ingenuo pero no entusiastamente ingenuo: hasta pensé que un agente espía no puede tener mejor suerte que ser tomado por un agente secreto del bando del país donde se infiltró: todos lo tratarán con cierta distancia y lo ayudarán para que se escurra lo antes posible.

En algún momento Dexter deslizó que yo hasta podría agregarme al grupo de ellos que viajaría a Darjeeling de vacaciones. Con entusiasmo Dexter nombró a seis o siete personas que formaban parte del alegre grupo, entre ellos a Katty Kauffman.

Nos encontramos con Brook, de acuerdo al plan convenido, en el mercado de Titagarth, al norte de Calcuta. Brook estaba preocupado de mi "entrada". Por suerte no puso reparos terminantes a la posibilidad de viajar a Darjeeling en compañía de Dexter y sus amigos. Insistió que podía ser un grave error pero convino que echarse atrás podía llevar a sospechas, sobre todo si se viajaba igualmente hacia el norte, por la ruta del Sikkim.

No levanté en él sospechas de parcialidad. Omití toda referencia a Katty Kauffman.

Brook me hizo repetirle todo el diálogo con Dexter sobre mi padre y el club de equitación.

–¿Y si ese viejo zorro ahonda? ¿Y si realmente fue amigo de su padre? ¿Si fue más amigo de lo que aparenta o demostró?

No tenía nada que contestarle. Brook pensaba:

–En todo caso habrá que preparar una cadena alternativa. Hablar a los agentes de las ciudades en que pueda urgirle zafar. –Brook no estaba del todo disgustado. Estaba acostumbrado, se veía, a los inconvenientes con agentes exóticos, que no cumplen tareas o del *Ausland* o propias de la Gestapo.

Dos días después tuvimos nuestro tercer encuentro y allí me pasó una cadena de nombres y lugares que tuve que memorizar con el método nemotécnico usual. No eran propiamente agentes, eran

apoyos, individuos que por poco dinero actúan como correo o cumplen alguna tarea muy menor sin conocer la red. Si cae alguno de ellos en manos del enemigo no se puede obtener nada. Era evidente que Brook me hacía pagar el riesgo de mi improvisación: no comprometía a nadie de su red. No pude distinguir si era prudente o perverso o las dos cosas a la vez. Con su voz invariable me deseó buena suerte, porque desde ese momento ya no nos veríamos. Yo, que tenía noticias más frescas y dramáticas de la suerte de nuestros ejércitos, también le deseé buena suerte.

Los juegos de Katty sobre mi pasado de algún modo abrieron una compuerta mal cerrada. La humedad y el ruido de las lagartijas que se acoplan entre los arabescos de mayólica del cuarto de baño, me impidieron el sueño profundo. No he podido sepultar mi "vida humana". ¿Ha sido un verdadero y grande amor el que tuve por Carmen? ¿Lo he destruido? Ella murió abandonada de mí. Tal vez necesariamente abandonada. Murió en Burgos, se suicidó. Al fin de cuentas eran mis pares de España quienes la impulsaron a la muerte. (Conozco los atroces detalles por la reconstrucción que pedí a nuestros agentes en Madrid). No puedo impedir que en la noche húmeda y con el rumor de las lagartijas que bregan hasta quedar inmóviles, acopladas, como figuras de cerámica, vuelvan esas imágenes, esa decadente sombra negra.

Vuelvo a escuchar las carcajadas de Albert mientras lo alzo una y otra vez. Cuando Carmen se mató, las hermanas se lo llevaron a España como refugiado político. Ya Franco había tomado Barcelona y Madrid.

Crece en Argentina. En Buenos Aires. Allí crece olvidado el hijo de mi sangre, de mi "etapa meramente humana".

¿Por qué tuve la debilidad de escribirle desde Singapur una peligrosa carta que sólo podrá entender dentro de muchos años? ¿No sería un encubierto testamento nacido de mi abominable debilidad?

Cuesta liberarse de las trampas con que nos castra el judeocristianismo: vivir cargando a la espalda un gran *crimen* innominable. La Culpa.

Sobrevive en mí ese repudiable *otro*.

Me encontré con mi equipaje en una gigantesca Victoria Station invadida por una multitud tan miserable como multicolor y

pluriolorosa. En el ramaje de hierro de las altas columnas volaban bandadas de pájaros. Esa cúpula de cristales sucios emergía como la última presencia de un Londres invadido, sumergido, por todos los miserables de un imperio colonial. Tenía que vigilar mi abundante equipaje que cargaba una tropa de changadores con chalecos azules del *Grand Hotel.* Una vez que eso, que era lo principal, estuvo asegurado en el furgón asignado, fui hacia la zona europea del andén donde estaba el alegre grupo capitaneado por el coronel Dexter.

Detrás de la barrera de madera custodiada por gendarmes un grupo de leprosos se había logrado instalar y gritaban y gemían pidiendo limosna a los viajeros blancos. Eran muy cargosos y Dexter se dirigió al sargento para que los desalojase.

–¡Wood! ¡Amigo! Por fin… ya creíamos que había tenido algún inconveniente.

El vapor de la locomotora inundaba el espacio con chorros de humedad caliente. Cuando la aguja del gigantesco reloj cayó en el minuto preciso, el tren británico partió. En el escándalo existencial de los andenes ese prurito de exactitud era también un insulto de los dominadores.

Tenía un buen camarote, con lámparas de cristal biselado, lavatorio rebatible de bronce, seis botellas de agua mineral con el correspondiente termo y un calentador para el té. Además, varias pastillas de jabón y la botella de desinfectante y de alcohol para purificar las manos después de los contactos que pudieran producirse.

Di una excelente propina al jefe del coche y le expliqué la necesidad de una mesa independiente en el coche comedor, ya que quería leer y avanzar en mi trabajo. Era importante no tener encima a nadie del grupo Dexter.

Dormí una larga siesta y por la tarde, después del té en el coche comedor me agregué a todos los que se habían precipitado hacia las ventanillas para ver el desolador y pintoresco espectáculo del delta bengalí. Detrás de un elefante enfermo pintado hasta el detalle con tizas de colores iba una larga procesión digna de la corte de los milagros. Se discutía si se trataba de una ceremonia funeraria o si en cambio se festejaba el día de un dios del panteón hinduista. Algunos llevaban la cara pintada con rayas verticales u horizontales según fueren adoradores de Vishnú o de Rama, como explicó el profesor McColl. La india no los desilusionaba: les brindaba siempre algún sorpresivo *show,* esta vez muy oportunamente porque se iba haciendo hora del primer whisky.

Katty no me dejó escapar fácilmente. Nos sentamos en los cómodos sillones de cuero y continuamos nuestro diálogo sobre las religiones orientales. Me pareció que era necesario disuadirla de la interpretación fácil que hacía del *paranibbana,* pero era tarde: estaban llamando para la cena.

–¡Oh, que pesadez, estos horarios nuestros…! ¡Hay que comer cuatro veces por día, ritualmente! Por favor le pido que me salve después de cenar del bridge y del rummy, sigamos nuestro diálogo, tomemos el café juntos…

Creo que me podía imaginar perfectamente a su marido. Es realmente difícil pensar que un médico inglés que está haciendo carrera en las colonias se pueda preocupar por el *paranibbana.*

Sentía que Katty tenía la revoltosa exaltación de quienes luchan en vano contra la convencionalidad del medio, contra la soledad acompañada. Seguramente la atraía en mí algo que ella no podía definir, alguna irregularidad que en su falta general de experiencia era un aliciente de su voraz curiosidad.

Comprendí que *técnicamente* debía cortar allí la cosa y quedarme a comer en mi camarote alegando dolor de cabeza. Pero la tentación del riesgo me desafió. Era una delicia en el camino. Además el espíritu de lo lúdico es una invitación irresistible: pensar que caer en una trampa o error se paga con la vida o poco menos.

La noche en el tren se había puesto muy calurosa. Los europeos, en chaleco y mangas de camisa, bebían el viento caliente de la noche que entraba por la ventanilla mezclado con el olor profundo de la carbonilla quemada de la locomotora. Parecían besugos recién pescados abriendo sus branquias todo lo posible para sobrevivir. Se reiteraban las llamadas a los mozos de chaqueta inexorablemente abotonada para pedirles hielo. La mayoría de los camarotes mantenían la puerta entreabierta sostenida con una cadenita de bronce para facilitar la corriente.

El aire ardiente de Bengala era como el aliento de un tigre gravemente enfermo. Fui tres veces al bar para beber un buen vaso de jugo de naranja con tintineante hielo.

Las tres veces vi luz bajo la puerta del camarote de Katty. En el tercer regreso me decidí. Golpeé con una energía diurna la puerta, con la fuerza con que llama un vendedor ambulante de cepillos o un misionario anglicano.

–Este es el libro de Rhys Davis que hoy comentábamos cuando hablamos del *paranibbana*… –dije.

Fue un encuentro de dos conspiradores, de allí su maravillosa intensidad. Para Katty Kauffman fue directamente la rebelión contra el corsé de la reina Victoria y todo el orden que detestaba de su alta clase.

Creo no haber vivido nunca semejante fiesta de erotismo. A lo largo de la noche yo fui sosteniendo todos los peldaños de sus sucesivas transgresiones. Fui el cómplice, el promotor y un poco el *voyeur* de sus fugas por los espacios del sentido.

En esa ardida noche su cuerpo se rebeló contra todas las discreciones de la convención matrimonial, del erocidio matrimonial de la correcta gente británica. Sobre mi piel fue rehaciendo el camino de la bestia sana que retorna, desgarrándose a las fuentes y al bosque de los instintos primordiales.

Gocé viéndola gozar demencialmente. El incesante tactac de las ruedas del tren era el necesario tambor chamánico para acompañar ese retorno a la verdad perdida.

Laboriosamente el tren iba trepando por la barranca que bordea el río. Desde el espejo de agua llegaban a la penumbra de nuestro camarote los reflejos oscilantes de las llamas que los peregrinos abandonan a las aguas flotando en el hueco de las calabazas. El río sagrado lleva esas trémulas titubeantes imploraciones hacia el mar, hacia los dioses.

El amanecer se anunció con cientas de aire fresco. Nos encontró con las bocas sedientas, los labios tumefactos, bebiendo el agua del termo con avidez de fiera que alcanzó el valle. En algún momento me dormí imprudentemente. Me despertó un humo acre. Katty estaba con la cabeza asomada en la ventana abierta con los cabellos revueltos por el viento. Estábamos cruzando un puente sobre el Ganges, seguramente en la zona de Kushtia y se veían las hogueras, las piras rituales encendidas por los monjes ante las familias arrodilladas en oración. El *atman* de los difuntos sube así, con el humo, al Origen.

Katty tomó un largo sorbo de ginebra de la botella. Estaba completamente desnuda, con los largos cabellos enredados por el viento fuerte. Le sugerí cerrar la ventanilla pero hizo un gesto negativo y exclamó:

–¡Que el tren se llene con el humo de los muertos!

Pero ni bien retornó al lecho, exhausta, se durmió profundamente y yo pude escabullirme por el corredor sin ser visto.

Hacia el mediodía el tren se detuvo. Aturdido por la noche de

delirio me asomé a la ventanilla y me quedé respirando un aire distinto, de montaña. Se me abalanzaron los vendedores ambulantes que ofrecían desde tortillas hasta monitos que miraban quietos el dislate de los humanos. Por casualidad vi a Dexter que salía de la oficina del jefe de estación con papeles en la mano. Seguramente era el boletín telegráfico que suelen recibir los oficiales en actividad.

Cuando iba hacia el bar para beber algo sentí que Katty me golpeaba la espalda. Regresaba del salón comedor con grandes gafas oscuras para disimular las ojeras.

–¡Fue maravilloso! –me dijo al oído–. Estoy segura de haber quedado embarazada, ¿no te parece que así debe ser? –La debo haber mirado con inocultable perplejidad. Tanto que se rió demasiado fuerte.

–¡Tonto! Tonto Victoriano. Una mujer *siente* su química interior, es más que una intuición –y volvió a reír con ganas.

Había algo de desafío. De orgullo femenino herido. Era muy joven para saber manejar lo que sentía y se refugiaba en sus juegos de malcriada, resto de su tan cercana adolescencia.

Por suerte un grupo nos separó. Ella se alejó mirándome con ironía, como si esperase de mí alguna respuesta.

Omití el almuerzo y me quedé en el camarote ordenando papeles. El tren bregaba por trepar las primeras estribaciones prolegómeno de las altas cumbres. Trabajaba frente a la ventanilla cuando escuché que se cerraba la puerta a mis espaldas. Era Dexter que me apuntaba revólver en mano. Un tremendo revólver de coronel. Sus ojillos de astuta serpiente controlaban el espacio y mis menores movimientos. Cuando estuvo seguro de mi inmovilidad e indefensión dijo:

–Aberporth, querido Wood. Aberporth… La casa de su padre estuvo en Cardigan, pero el club de equitación, el famoso, nunca estuvo allí. –Gozaba con mi perplejidad, se gratificaba con su astucia. Había cambiado los términos de referencia para hacerme caer en la trampa, y lo había logrado. Una persona normal lo hubiese corregido cuando fingió equivocarse.

"Además, querido señor Wood, el nombre del caballo era Malibú. El inolvidable Malibú, imbatido, imbatible, entre 1935 y 1937. Una verdadera vedette a quien su padre homenajeó bautizando con su nombre esa caballeriza, de Aberporth por supuesto… Esos descuidos suyos, que en algún momento tomé

como delicadeza para un viejo olvidadizo, me llevaron a ciertas averiguaciones… Me telegrafiaron que Wood no está aquí sino en Francia, luchando contra los alemanes en la guerrilla…

Mi misión estaba abortando por mi suficiencia. Estaba ingresando rápidamente en la categoría de hombre perdido. Tenía que reaccionar rápidamente.

–¡Maldito espía! –murmuró innecesariamente Dexter mordiendo las palabras con verdadera rabia.

La vejez se demuestra en hechos concretos. Dexter se permitía gozar durante unos momentos de más su triunfo. Los pescadores viejos suelen perder las truchas al recoger la línea por demorarse en los detalles de la captura.

Entrevi ese débil resquicio por el cual todavía podría salvar mi misión, mi vida quizá.

El llamador de emergencia estaba un metro más allá del alcance de Dexter. El viejo coronel le había echado una mirada rápida, pero para poder alcanzarlo debía desplazarse o cambiar el revólver a la mano izquierda. Movió el cuerpo lateralmente pero no se animó a extender la mano sin antes echar otra mirada a la argolla plateada.

Mi golpe con la mano abierta, entre la clavícula y el hombro fue adecuado. Debí partirle el hueso, el revólver cayó.

En no más de medio minuto logré quebrarle la columna vertebral. (Mucho menos tiempo que el empleado para derrotar al mastín del *Ordensburg* en mis pruebas de iniciación).

Era evidente que Dexter me venía siguiendo en busca de contactos mientras se averiguaba con urgencia la situación de Robert Wood. Tuvo que elegir entre detenerse o arriesgarse a que yo me escabullera en la estación siguiente. Optó por lo primero.

Le cerré los ojos para evitar la mirada permanente de sus ojos inexpresivos, como de pájaro o de coronel. Había sido un trabajo limpio: no perdía gota de sangre. Pero ahora, a mi turno no debía yo solazarme con los detalles de la captura. Tenía que resolver todo con extrema urgencia y lanzarme a la vía alternativa preparada por el admirable Brook.

Comprobé la enorme resistencia y la obstinación de los muertos. Son verdaderamente tozudos, intratables. Tienen el gandhiano poder de la inacción, el poder de la inercia. Fue una verdadera lucha acomodarlo en la cucheta alta. Saqué el colchón y lo arrojé por la ventanilla cuando pasábamos un puente. Una vez extendido en la cucheta fue arduo lograr rebatirla para que quedase adosada a la pared. Dos veces el brazo quedó colgando hacia la cama de abajo.

Toda la vida, todos los recuerdos, toda la tarea, todo el pasado, todo el odio y el amor del mediocre Dexter eran ahora nada. Mera nada. Nunca sentí tanto la evidencia de la muerte desde los tiempos de niño cuando vagando por las orillas del Neckar maté con la honda una paloma torcaz que cayó inmóvil a mis pies.

Al llamar la campanilla del servicio de camarotes, tuve la evidencia de lo absoluto de la muerte: mi brazo se había estirado y alcanzó el objeto con el cual Dexter podía haber ganado su vida y perdido la mía.

Ordené a los camareros que llevasen todo mi equipaje al furgón de carga para bajarnos en Jalpaigur. Encomendé a uno de ellos, con una fuerte propina, que comunicase a la señora Dexter que el coronel estaba en el vagón postal preparando un telegrama de servicio que debía enviar con urgencia.

Llegué al salón comedor cuando la gente se demoraba en los postres. Pedí un té con un sándwich en mi mesa de siempre.

Me saludaron de la mesa principal y para mi tranquilidad la señora Dexter recién emprendía la tarea con una enorme copa de cremas heladas. Creí percibir alguna mirada de ironía. Tal vez sospechaban algo de nuestro acuerdo con Katty.

Leí un libro y sentí que los minutos empezaban a demorarse, que empezaban a durar tres o cuatro veces más. El tren parecía trepar muy dificultosamente. Jalpaigur era la última etapa antes de la subida a Darjeeling. Me repetí de memoria todos los contactos para estar seguro, ya no tenía más márgenes para el riesgo y la improvisación.

Abrí ostensiblemente el *Times* y me puse a leer los detalles de la derrota de Rommel en todos los frentes, los avances aliados en Sicilia

El Renacimiento se alejaba. Triunfaban los hombres materiales. Esos vendedores de Biblias y de gabardinas que aprovechaban la sobremesa para preparar sus muestrarios y ajustar las cuentas. Yo llevaba una misión casi desesperada. Era el procurador de una causa prácticamente perdida.

Por esa causa había tenido que matar por primera vez (directamente) a un hombre. Ese hombre indecorosamente aplastado entre la cucheta rebatible y el mamparo de un tren de la *Royal Iridian Railroad.* Un coronel que volvía de la frivolidad a la nada. Había matado a un hombre, eso era todo. Tal vez, en el juego humorístico que llamamos vida, ese desmán se compensaba con haber engendrado otro ser, aunque fuese judío, en el vientre de Katty Kauffman.

III

Tradum: el salto hacia la ruta de los alucinados

Hacia la frontera del Sikkim. 12 de octubre de 1943

La maniobra en Jalpaigur salió exitosamente; logré escabullirme en el andén atestado de la habitual multitud atareada y harapienta. Las buenas propinas fueron el motor de la celeridad en el desembarco del equipaje.

Era evidente que no me habían descubierto y que el tren continuaría después de su brevísima parada de cinco minutos. Nunca me pareciómás lento el tiempo que en ese reloj enorme del andén. Cuando la aguja cayó en el número indicado y la locomotora lanzó su agudo silbato, comprendí que el cincuenta por ciento estaba a mi favor. Tenía no más de media hora para lograr el contacto señalado por Brook. Los hombres de Dexter indudablemente se habían demorado buscando a su jefe y me creerían en mi camarote, aprovechando lasiesta.

Contraté changadores y ordené que el equipaje se depositase a la entrada del *Hotel Brighton.* Le di una libra al capataz y le prometí dos más si me esperaba junto al equipaje en la puerta del hotel. Abrió sus ojos en forma cómica: yo le solucionaba un mes de presupuesto familiar.

Me fui escabullendo entre los jardines para que no se notase mucho mi dirección. Me detuve, hice rodeos, me convencí de que ninguna mirada se demoraba en mí. Traté a los mendigos con naturalidad británica: abriéndome paso a punta de bastón y dando de vez en cuando un chirlo a algún chiquilín demasiado insistente.

Alcancé la plaza Reina Victoria y me senté junto a la fuente. Bien podría ser yo un empleado de la Prefectura.

No creí ver movimiento de agentes. Habían pasado doce minutos. La farmacia estaba allí, con su señal inconfundible. Gasté tres minutos para que pasara un gendarme hindú y entré en el

negocio. Una típica farmacia hindú con balanza de platillos dorados, frascos de colores con dulces y drogas, pastillas de quinina y de cloro junto a la caja. Un tonel de maloliente fango con su hervorde ansiosas sanguijuelas a la espera de los desdichados apopléticos.

Había dos muchachos vendedores. Detrás de una cortina de arosde metal vi un hombre mayor con turbante. Pedí hablar con él y me hicieron pasar a la trastienda, donde se tomaba la presión.

Tenía que ser el señor Bhota. Le saludé y le dije la frase de contraseña. Serenamente aplastó una mosca con su palmeta de goma y me respondió con una reverencia mientras preparaba el instrumental:

–Bienvenido a la tierra de Vishnú. –Era la señal.

Me dijo que podíamos hablar. Era lúcido y rápido para comprender su peligro y el mío. Me tomó la presión con parsimonia de quien tiene todo el tiempo del mundo. Mientras tanto llamó a uno de los chicos y le murmuró instrucciones rápidas y precisas. El chico salió corriendo. Me hizo pasar a la caja y delante de una mestiza que esperaba turno me anotó minuciosamente la máxima y la mínima y me cobró. Cuando la aguja del reloj cayó en el cinco súbitamente vi la mano fláccida de Dexter cayendo por la rendija de la cucheta alta, como la última oscilación del péndulode un reloj roto.

De acuerdo a lo indicado salí lentamente y doblé hacia la calleja de la izquierda hasta dar con un cobertizo donde había un auto guardado. Allí estaba el muchacho, Shaba.

Hacía sólo veinticinco minutos que había salido del tren. Quedaban diez antes de que la policía local recibiese la alarma. Cruzamos un mercado espantando gallinas, frenamos ante una vaca sagrada que cruzaba la avenida Gordon. El chico manejaba endiabladamente pero alcanzamos la rampa del *Brighton* donde estaba el capataz custodiando las maletas, las cargamos con toda la parsimonia posible. Le di las dos librasdiciéndole que me alojaría en casa de un amigo y logramos que no viese el rostro de Shaba.

Estamos a muy pocos kilómetros de la frontera. Corrimos levantando polvo. Shaba conocía el camino de los contrabandistas. Era experto: me dijo que más de una vez había “pasado” hombres del *Ausland* que cumplieron difíciles misiones en la India.

–Aquí casi todos están por los alemanes. Todo nos parece mejor que un inglés…

Era un camino montañoso recorrido por gente muy miserable. Alcanzamos una ladera cerca de Sikkim donde Shaba era conocido.

Debíamos esperar la noche. Me refresqué en una fuente y me cambié de ropa. Creí que con eso abandonaba a Robert Wood snob. Partí la caña de malaca de un golpe y la tiré en el fondo del aljibe.

Anochecía cuando llegó la caravana de *sherpas* contrabandistas que me conduciría por los desfiladeros hacia el Nepal. Shaba retornó a Jalpaigur y le regalé un billete de diez libras.

Pasamos sin inconvenientes, aunque muy lentamente, por caminos escarpados. Los *sherpas* suelen llevar azúcar, medicinas, telas, y vuelven con objetos de artesanía, drogas y artículos de magia.

Al amanecer, ya en Nepal, festejamos la buena suerte del cruce con una humeante taza de té que me pareció delicioso. Tuve que alistar mi equipo de invierno.

Fueron largos días por un paisaje desolado de valles altos que corren a lo largo de la impresionante pared de las altas cumbres del Himalaya. Sólo los jinetes íbamos en mulas, el resto fue sustituido por poderosos y lentísimos yaks.

Avanzábamos por las cuencas del Tamur y del Sunkosi. Los díasse sucedían sin novedad. Pude valorar la eficacia y el buen humor de esos extraños nómadas eternos que gozan con la visión de los páramos. Viven nochesintensas, junto al fuego del campamento, contándose historias, riendo. Seres cercanos a un primigenio orden cósmico que hemos perdido los llamados civilizados. En ellos todo parecía claro, simple, puro. Se dormían cobijados entre gruesas mantas con lamirada perdida en un cielo donde los astros brillan como lámparas.

Por fin alcanzamos el río Kali y viramos hacia el norte iniciando el laborioso ascenso hacia la meseta tibetana.

Enhebramos valles perdidos. Dejamos al este los macizos del Annapurna y porfin, después de doce días difíciles, alcanzamos la desolada frontera delTíbet, que nos saludó con una tormenta de viento que parecía capaz de hacer volar los yaks.

Con un día más de marcha vimos los techos rojos de Tradum, donde estaba la base de nuestros agentes y en especial su jefe, Peter Auchnaiter, hombre de *Ahnenerbe.*

Prácticamente había terminado la etapa de persecución británica. Pensé que pese a mis errores y arrogancias el desenlace había sido más fácil de lo que podría haber imaginado. Comprendí que recién estaba empezando el desafío mayor.

Peter Auchnaiter era hombre alto, delgado, musculoso. Sus manos, como garras, demostraban al montañista empedernido. Era una mezcla de intelectual y atleta. Mepresentó a su gente: Lebenhoffer, Harrer, Peter Calemberg. Todos hombres de los gruposespeciales. Trabajaban en investigaciones al servicio de esa naciente "nueva ciencia" cuyos iniciados eran pocos y cultivaban una camaradería de conjurados.

Gozaban en Tradum de buena aceptación y era la base para sus trabajos. En Lhasa había representantes británicos. La lejana Tradum había sidoelegida por esa causa. El *bonpo,* la autoridad local, les había facilitado dos casas de piedra y, como es habitual en Tíbet, tres o cuatro viudas se encargaban de la cocina y limpieza.

En nuestro primer encuentro a solas con Auchnaiter me informó de losdetalles de los contactos ordenados por *Ahnenerbe.*

–La persona que usted espera se hará presente en una muy lejana lamasería, en el borde del Takla Makan…

Extendió un mapa y señaló el punto preciso: Tatelang. En un punto perdido en el Sinkiang, no lejano de la ruta de las caravanas del Gobi, apenas señalada en la carta con una línea punteada.

–Allí, en Tatelang, usted recibirá el mensaje que espera y cuya naturaleza no conozco, como es lógico.

Traté de mostrarme abierto con él y aludí a la misión política de contacto con las fuerzas comunistas que operaban en la región del Yenan. Le rogué el mayor secreto. Dije que se trataba de una delicada misión ya que el Kuomintang era francamente probritánico y la posición de los japoneses se debilitaba en todo China.

Auchnaiter me miraba fijamente. Era un hombre astuto. Pero me pareció haber sido convincente. No tuve la desagradable sensación de haber mentido a un camarada: en realidad la naturaleza real de mi misión es inefable.

Me contó lo difícil que había sido cumplir las órdenes de *Ahnenerbe.* Me mostró una carpeta de cables cifrados. En el monasterio de *Kum Bum* se había logrado ubicar a ciertos lamas que hacía más de veinte años habían estado en contacto con miembros de la Sociedad de Thule. Por suerte no se extendió demasiado por este peligroso camino. Le pregunté por las últimas noticias de las acciones militares. Con un tono mortificado enumeró los últimos desastres.

Esa misma noche los hombres de Auchnaiter me sorprendieron con una comilonanostálgica: *Bauerfrühstück, Laberkäse, Bratkartoffeln* en cantidad. Había una insólita provisión de vinos y cervezas. Después de la monótona comida de *los sherpas* necesitaba

una expansión de ese tipo. Entraba la noche y, ya con mucha aguardiente encima, entonamos los viejos himnos de la *Hitler Jugend* y el *Horst Wessel Lied.*

En un aparte Auchnaiter me pide confirmación acerca de la eliminación masiva de judíos:

–¿Es verdad, es posible? Dicen que los llevan en trenes sellados hacia campos de exterminio instalados en los países ocupados por el *Reich*…

–Así es –confirmo–. Es un sacrificio supremo. Es la ruptura definitiva con la cultura de la degradación. Con ese sacrificio nos expulsaremos definitivamente de esta Historia. El *Führer* explicó en *Ahnenerbe* el sentido de la solución final… A partir de allí ya no habrá retorno ni refugio para nosotros.

–¿Sacrificio? –Auchnaiter me mira con los ojos muy abiertos, como muchos, seguramente está excedido por lo que eligió y por las consecuencias del pensamiento abstracto. Le digo:

–Los judíos son los portadores del letal germen de la corrupción ideológica del hombre de Occidente. Contagiaron el virus del dios chupador de toda vida humana, el destructor de todo lo noble, lo sanamente animal, lo instintivo. El dios que enseñó a despreciar la tierra, a desconfiar de la naturaleza. No se los elimina por venganza sino por la higiene. Con ese gigantesco sacrificio empieza el Renacimiento. La ruptura definitiva con el pasado…

Pero ya se acercaban Calemberg y Harrer y se imponía cambiar de tema.

Auchnaiter me explicó las tareas geodésicas, geológicas y cosmológicas a que estaba dedicado con su gente. Estuvieron haciendo estudios sobre el campo magnético y en particular sobre el monte Kailas, el monte sagrado del Tíbet occidental. Es un cono de piedra y hielo separado de la cadena de montañas próximas. Los tibetanos le llaman “el trono de los dioses”. Merece adoración no sólo de los budistas. Hay peregrinos que llegan hasta su pie desde la India, Malasia, China y Birmania.

–Para los antiguos lamas el Kailas era el polo positivo del *Axis Mundi.* El polo negativo tenía que salir en sus antípodas, en la isla de Pascua, cuyas grandes estatuas que miran hacia el mar no tienen otro fin que el de cumplir un exorcismo y convocar a los “Fundadores ausentes”. El hemisferio sur es el contrapeso negativo del mundo.

–El Kailas tiene 6.7 metros y su cumbre es perfectamente

inaccesible…

Eran trabajos de la “ciencia nueva”, para la nueva cosmogonía y cosmología que debían alimentar el *Reich* que duraría un milenio. Pero, pensé o sentí, el *Reich* se desmoronaba irremediablemente y los trabajos de ese grupo abnegado tenían el carácter de una estética, tal vez de una chifladura. Eran los hombres de los “estudios especiales” dedicados a revolucionar definitivamente nuestra enfermiza aproximación “científica y tecnológica” a la realidad de la materia, de la Tierra. Ellos la estudian como un ser vivo y como un organismo cósmico. Un sistema de ondas ondulatorias. De materia que vibra en energía y de energía que se plasma en materia cumpliendo un ciclo todavía desconocido.

Estos hombres habían trabajado durante un año a veces en condiciones heroicas. Habían mandado por telegramas cifrados un enorme caudal de información técnica. Habían emprendido iniciativas científicas y arqueológicas admirables.

–Hay una nueva cosmología que nace con este tipo de comprobaciones. En torno de ese eje energético del mundo se concentra el polo positivo de las “tierras madres” que se extienden desde el Cáucaso y el Monte Elbruz hasta el Turkestán, la meseta del Pamir, el Gobi…

Era evidente que Auchnaiter estaba bien convencido de la doctrina de nuestro maestro Haushofer, que enseñaba que el espacio geográfico no es el vehículo del poder, como creían los estrategas mecanicistas, sino el poder mismo.

Me relató la verdadera proeza de montañistas que tuvieron que efectuar para alcanzar un elevado altiplano del Tíbet, en la vertiente norte de los Himalayas, a 5.7 metros de altura, donde encontraron un sistema de cuevas excavadas en la roca viva, entre aberturas de los glaciares. Allí contra las paredes de piedra hallaron un bajorrelieve con un mapa del cielo con estrellas ya no visibles, un mapa que probablemente correspondiese a unos 13.0 años atrás, según las estimaciones del astrónomo del grupo, Peter Calemberg. Me mostraron las fotos y los calcos del relieve. Era un hallazgo todavía inexplicable. Estaban exaltados. Uno de ellos afirmó que en algún momento antes de un gran cataclismo geológico esa región estaba a nivel del mar.

La noche había sido acogedora. Línea de camaradería pero excesivamente alcohólica. Hacia la madrugada, en la soledad y el silencio de ese aldeón-monasterio tuve angustiosas ensoñaciones.

Como si aquella “vida persona” que creía haber dejado para siempre a mis espaldas todavía fuese capaz de moverme los talones.

Tuve el acoso de la imagen, absolutamente imaginaria de mi hijo lejano. Curiosamente, al no conocerlo ni tener fotografías de él, fui creando un ser con facciones casi precisas, hasta con gestos individuales y un cierto tono de voz en un idioma que no comprendo. ¿Cómo sería esa ciudad de Buenos Aires? Tengo referencias vagas, fotos vistas en un álbum de turismo. Imagino una ciudad de casas bajas, calles muy quietas, con avenidas largas y monótonas como las de ciertos barrios de Londres. Es un pueblo bastardo, pero casi blanco y amigo de Alemania.

Nosotros no creemos en la culpa. Tal vez toda nuestra aventura no sea otra que la de tratar de erradicar para siempre esa palabreja del arsenal degradado del judeocristianismo.

Pero en el yo profundo hay otra vida, un ser interior fiel a sus tradiciones de caída. El yo profundo se mueve como en el film proyectado en un cine deshabitado de barrio, en una tarde lluviosa. La culpa, la trampa del hombre bidimensional que tratamos de matar definitivamente como una enfermedad endémica. Ese hombrecito que anda en las sombras del fondo, como las abuelas que nunca terminan de morir en un caserón abandonado.

Albert, Alberto, mi hijo. Ahora corre por esas calles abiertas donde suenan guitarras lejanas. *Gute Winde,* Buenos Aires. Alguna vez Alberto leerá la carta que le mandé desde Singapur.

Y él, ¿qué imaginará de mí?

El *bonpo* de Tradum me recibió ceremoniosamente. Permanecí sentado frente al funcionario en silencio, como si me sometiese a una previa sesión radiográfica. Ambos bebíamos té con manteca, la bebida nacional tibetana. Alivié sus preocupaciones al anunciarle que pronto continuaría viaje hacia las lamaserías del norte, pese a la inminencia del invierno. No pude leer ninguna reacción en su rostro impasible.

Estos hombres saben que la causa de sus desgracias son los extranjeros, siempre ansiosos e interesados por hacerlos caer en el tiempo de ellos. Es especialmente el caso de los britanos, casi la única presencia influyente en este techo del mundo, aparte de los chinos. Los ingleses los quieren cambiar y actualizar para venderles sus sargas, sus zapatos, sus paraguas, sus condones, pero los tibetanos parecen firmemente convencidos del peligro del llamado progreso occidental. El Tíbet no forma parte de la Unión Postal

Internacional (las cartas que mandan los pocos extranjeros y los viajeros deben hacerse llegar por medio de lentísimas caravanas de yaks hasta alguna oficina de correos de la India). No aceptan tampoco el metro, el sistema métrico. Tienen fobia de la rueda cuyo uso está prohibido en el territorio de varias lamaserías. Ven en la rueda la más firme amenaza contra el equilibrio de la naturaleza. Saben que todo lo que potencia el brazo del humano sólo puede acarrear muerte y destrucción. Tampoco aceptan la medicina occidental, que consideran una flagrante violación del equilibrio muerte-vida ejecutado por carniceros proclives a cualquier amputación con tal de lograr la frívola sobrevivencia.

Me confirman la asignación de la casa y de Bela, la viuda que me atenderá durante mi estadía. Todo eso puede considerarse muy positivo porque en Tíbet suelen producirse accesos de xenofobia imprevisibles y sin casa tendría que partir sin la debida preparación. La última taza de té que compartimos tiene el valor de un brindis.

–Quiero expresar mi deseo de que el viajero pueda alcanzar lo antes posible la frontera china, como es su voluntad… –Por mi parte agradecí la benevolencia con que era tratado. Un novicio me indicó cómo hacer la reverencia de saludo y nos retiramos.

Cuando íbamos caminando hacia el barrio externo (los templos están en una zona amurallada) el novicio sonriente, juvenil, me dijo:

–El *bonpo* me pidió que le dijera que es mejor que usted siga siendo el señor Wood mientras esté en el Tíbet… –Se reía. Lo miré sorprendido.

–Pero Auchnaiter y mis camaradas que están aquí desde hace meses les dijeron quién soy. Soy Walther Werner. Soy alemán.

–El *bonpo* dijo que usted era Robert Wood. Tendrá que seguir siendo el señor Wood. Los *sherpas* dieron ese nombre cuando usted llegó. De otro modo el *bonpo* tendrá que comunicar su presencia con el mensajero que partirá para Lhasa.

Aquello era absurdo, pero comprendí que la lógica del novicio y de su jefe eran impenetrables. Mis planes preveían que sólo volvería a usar mi identidad y documentación británica en caso de alcanzar territorio soviético.

Estaba visto que tenía que soportar otra jugarreta del fantasma.

A los dos días de instalado en la casa que me otorgara el *bonpo* inicié los trabajos que me correspondían. Auchnaiter me facilitó el

material químico necesario y por la noche a solas y acondicionando lo mejor posible la lámpara de kerosene tomé el ejemplar británico del "Nuevo Testamento" (instrumento indispensable para alguien como Robert Wood viajando hacia la India) y lo sometí al tratamiento previsto. En tres noches terminé con San Marcos y Lucas y fue apareciendo el texto del *Brevario de Agartha* preparado por los especialistas de *Ahnenerbe.* Salieron bien en claro todos los relatos de los viajeros, la síntesis y, lo que era más importante, los croquis.

Tenía ante mí un verdadero derrotero para una extrañísima navegación en cuya etapa final no había puerto sino más bien un mito o una realidad mágica. Un puerto donde muy pocos marinos habían podido anclar, a veces al precio de la locura y de la muerte.

Fijé en el mapa general el lugar del contacto: Tatelang, un diminuto punto en los bordes del desierto del Takla Makan. Para alcanzarlo debería atravesar todo el Tíbet por los altiplanos más agrestes.

Me sentía desafiado, estimulado. Nunca olvidaré esas mañanas con el aire puro de la montaña, cuando después del desayuno que me preparaba mi entusiasta viuda monacal, emprendía el trabajo de fijar rutas geográficas y de desentrañar el a veces paradójico lenguaje de los pocos viajeros de Agartha.

A pesar de que ya tenía una idea formada acerca del material, su lectura, ya lanzado mi viaje como una realidad, cobraba un relieve diferente.

Uno de los relatos más interesantes era el de Gurdjieff. Este es un curiosísimo ruso levantino, aventurero, iniciado, vendedor de alfombras, seductor de intelectuales decadentes, que vive refugiado en París especulando con una fundación o "Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre", nada menos. La institución está instalada en un castillo arruinado de las afueras de París, en Fontainebleau. Pero sin dudas es un hombre de extraños poderes. Ha sido contactado, por órdenes de Hielscher, por uno de los más preparados agentes de *Ahnenerbe* que se encuentra actualmente en Francia, el agente "E. J.". A pesar de la disminución física causada por un accidente automovilístico, el diálogo de Gurdjieff fue rico en datos y revelaciones que tal vez habría callado en tiempo de plenitud física.

Los viajes de Gurdjieff por el Asia Central fueron varios entre 1897 y la Primera Guerra, pero su entrada en el Gobi en 1898 es tal vez lo más válido. La lectura de su relato, que efectué varias veces, siempre me dejó con una sensación de duda y de inquietud, como

algo oscilante entre lo meramente fantasioso y lo que ya toca el campo del misterio. “E. J”. se anima a evaluar que fue durante ese viaje que Gurdjieff llegó efectivamente “a la zona de Agartha” (no se atreve a decir “a Agartha”). Gurdjieff se silenció sin poder o no querer explicitar su experiencia. Manifestó que la expedición había concluido cuando uno de sus camaradas, uno de los “buscadores de la verdad”, el geólogo Soloviev, murió desnucado por la mordedura de un camello salvaje.

Leo las frases del relato de Gurdjieff correspondientes a ese periplo:

> El secreto está guardado mucho mejor y más profundamente que todo lo que podía preverse…
>
> Muchas veces se aludió a una región del desierto de Gobi donde hay una gran ciudad subterránea. Era un secreto que se transmitía por herencia y cualquiera que lo violara debía sufrir un castigo proporcional a la gravedad de tamaña traición.
>
> No seguir nunca caminos trillados.

Gurdjieff miente o goza en confundir las pistas. Los hilos de coherencia se pierden. Lo simbólico surge de lo real y lo real se sumerge en lo simbólico. Lo visible y lo transaparencial se mezclan.

Lo aparentemente más cierto de su descripción alcanza a esa lamasería cuya ubicación apenas señala > *.

Pero lo importante es que en algún momento no situado Gurdjieff logra pasar la invisible barrera. A partir de ese momento su relato pasa de lo temporal a lo ucrónico, de lo topográfico a lo utópico. Es cuando más abunda en palabras, y las palabras parecen levantarse sobre las líneas del *Breviario* como esas arenas amarillas del desierto que nublan toda visión de lo real.

Tomo mi té a solas, frente a la lámpara y los extraños mapas. Siento una exaltación feliz, como la que puede sentir un investigador de la ciencia o un descubridor de nuevas tierras. Detrás de todo eso, detrás de un lenguaje a veces mítico y alucinado, se esconde algo que fascina de modo que las horas se escurren a una velocidad increíble. Sólo de vez en cuando llega de los templos el sonido de campanillas, tamboriles o las profundas trompetas de madera con que los monjes se llaman para sus ritos.

Después de Gurdjieff traté de poner en claro y coordinar los

textos de los hombres de la Sociedad de Thule. De Von Sebottendorf no había descripciones, sólo referencias, entre ellas las del profesor Haushofer y de quienes lo habían tratado en sus raras apariciones. Se sabía que era un hombre robusto, de no muy alta estatura. De extracción humilde, había sido en sus comienzos obrero ferroviario y su verdadero nombre era Rudolf Glauer. Tuvo una precoz vocación por la aventura y viajó por los países más disparatados. Trabajó como buscador de oro. A partir de 19 se fijó en Turquía y entró en relaciones con el barón Von Sebottendorf, conocido orientalista que le legó el título al adoptarlo y lo envió a centros iniciáticos de druzos, sufíes y derviches. Volvió a Alemania con mucho dinero "y extraños poderes" (según la versión de Haushofer). Fue uno de los fundadores de la Sociedad de Thule, en Munich. La sociedad madre del nazismo, de nuestro movimiento.

En 1919 él y Dietrich Eckart, también de la Sociedad de Thule, realizan un viaje de extrema importancia. "El viaje de los poderes", como se lo califica en *Ahnenerbe.* Alcanzaron la peligrosa Moscú en plenos tiempos revolucionarios y desde allí llegaron con mil peripecias hasta Irkustk. Corrieron el riesgo de ser fusilados por los rojos y por los blancos, la violencia era una enfermedad generalizada. Salvaron sus vidas a fuerza de libras esterlinas. Se libraron por fin de las zonas de combate y armaron una expedición para pasar la frontera. Entraron en Mongolia por los desfiladeros de Tsagan y del Selenge. Padecieron todos los sufrimientos de viajeros en tiempo de desamparo y convulsión, hasta que llegaron a los monasterios que Von Sebottendorf parecía ya haber visitado en ocasión anterior.

Eckart contrajo fiebres malignas de las cuales no se repondría. Viajó en estado de alucinación una larga etapa, atado a la silla de su mula, después cargado en un camello. Su sufrimiento debe haber sido atroz. El 16 de junio de 1919 los sorprendió un temporal de arena que duró varios días. La visibilidad era nula. El viento sopló a más de cien kilómetros por hora y arrancó de cuajo las carpas del campamento. Las bestias y los hombres se dispersaron. Von Sebottendorf amarró a Eckart a una estaca clavada.

Desde ese momento los dos hombres pierden todo contacto. Eckart se cree asistido por unos derviches. Afirmó que en todo caso creyó que alguien velaba por él, pero perdió toda conciencia lúcida y la medida del tiempo y del espacio. "Visitó ámbitos, habló con seres", eso es todo.

Fue recuperando su memoria en un hospital de Calcuta donde aparece dos meses después, a fines de agosto. Por mediación del

cónsul alemán se lo repatria en penosas condiciones a bordo del transatlántico holandés *Straat Malaca.* Aparece en Munich y los miembros de la *Mule Gesellschaft* reciben a un camarada febril, destruido, que luchaba desesperadamente por "recuperar la lógica de nuestro lenguaje", según la observación de Karl Haushofer.

Todos comprendieron que Eckart, ese hombre febril que parecía ni siquiera recordar el alemán, era un emisario de Von Sebottendorf. A partir de ese momento, cumplida su misión, lanzado su designio, tal vez, Von Sebottendorf se esfuma pese a los esfuerzos realizados por ubicarlo. Aprovechando su puesto de cónsul honorario de México en Estambul, viaja a México y a Perú para realizar estudios cuya naturaleza nunca fue aclarada.

Lo cierto es que en 1921 el elegido por la Sociedad de Thule será Adolfo Hitler. Él es quien recibirá los poderes. La doctrina secreta de Los Superiores. Eckart, asistido por Rosenberg y Hess, cumple una especialísima tarea. "Hitler respira ya en el aire del verdadero nacimiento", informará Eckart antes de su última internación. En diciembre de 1923 entró en agonía sin que ningún médico de la clínica de Munich alcanzara a definir la naturaleza de esas "fiebres asiáticas". Hitler lo visita a diario durante esa última semana de vida. El *Führer* le informa algo importante en lo que hace a los símbolos del movimiento. La bandera diseñada por el Dr. Krohn integra el color blanco del nacionalismo, el rojo de las reivindicaciones sociales revolucionarias. La svástica signo de fecundidad y solaridad, será el símbolo del movimiento para la etapa del necesario fuego renovador, el signo de los guerreros Schamballah.

Minutos antes de expirar Eckart confió la famosa "piedra negra", el betilo de los Fundadores, a los hombres de Thule y les dice la famosa frase que escuché por primera vez en *Ahnenerbe: "Sigan a Hitler. Él es. Danzará. Yo no he sido más que su profeta, su anunciador. No hice más que transmitirle la música de la danza. Él ya tiene los poderes de Los Superiores".*

Bebí mi té. Traté de concentrarme en las palabras de las anotaciones y en el croquis. Pero la historia de Eckart tenía algo de fascinante, de abisal, cuya esencia no podía desentrañar. En el *Informe de Ahnenerbe,* que pude leer una vez, se habían recogido estas palabras: "Nadie que haya tenido las visiones y revelaciones

que yo tuve podría soportar esta vida. Todo parece ya efímero, insustancial…”.

¿A qué se refería? ¿Qué había entrevisto? ¿Por qué antes de su muerte, mucho antes: desde los tiempos del *putch* de Munich, se mantiene al margen del Movimiento nazi hasta despertar el enojo de Hitler? ¿Y por qué el *Führer* se reconciliará con él y le dedicará el segundo tomo del *Mein Kampf*?

No me cabían dudas: la fuerza que se había logrado desencadenar era la fuerza de *Vril,* una tremenda energía cósmico-espiritual. De algún modo comprendí que me habían mandado fundamentalmente para recuperar la relación con esa fuerza, como se puede mandar a un espía a robar, a negociar o a mendigar el secreto de la fisión nuclear.

Encargué a Bela que me preparara dos de esas especies de hopalandas o sayos que usan los tibetanos especialmente para los viajes. Con ello cubriré mi chaqueta y mis botas, tan occidentales y visibles. Con gran alegría, pero como burlándose de una excentricidad, Bela compró varios metros de ese tejido de lana que aquí todos parecen usar invariablemente, llamado *nambu.* Me tomó las medidas riéndose a carcajadas. En el piletón de piedra tiñó uno de los hábitos de violeta, que es el color habitual. El otro lo dejó natural, blanquecino-grisáceo, que es el color de la túnica de los pobres, de los cargadores. Esta disposición mía le pareció desopilante. Se rió con la boca muy abierta donde sólo quedan dos o tres dientes.

Como me ve leer y manejar papeles, queda convencida de que soy un monje posiblemente católico (que alguna vez pasan por aquí). No puedo disuadirla de su convicción.

Es difícil impedir la autonomía que pretende tener en la cocina. Discretamente tuve que tirar algunos de sus preparados en la zanja del fondo, que sirve de letrina. Se siente muy desilusionada cuando le digo que sólo quiero que me mantenga el fuego encendido y que me deje la tortilla de *Tsampa* preparada. Cuando se va pongo sobre las brasas algún pedazo de cordero cuya grasa quito y escondo para que ella no la deslice en el té.

Cuando termina la tarea del día se queda inmóvil contra el arco de piedra de la entrada, mirándome con una sonrisa demorada. La hospitalidad local incluye con toda naturalidad otros servicios que tal vez algunos viajeros usan.

“Quien llegue a Agartha, después de haber sido aceptado en las puertas secretas, no debería estar del todo seguro de no estar pasando de largo, dejando la esquiva Agartha para siempre a sus espaldas”. Esta curiosa frase es típica de la relación de Teodorico von Hagen, sin duda el más exaltado de los “viajeros”. Fue difícil para los especialistas de *Ahnenerbe* ubicar sus singladuras en este océano de arena y de ocultamientos. Tampoco se tiene en claro el móvil que lo impulsa en 1856 a abandonar la abadía benedictina de Lambach para lanzarse como un alucinado hacia el Oriente. En algún momento el cristianismo de toda su vida se le rebeló como una prisión espiritual insoportable. Esto tenía raíces teológicas. Escribió en una de sus notas: “Comprendí que éramos fieles desde diecinueve siglos no a Cristo sino a la impostura urdida por el judío Saulo de Tarso (San Pablo)”. Viaja en un velero polaco, el *Príncipe Orlov,* que lleva carbón a Alejandría. Alcanza el puerto de Jaffa desde donde emprende viaje a lomo de burro hacia Jerusalén. No busca refugio en los conventos cristianos. Se instala en la zona salvaje del desierto de Qumram, a orillas del Mar Muerto, lugar que fuera patria de los esenios hasta el siglo II cuando la secta se traslada o se disuelve. Vive como un ermitaño en las cuevas que aquellos excavaron en los montes de Judea. Probablemente busca los evangelios secretos. Tiene la convicción de que la Biblia y el Nuevo Testamento han sido despojados por obra de una mentalidad demoníaca*.

Se sabe que a fines de 1857 está en el Cáucaso, desde donde hará su “entrada” hacia el triángulo de la zona sagrada. A los doce años de su partida se lo vio regresar para morir en Lambach. No dio explicación alguna a los monjes del detalle de sus búsquedas. Pasaba los últimos días encerrado, escribiendo. Su única medida de autoridad fue pedirle a los albañiles que reparaban un muro que grabasen el signo de la svástica en el arco de piedra que da al claustro interior. Visité Lambach poco antes de mi partida, durante los días que estaba en Salzburgo antes de ser convocado por el *Führer* para recibir sus instrucciones. Vi la cruz gamada grabada en la piedra. Era la misma cruz que durante todos los días, a los nueve años de edad, vio Adolfo Hitler cuando fuera escolar de los benedictinos de Lambach, localidad a la que se había trasladado el hogar paterno temporariamente. Escribió con su letra casi indescifrable esos tres cuadernos negros que la Sociedad de Thule recibiría muchas décadas después debido a las búsquedas de Lanz von Liebenfels. Por suerte sus hermanos conventuales no alcanzaron a escandalizarse con blasfemias como ésta:

> Hemos vivido dos mil años casi en la compostura de un dios falso, en la superstición judeo-cristiana cuya trama he desmadejado al riesgo de mi propia vida. El resultado de esa estafa es el subhombre y la subcultura occidental.
>
> Pero pese a la arrogancia europea, sólo somos caricaturas. El verdadero hombre tendrá que nacer y prevalecer. Su simiente y su poder se convervan en lo más recóndito del Oriente.
>
> Su parto será terrible y sangriento. Pero será, y reconquistará el lugar exacto que le corresponde en el Cosmos: aparentemente será menos, pero será más.

Peter Auchnaiter protestó ante mi decisión de partir.

–Es una locura. Tenemos información de un invierno muy riguroso.

–Debo partir, son mis instrucciones –le dije lacónicamente reconociendo su buena voluntad. Auchnaiter se comprometió a preparar la caravana.

–Habrá que pagarle tres veces más de lo corriente y encontrar a los hombres adecuados…

Bebimos deseando buena suerte a mi empresa. Me comentó las noticias recientemente recibidas en la precaria radio a galena.

–Destituido Mussolini, el traidor Badoglio declaró la guerra al *Reich* el 13 de octubre. Los rusos siguen avanzando en el Cáucaso…

Yo me resistía a entrar en los detalles del desastre. Sentía que era mi deber ponerme por encima de consideraciones pesimistas.

–Desde el punto de vista estrictamente militar sólo las armas secretas nos pueden dar la supremacía –dijo Peter Calemberg.

Brindamos por las armas secretas. No les dije nada de los sabotajes en la planta de agua pesada de Noruega. Harrer, en el frío jardín, luchaba por mantener vivo el fuego de bosta de yak donde se asaba muy lentamente el costillar de cordero.

Brindamos varias veces. Inventando entusiasmos y posibilidades. Yo pensé en las armas físicas y metafísicas. Un muy corrido disco de Schumann se repetía en la victrola que habían comprado a los contrabandistas nepaleses. (¿Cómo aparecería un disco de Schumann en esas perdidas alturas?)

Tuve un momento de depresión y busqué refugio en un sillón improvisado con almohadones que olían a *curry*. Fugazmente me identifiqué con nuestro *Führer* cuando se derrumbó en el “pabellón” alpino donde me recibiera. Su rostro reapareció ante mí. No sentí lo

que se puede sentir ante un autócrata derrotado que pierde el lujo de su fuerza. *Vi* al doctor Morelle mientras le aplicaba la inyección en el pálido antebrazo. Ese hombre me parecía más bien un monje en la derrota de la duda. Un monje que creía estar perdiendo la fuerza de fe con la que había convocado a una terrible comunión. La soledad de un predicador que empieza a sentirse abandonado por sus amados dioses. Aterrorizado de empezar a ser apenas un hombre.

La misteriosa fuerza de *Vril*.

Con infinita sinceridad volví a oír –y a comprender cabalmente– las palabras del *Führer* cuando me dijo que todo dependería de mi voluntad, de mi fuerza para no sucumbir a la duda.

Tomé un largo sorbo de ese atroz aguardiente y me plegué al grupo que festejaba la llegada del asado.

En una semana mis camaradas lograron contratar la caravana adecuada para una travesía invernal y por el camino de los monasterios más aislados. Lebenhoffer se desplazó a caballo hasta la aldea de los contrabandistas y tuvo éxito.

Bela se rió a carcajadas al verme vestido con el sayón blanco de cargador. Pero después, ante la evidencia de la partida, sollozó desconsoladamente. Se sentó en el suelo mirando hacia el retrato del Dalai Lama, infaltable decoración de toda casa tibetana, y se puso a orar deseando que los demonios “no me soplen el alma” y que en caso de morir “mi muerte sea rápida y cercana a quien pueda guiarme fuera de la primera confusión y terror”. Encendió un bastoncillo de incienso para que la plegaria subiera adecuadamente a las potencias celestes.

Le di una propina que le pareció tan exorbitante que, según dijo, la obligaría a dar la mitad a “los monjes pobres y a los animales viejos que la gente abandona”.

Antes del amanecer nos reunimos más allá del barrio de los templos, en el comienzo de una planicie agreste por donde corría un viento endemoniadamente frío. Era una caravana de tres yaks, ocho mulas y unos cuarenta carneros con carga para los monasterios de paso. Eran alimento viviente.

Tomamos con Auchnaiter y su gente un desayuno de despedida, un reconfortante tazón de chocolate con *tsampa* azucarada bañada en ron (fórmula que Calemberg llamaba *crêpes tibetaines)*. Auchnaiter me mostró el cable que iría cifrado a Berlín, comunicando mi partida hacia el punto de encuentro. Ese era mi

último contacto con el *Reich.* A partir de ese momento yo sería el comandante absoluto de mi misión, de mi exigua nave. No cabía más que atarse al timón y enfrentar las extrañas singladuras que me esperaban.

Montado en mi muía, abrigado en pieles de carnero, sentí la enorme alegría de partir que puede experimentar un explorador o un aventurero. Me di vuelta y vi el amanecer sobre las altas cumbres del Himalaya. A lo lejos se agitaban los brazos de los últimos alemanes que vería en mucho tiempo. ("O que no vería más"). Pero tacho esta última frase de mis notas, porque el pesimismo es ya el comienzo de la derrota.

Nota del recopilador: En 1960, once años después de la muerte de Gurdjieff se publicó con el título de *Encuentros con Hombres Notables* su relato de algunos de esos extraños periplos, en uno de los cuales se incluye la muerte de Soloviev. Gurdjieff era un oculista famoso mundialmente, creador de una secta. Werner no lo conoció sino a través de informes de los agentes alemanes.

Nota del recopilador: Podría tratarse de los "evangelios gnósticos" aparecidos en 1945 por obra de la casualidad cuando dos peones picaban el terreno del cementerio de Nag Hammadi, en el Alto Egipto. Son textos escritos en el siglo 11 con la versión evangélica de Tomás, María, Felipe y el "evangelio de la Verdad". Podría también Von Hagen haber buscado los libros ocultos de los esenios en los mismos terrenos donde vivieron. En 1948 aparecieron también por azar los llamados "Rollos del Mar Muerto", justamente en una de las cuevas de Qumram.

IV

Rumbo a los desiertos finales

Cruce del Tíbet. Octubre 1943–enero 1944

El día aparece infinito durante la monótona marcha. El frío infunde peligroso sopor. La realidad bajo un cristal helado. Es necesario sacudir la cabeza, taconear los ijares de la muía, agilizar los brazos.

Tchang, el jefe de la caravana, es más chino que tibetano. Hay en él cierta lucidez y pragmatismo que lo denuncian. Es un tipo coriáceo, curtido por el clima y las persecuciones del contrabando. Me infunde confianza: es el único que parece ajeno a toda idea de dios. Maneja a sus hombres con monosílabos y sobreentendidos. Los cargadores son casi todos tibetanos salvo dos o tres *sherpas* que se engancharon por la buena paga. En los descansos de la marcha juegan a los dados y beben tazones de té con manteca rancia, que es como un islote amarillo disolviéndose lentamente.

El único diálogo que mantuve hasta ahora con Tchang fue el día de la partida: me dijo que yo no tenía nada que temer, que los *bonpos* en realidad odiaban a los británicos, que nadie se enteraría de mi viaje. Su franqueza me molestó, sin alcanzar a inquietarme. No le importa mucho si soy germano o británico. Para ellos la gran guerra es una excentricidad de los "europeos", una guerra civil intranscendente.

–¡Ej! ¡Ej! –es el grito que repiten para convocar a los animales–. ¡Rak! ¡Rak! –y llaman a los torpes carneros de carga que se desvían de la marcha señalada por el guía.

Los carneros de repente se echan a correr con incontrolable desesperación y hasta arriesgan despeñarse. Algún peón los sigue con la mula hasta que los alcanza.

Los primeros días de marcha son de dura prueba por causa del mal de la altura, es necesario respirar con prudencia. Siguiendo los consejos de Auchnaiter cada dos horas disolvía lentamente en mi boca una pastilla de coramina con glucosa.

El frío bajaba durante el día a 25 bajo cero. Todo es soportable menos cuando se levanta alguna ráfaga de viento. No es frecuente, pero cuando pasa es necesario arrebujarse entre las pieles de cordero defendiéndose de las agujas del frío (que cuando tocan la piel parecen puntas ardientes).

La mayoría de los cargadores se untan la cara con maloliente grasa de ganso. Es la misma que mezclan con el té caliente para recobrar calorías.

En las partes nevadas del altiplano la marcha se torna lentísima. Los animales se hunden, sobre todo los carneros. A veces es necesario extraerlos de pozos desde donde miran obsesivamente con sus ojos inmutables como botones de vidrio.

Por las noches nos detenemos en quebradas u hondonadas más o menos protegidas por el viento. En no más de hora y media se arma el corral y se levantan las tiendas. La mía es de cuero y en ella cabe el catre, el calentador a petróleo y la lámpara donde escribo mis notas. Mantengo el té caliente durante toda la noche. Le agrego aguardiente. Trato de leer. Me divierto con la parte que queda del Nuevo Testamento en el *Breviario de Ahnenerbe* y con el único libro que agregué a mi mochila: los poemas de Hölderlin.

El fuego es la alegría de todos. Los hombres se acomodan en grupos cerca de él. Tienen la ciencia de la intemperie. Hablan y ríen. Los *sherpas* discuten por los dados o los naipes. Beben continuamente té. Sólo Tchang, el capataz, se permite de vez en cuando un trago de alcohol. El fuego tiene muy poca fuerza y los hombres deben esperar con paciencia que se asen las lonjas de carne de cordero u oveja. Los tibetanos preparan el *tsampa,* su invariable tortilla de cebada. Aprendo a valorar su valor nutritivo. Prefiero agregarle sal y omitir las especies y condimentos con que ellos las adoban.

Cuando amanece se envuelven las tiendas que se amarran a los lomos humeantes de los yaks. Se reúne el ganado y a pesar del frío los hombres ríen y cambian bromas. Es otro día. Otro día en el cosmos.

De las tazas de té y de las bocas suben efímeros fantasmas de vapor. Marcha, marcha otra vez.

En lo alto, a veces, el vuelo de algún águila, entonces recuerdo la frase del abate Teodorico von Hagen y pienso que tal vez me tocará recordarla más adelante.

La altura produce sopor. A veces debo cuidarme de no dormirme.

Los hombres se animan a gritos; el silencio es terrible. Un silencio absoluto, agobiante, extraterrestre.

El sopor es dulce. El tiempo se desliza. La única amenaza son las punzadas del frío que de vez en cuando se filtran.

Así iba al promediar la mañana del quinto día cuando vimos a lo lejos en el resplandor opalino-perlado de la nieve una figura humana que cruzaba la planicie cortando nuestro rumbo. Detuve la muía y me esforcé para enfocarlo con mi largavista (difícil operar el tornillo del enfoque con los guantes forrados de lana de carnero).

Era un hombre delgado, rapado al uso de los monjes, vestido con una hopalanda corta de color violeta. Increíblemente no llevaba sombrero. Se veían las pantorrillas desnudas. Corría parejamente con grandes zancadas.

Había oído hablar de los extraños "lamas corredores", capaces de recorrer grandes distancias en trance místico. Iba a más de cien metros. Los cargadores y guías gritaban divertidos. Un nepalés revoleó su honda como cuando trata de cortar el camino a algún carnero alucinado. La piedra rebotó levantando nieve.

El lama se fue perdiendo a lo lejos.

–Es un Lung-gompa –me dijo Tchang–. Tiene un cuerpo muy liviano. Apenas rozan el suelo con la planta de los pies...

Van en trance, con la cabeza en alto, manteniéndose en éxtasis. Y aunque parezca inverosímil prefieren la noche para sus solitarios tránsitos.

Observé que los cargadores tibetanos se inclinaron en señal de devoto respeto.

–Por la noche se mueven con los ojos puestos en algunas estrellas. No son atacados por los lobos: dicen que segregan un olor especial –siguió explicándome Tchang–. Prefieren las planicies altas, como estas, los llamados *thangs.*

–¿Paran? ¿Cuándo paran?

–Corren doce a catorce horas hasta que encuentran un lugar donde pueden segregar su calor y no salir del trance. En general en los santuarios de piedra que levantaron los peregrinos en el camino de algún santo *tulku.* Unen las lamaserías más lejanas. Y no sé qué los lleva ni para qué...–dijo Tchang.

4 *de noviembre*

El avance de la caravana por esa desolación equivale a retornar a siglos anteriores. A nuestra espalda queda el siglo xx. Bajamos al

centro de una edad originaria donde todas las relaciones son esenciales.

Retorno a la gran triada Cosmos-Hombre-Tierra.

Un cuchillo afilado, una tienda de cuero, una llama, parecen dones preciosos. Se saluda con celebración cada día que nace. Es *otro* día más en esta vida sin regalos.

Es el tiempo del cuero, del arte de encender, aprovechar y conservar el don del fuego.

Todos mis valores se ponen a prueba. El frío es lo más difícil. Más de una vez me repito la sarcástica frase de nuestro instructor en el *Burg* de los SS: "Sólo es un problema físico. Y eso no debe ser tomado en consideración".

Nosotros, los nazis, queremos este retorno al hombre terrenal, al animal poderoso que sobrevive pese a una cultura de degradación. A mí me tocó con creces cumplir el deseo del retorno.

Siento emerger en mí una buena y saludable veta de la germanidad de mis ancestros. Esos antepasados que devoraban la carne humeante de los búfalos derribados en el fondo de los bosques hiperbóreos. En vez del hidromiel bebo la excelente *chang,* la espesa cerveza tibetana que no se congela por el calor del lomo de los carneros.

Consigo vivir esa marcha por la zona más solitaria del mundo como una fiesta. La fiesta de mi retorno.

Aprendo a admirar a estos hombres pobrísimos (un cargador gana un promedio de dos libras mensuales), que se proporcionan el supremo lujo del coraje, del desafío generoso sin otra recompensa que el propio orgullo. Por salvar un carnero son capaces de avanzar hacia el precipicio. Luego se ríen de los elogios de los compañeros, descansan dos minutos y se agregan a la marcha.

Su premio es saber que se mereció sobrevivir.

Aprendo a distinguir el lenguaje de sus miradas. Sus silencios y gruñidos. Su relación cósmicamente fraternal con las bestias.

Aprendo a soportar el ritmo de gente sin tiempo. Si se aleja o pierde un carnero pueden emplear media mañana en su búsqueda.

Las jornadas invernales terminan dos horas después del mediodía. Los animales husmean hierbas perdidas bajo el hielo y escarban con las pezuñas.

La palabra "llegar" y los plazos temporales carecen de todo significado. Sólo Tchang comprende que los viajeros occidentales podamos tener urgencias.

Sólo yo pienso en este sitio la fecha y objetivos. En mi tienda, a la noche, anoto las novedades del día.

Me digo: sí, tengo una misión. Soy el emisario de una gran urgencia. Y recordé la mirada del *Führer* al decirme: “Estamos encaminados a desencadenar y conducir la fuerza íntima del átomo. Esa es nuestra carta de triunfo. Día y noche nuestros científicos bregan por alcanzar ese fin que será el comienzo de nuestro triunfo. Pero en usted confiamos para algo no menos importante: ir a la *otra fuente* del poder. A la fuente del poder metafísico al cual me debo y se debe nuestra cruzada... Sin ese poder todo triunfo material se tornaría ilusorio, irrelevante, *sin destino.* A usted le toca intentar ahora los poderes de Agartha”.

8 *de noviembre. Quebrada de las Águilasguilas*

La altura es superior a los cuatro mil metros. Los animales respiran como buscando todo el oxígeno posible.

Yo salí del sopor (casi me caí de la muía) y me sentí impulsado a recurrir al largavista. Estoy seguro que alguien nos viene siguiendo por la ladera opuesta al valle que penosamente atravesamos. Escruto los montes, los roquedales nevados. Todo está cubierto de una reverberación blanquecina, una neblina tenue.

Tchang y los cargadores se dan cuenta de que detengo mi mula para observar.

Se me hace seguro que los britanos armaron una caravana para vigilar mis pasos. Comprendo por qué el *bonpo* de Tradum me recomendó “seguir siendo Robert Wood”.

Sólo piedras, planos nevados y el maldito tul de niebla. Por fin en mi tercera observación me parece ver formas en movimiento. Apenas un reflejo sobre el espejo del glaciar opuesto. Me excito. Hago una señal de atención a Tchang y desmonto.

¿Cómo podría imaginarme que se quedarían inactivos velando el cuerpo de Dexter y de Wood? ¿Cómo no se iban a lanzar detrás de un agente germano deslizado en su zona de influencia, aunque el Tíbet sea neutral?

Tenemos una sola arma de largo alcance que Tchang usaría en caso de topar alguna manada de antes o gacelas. Es un fusil Mauser que carga cinco poderosos proyectiles. Grito a Tchang que me lo acerque.

Las figuras apenas se definen en el binóculo: son reflejos. Tengo cierta furia que me cuesta contener. Una extraña lucidez agresiva. Tchang intenta decirme algo pero lo interrumpo y me entrega el arma. No tengo dudas.

Disparo todo el cargador. Los estampidos escandalizan la sierra. Las formas contra la pared del glaciar me parece que se mueven como buscando refugio. Pero nadie contesta el fuego. En realidad parecen estar mucho más allá del alcance del Mauser. Disparé a modo de advertencia. Pero fue una decisión apurada. Me sorprendí a mí mismo.

Tchang vuelve a tomar el arma y la desliza en su estuche. Creo ver una mirada irónica. Creía escuchar alguna velada risa entre los hombres que esperan mirando al suelo, como no queriendo encontrar mi mirada.

Se reemprende la marcha. ¿Ha sido una alucinación de la altura?

Alguna vez oí la historia de las "visiones de la montaña" y de los viajeros paralelos: como seres que acompañan desde otra dimensión a quienes se aventuran en ciertas regiones. (Al anotar esto refugiado en mi tienda pienso que pude haber sido el juguete de fantasmas interiores. ¿Cómo distinguirlos?)

Estaba cobijado en mi catre en entresueños agradables (creo que abracé a Katty Kauffman y que hablé con Greta, mi amiga berlinesa) cuando me sobresaltaron gritos y corridas. Desde el ventanuco de mi carpa vi que Tchang y dos o tres cargadores arrastraban a un mocetón. La claridad rosácea del alba apenas se definía.

Lo hicieron arrodillar contra una roca con la espalda desnuda. Resonaron los latigazos aplicados con una tremenda cincha de cuero de yak.

El *sherpa* que me trajo el queso y las *tsampas* calientes del desayuno me explicó en su inglés laborioso que por un descuido del ajusticiado se habían perdido dos carneros cargados.

Cuando salí pude ver con las lentes los carneros destrozados, la sangre mezclada con el azúcar, en el fondo de un barranco.

El mocetón tibetano soportaba en silencio el ardor de los lonjazos. Corre el riesgo de una infección mortal, por eso se unta con manteca y hierbas secas que sacó de una bolsa de cuero.

Antes de partir, ceremoniosamente, el ajusticiado agradece a Tchang el castigo. Durante el día, pese al dolor, trata de cumplir con todas sus tareas.

La justicia de estos hombres es sumaria, dura, necesaria. Es la justicia de la sobrevivencia. Los códigos, invariables, nacieron con el origen de los tiempos. Es el código de las milenarias caravanas.

Mendong Gompa, 12 de noviembre de 1943

Hacia el mediodía alcanzamos los techos de tejas rojas que se escalonan en la colina de piedra.

Cruzamos una caravana de peregrinos. En los promontorios flamean cintas de colores y oriflamas con oraciones que elevará el viento helado.

Mugen los yaks, es el sonido profundo de la bestia que intuye su descanso. Hasta los dóciles carneros parecen apurar su paso agobiados por las bolsas de carga.

Una calle de piedra tosca. Ha nevado y todo parece puro y limpio. Los chicos, con brillantes ojos traviesos, pasan por debajo de las panzas de nuestras muías. Gritan, ríen. Las mujeres nos miran desde los ventanucos de sus casas de piedra. Tchang negocia nuestra escala. Va y viene hacia la gran puerta de la ciudad monasterio. Por fin arregla con los *bonpos*. Para mi sorpresa me informa que es indispensable quedarse diez días. ¡Siete más de lo previsto! Apenas puedo contener mi furia. Tchang me advierte que si no se espera ese tiempo los cargadores no viajarán con espíritu de colaboración y esto podría ser muy peligroso para nuestra caravana. La razón es que no quieren cobrar las cargas que trajeron ni en dólares chinos ni en rupias y para ello deben esperar que lleguen los mensajeros que traerán el dinero desde el monasterio Amdo. Pero hay algo más. Indagando me entero que quieren presenciar "el banquete rojo" (o el rito del *Tchéud*) que se celebrará no antes de una semana. Hay un *tulku,* o Lama santo que llegará con ese propósito. Hay demonios en Mendong Gompa, se advierte lacónicamente Tchang. En estas latitudes todo ocurre como una fatalidad, nada parece humanamente modificable. Furia más impotencia es una de las peores combinaciones. Y eso es lo que siento. Pero comprendo que mi protesta podría acarrear un daño todavía mayor. Para serenarme, Tchang me dice que preguntó y que no pasaron viajeros extranjeros desde hace meses. Tal vez siente que tranquiliza a un loco diciéndole que nadie lo persigue. Nos asignan unas casas frías y malolientes y un corral. En Mendong Gompa hay cerca de mil monjes de todas las categorías incluyendo altos místicos y sirvientes. Algunos están casados con dos o tres mujeres y viven en el barrio de abajo. También hay mujeres casadas hasta con tres monjes. Se acepta con toda naturalidad la poliandria y la poligamia. Hay una forma de prostitución ritual a la que seguramente acuden los más refinados.

Aquí el sexo es apenas una efusión un poco más intensa que un

apretón de manos. Para los extranjeros es una forma de cortesía. Los místicos lo usan como un adecuado trampolín para sus saltos hacia lo sagrado. “En la máxima exaltación del orgasmo la divinidad nos baña con el rocío de su suprema delicia”.

El lama Surhang me recibe en la sala de ceremonia. Todo hiede a humo de manteca quemada de las centenas de lámparas. Demonios de ojos saltones en los frescos de las mezquinas bóvedas; son los encargados de impedir el ingreso de las almas malas.

Mi embajada está compuesta por Tchang y el *sherpa* que tiene la dentadura menos incompleta. Cuando estoy frente al lama despliego el pañuelo blanco, el *khata,* y se lo ofrezco en señal de amistad.

Me siento frente a su tarima en un almohadón a la usanza tibetana. Nos sirven té y dulces. En chino, muy lentamente, explico que quería sólo quedarme tres días pero que los hombres de mi caravana esperan el dinero que vendrá desde Amdo.

–No. No es eso lo que tus hombres esperan. Esperan la llegada del santo hermano el lama Kapchepa que realizará el sacrificio del *Tchéud.* Los demonios gritan, ululan en la noche... Mendong Gompa está llena de demonios desencadenados. Tienen razón de esperar porque esos demonios encarnados, esas *tulpas*, tratarían de huir apoderándose de los cuerpos de quienes salgan de la ciudad.

Lo escucho asombrado. Tiene una voz clara pero apenas audible, firme y bronca como un rezongo. Habla como si temiese ser escuchado por las *tulpas.* Después de un silencio me dice:

–¿Viajas a China?

–Sí. Pienso llegar a China por la frontera norte.

–Es típico de los hombres de tus pueblos... ¿Por qué os moveis;is? ¿A qué conduce?

No supe qué responderle. Se produjo un largo silencio.

–Los hombres de tu pueblo parecen que están venciendo una gran guerra –dijo el lama. Asentí (o mejor: asintió Robert Wood). Surhang me advirtió casi con fatigada indiferencia:

–No siempre la palabra victoria quiere decir vida y esplendor. Hay que saber cuánto costó el triunfo. Uno bien puede morir de las heridas de su triunfo…

Aprobé bajando la cabeza. Pensé en el león británico, para siempre herido de muerte, despojado de los mares de sus piraterías.

Cuando salíamos Tchang se acercó avergonzado. El lama había puesto en evidencia las mentiras sobre las libras esterlinas. Construyó una laboriosa explicación, buscando las palabras y los infinitivos más claros. Me dijo:

–Cuando disparaste con la carabina hacia las sombras del glaciar

los hombres se atemorizaron. Sintieron que estabas siendo poseído por una *tulpa*.

–¿Una *tulpa*?

–Un demonio te está chupando tu "aliento vital". Eso es lo que suelen hacer las *tulpas*. Temen que incluso los mates a ellos... Sería peligroso proseguir antes del *Tchéud*.

La tensión en la ciudad monasterio se percibe por todas partes. Al salir del edificio administrativo vimos en lo alto de la explanada varios monjes jóvenes que corrían con sus túnicas desgarradas. Creen ver demonios por todas partes. Los monjes policías, los temibles *dob-dobs* tratan de alejarlos a garrotazos, como se podría hacer con lobos fanáticos.

Mi casuca está en el comienzo del barrio de abajo. Traté de hacerla habitable. Conseguí una lámpara de kerosene. Me acosa la sensación del tiempo inútilmente perdido. Me propuse repasar las notas de *Ahnenerbe*.

Me detuve en el informe sobre el jesuíta Teilhard de Chardin. Vive en Pekín, prácticamente marginado por la Iglesia, con prohibición de editar sus investigaciones. Nuestros agentes lo ubicaron, pero no pudieron traspasar sus reservas. *Ahnenerbe* estima que Teilhard se dirigió al Gobi movido por los relatos secretos de los padres Huc y Gabet en el siglo XIX. Los prodigios que estos habrían comprobado fueron publicados sólo en parte. El resto estaría en los archivos secretos de los jesuítas en Rávena (pero nuestros especialistas no pudieron vencer los prejuicios y el temor reverencial de Mussolini hacia la Iglesia).

Teilhard aprovechó ciertas expediciones al Asia Central (la Haardt-Citroén y la Roy Chapman-An-drews). *Ahnenerbe* sitúa hacia 1923 (poco después del viaje del polaco Ossendowski) su merodeo en torno de los poderes de Agartha. Se cree poco probable que haya recibido, como se dijo, el grado iniciático de Hamsa o Anagami, correspondiente a los "espíritus superiores, que pese a las oposiciones alcanzarán a cumplir su misión iluminadora".

Su trabajo, *Geological Observations in the Turfan Area*, demuestra su acercamiento a La Región. Habría sido conducido por guías pagados por él mismo separándose del grueso de la expedición Citroën.

Se tiene como probable que buscase los restos ocultos de la secta de los esenios (posibles iniciadores de Cristo). Una corriente jesuítica sostiene que los esenios se replegaron hacia una región

oculta de Asia después de la caída de Jerusalén en manos de los romanos.

Lo inquietante de Teilhard es su “viaje pagano” y panteísta. Su pasaje al “Corazón de la materia total”, como anotó en uno de sus trabajos prohibidos. Es más que un simple herético. La Iglesia no se equivoca.

Mala noche. Hacia el amanecer entro en un estado febril. Sueño sobresaltado. Pesadillas. En algún momento escuché el llamado de las sombrías trompetas rituales y el silbido de los *kangling,* las flautas de fémur humano. Un viento helado y salvaje sopla y hace vibrar el vidrio del ventanuco. Me despierto con terror: soñé que era chupado por una *tulpa,* esa especie de vampiros anímicos que parecen abundar por aquí.

Un niño caminaba, solo, por las calles de una ciudad arbolada. Era un paisaje surreal, un espacio digno de Piero della Francesca. Es Albert. Siento una desgarrante congoja, pero no logro despertarme ni moverme. Estoy como cataléptico. Hay un peligro, un abismo que el niño bordea.

Por fin me despierto. Estoy sentado, temblando en el catre, mis dientes castañean. Se apagó el magro fuego del estiércol, debe hacer unos 15 grados bajo cero. Estoy agobiado de angustia. Tiemblo. Junto mis fuerzas y abro la puerta de la casa. Enfrento el aire helado de la noche. A lo lejos titilan las luces del templo principal. Desafío el atroz frío. Levanto un poco de nieve y me refriego la cara hasta hacer arder la piel. Luego el cuello. Combato con la saludable escarcha el asedio de esa *tulpa* interior, ese resto de sub-hombre sentimental que me acecha.

Soy un *SS:* mi primer mandato es matar o morir matando esa sucia rémora hija de una cultura pestilente y sentimental: la nostalgia, la roñosa humanidad y su engendro bastardo, el mentado “humanismo”.

Capeo el temporal interior. Me pongo junto al fuego y bebo dos o tres sorbos de *aquavit.* Trato de comprender que estos embates son naturales, explicables. Estoy solo en el camino de Agartha como esos místicos cuyos regalos recogió *Ahnenerbe* y que enfrentaron sacrificios terribles hasta perder a veces la razón (como Von Hagen). No puedo pedir descuentos ni rebajas. Soy como ellos también un místico, aunque de la realidad y del poder transformador.

La sensación del tiempo perdido me destruye. Los ejércitos

alemanes están siendo barridos en todos los frentes. Imagino los hombres del Instituto Max Planck trabajando sin descanso en laboratorios subterráneos, sacudidos por las bombas, casi ya sin recursos, para definir ese poder nuclear que podrá hacer girar en nuestro favor "los goznes de la puerta de la Historia". Veo el rostro del *Führer* cuando dice: "Se necesitarán sólo tres o cuatro de esas bombas para paralizar todos los ejércitos del mundo... Pero de nada serviría el poder militar si no se reconquista el poder del *Vril...".*

La exaltación de la ciudad llegó al paroxismo con la llegada del lama santo. Los tamboriles (*damarus*) y las gigantescas trompetas ceremoniales que miden cuatro metros de largo, resonaron en su saludo. Los *dob-dobs* trataban de contener la multitud a bastonazos.

Los miembros del *Trunyvi-Chemo* avanzaron con sus bonetes rojos. Ofrecieron al lama una especie de tiara alta, similar a la que copiaron en el ritual católico para los obispos.

El lama es un *tulku,* esto es la reencarnación de otro santo que vivió y fue venerado como un dios en el siglo XVI. La descendencia de este gran santo tiene dos ramas: una humana y otra vegetal (el árbol que se venera en el monasterio de Kum Bum, en la provincia de Amdo).

Había urgencia y hasta ansiedad. Esa misma noche se celebraría la ceremonia del *Tchéud. Tchéud* en tibetano quiere decir cortar, eliminar, extirpar.

Atardecía cuando el *tulku* salió del templo hacia la explanada seguido por media docena de monjes poseídos que temblaban y vociferaban como desconociendo el resto del solemne ritual.

Gran parte de la población fue siguiendo a los dignatarios y los monjes policías que trataban de organizar la marcha. Algunos peregrinos se arrastraban con las rodillas sangrantes. Iban hacia la planicie helada donde se celebraría el sacrificio. Una vasta tarima, como el escenario de un teatro al aire libre, estaba preparada más allá de una hondonada donde debía ubicarse el público. Observé que se habían dispuesto hachones de aceite que se encenderían ni bien llegadas las sombras. Un viento helado batía el lugar, pero nadie parecía reparar en este inconveniente.

El *tulku* empezó a girar con pasos rítmicos, siguiendo el son de los tamboriles y los *kangling.* Enseguida pareció entrar en la plenitud de la danza y su paso se aligeró sorprendentemente. Era un hombre de edad pero apenas parecía rozar el piso al caer de sus saltos. Fue entonces cuando se empezaron a oír gritos femeninos sin

que abriese la boca. Según el rito, una deidad femenina crecía en su persona hasta transformarlo en un ente bicéfalo. Esta deidad es una verdadera furia vengadora. El público parecía verla o presentirla con toda nitidez porque empezó a aullar espantado. La deidad ocupa el cuerpo del *tulku* o por lo menos lo domina completamente. Inexplicablemente se vio que la furia blandía una espada (al menos en la penumbra se distinguían los destellos metálicos de un sable que alguien hacía girar). Luego la cabeza del *tulku* se dobló como definitivamente separada del cuello. Se oyó un grito desgarrador, terrible.

El *tulku* se dobló lentamente y cayó extendido sobre la tarima. Los acólitos, temblando de terror, lo rodearon y empezaron, entre aullidos, a devorar las carnes del sacrificado. Masticaban con impresionante realismo. El *tulku* les ofrecía sus extremidades a los devorantes. Rasgó su túnica, el *zen,* para facilitar la tarea. Luego él mismo se agregó al grupo.

Entre el público muchos entraron en frenesí. Se arrastraban hasta la tarima. Parecía poder percibirse el hedor de la sangre, en una comunión salvaje, entusiasta, carnívora, que omite los educados subterfugios y simbolismos católicos.

Los de mi caravana (sólo los tibetanos) que están en un peñón cercano, me gritan para que yo también me incline y mastique las entrañas del *tulku.* Hacen señas y lanzan gritos. Quieren que mi posible *tulpa* sea exorcizada. Finjo masticar para no desilusionarlos.

El llamado "banquete rojo" entra en su apogeo: el *tulku*, los acólitos y quienes alcanzaron la proximidad del estrado, devoran las entrañas del sacrificado y se mojan la frente con su sangre.

Los monjes con sus bonetes rojos recitaban la letanía que el *tulku* apenas parecía murmurar entre sus aullidos de dolor: "Doy mi carne a quienes padecen hambre / Doy mi sangre a los perdidos / Mis huesos para el fuego que calentará al friolento".

Por último, en la culminación, el *tulku* dona su hálito vital para reanimar a los agonizantes y desfallecientes.

El *tulku* se reduce como un montículo de cenizas. Todos los poseídos de la ciudad se sienten aliviados. Han sido "elevados" espiritualmente por el sacrificado. Las *tulpas* y los malos espíritus ya no podrán poseerlos, al menos por un tiempo.

La atrocidad ritual del catolicismo debe haber robado de aquí, y seguramente a través de Egipto, estas patrañas metafísicas.

Retumban gritos elogiando al *tulku* que ya deja de ser cenizas y se alza resplandeciente ante la luz de los hachones.

Ahora el iniciado tiene que vencer la vanidad: repite una letanía

en la que aclara que nadie debe equivocarse: no dio nada ni nadie debe agradecerle nada porque él mismo no es más que nada.

Amanece. Nadie parece padecer frío. Han vivido con cuerpo y alma una aventura increíble por las entrañas del mal. Ahora se sienten bañados por la luz espiritual, inmunes. *Ite misa est.*

Noviembre – enero de 1944

Dos días después retomábamos el camino. Rumbo N-NE por la región más alta y desolada del mundo.

Los hombres de la caravana ya habían cobrado y perdido en apuestas el pago de las cargas. Ahora algunos yaks y carneros llevaban alforjas con objetos rituales, hierbas medicinales, pócimas mágicas, amuletos; en suma, las exportaciones clásicas de un país como Tíbet. En un carnero ataron un bolso de cuero de donde sale, con el movimiento del animal, un siniestro ruido de calaveras golpeadas. Son dos o tres calaveras de beatos o magos, vaciadas en forma de copa, con agarraderas de bronce. Pienso que los copones de la liturgia católica también deben haber salido del Tíbet. Esos copones calaveras se pagan a precio altísimo en los monasterios de las provincias chinas. Serán para Tchang buen negocio.

Mi único sistema para quitarme el sopor del frío y de la marcha monótona de la muía es anotar en el diario estas líneas. Antes de hacerlo debo desentumecer la mano. Eso me lleva no menos de diez minutos. Soy un occidental: necesito la droga de la reflexión. Necesito desdoblarme ante el mundo pensándolo, valorándolo...

En estas primeras jornadas no hemos avanzado más de diez o quince kilómetros por día, pero ya alcanzaremos las altas planicies.

Cruzamos el paso de Sangchen-La donde los altos glaciares reflejan una luz azulada. Desde Nishan empezamos a descender de una latitud de casi cinco mil metros. Estamos en lo que los cargadores llaman el camino de los lagos.

Es 18 de noviembre y anoto: –Temperatura tolerable: 16 bajo cero pero sin viento. Enceguecedora blancura de los glaciares. Iba en la muía mecido, casi dormitando, arrebujado en mantas de piel de cordero. Voy confiado hasta que me sorprende el accidente: trato de afirmarme en el estribo pero sigo de largo y caigo golpeándome contra la pared de piedra. La muía se espanta y cae al abismo. Los hombres corren. El *sherpa* a mi servicio olvidó ajustar debidamente

la cincha. Tchang lo hace azotar en el momento, sin rencor, como cumpliendo el rito indiscutible.

La muía yace despedazada en el fondo neblinoso. Resplandecen alegres manchas de sangre espesa, escarlata. Se lamenta la pérdida de la montura. Por suerte mi alforja principal y mi carga vienen en otros animales.

Si me hubiese apoyado en el otro estribo, el del lado del abismo, el muerto sería yo. Mi misión habría terminado sin pena ni gloria. Sería la muía la que miraría con sus ojos grandes, tontos y nobles, hacia el fondo del abismo.

En estas latitudes vida y muerte tienen muy poco significado. Meras formas del azar.

Releo la frase de Von Hagen: "Mientras uno avanza por la realidad, los terrores y las dificultades son los obvios y previsibles. Las cosas se complican cuando se empieza a pasar de la llamada realidad a la transrealidad. Cuando lo invisible, como una niebla, envuelve y confunde lo visible. Cuando hay que aferrarse a símbolos y ambiguas señales para poder continuar. Es entonces cuando nos sentimos como niños perdidos en la casona a oscuras. Y éste es el verdadero hábitat del hombre, que el hombre pretende ignorar".

Lagos helados que se ven desde lo alto como placas de metal, como extensiones de mercurio. Bloques de hielo a la deriva que parecen estatuas de dioses ciegos olvidados en el páramo.

Los hombres cazaron dos enormes patos grises. Aliviaron de vida a dos bichos tristes, exiliados en este desierto. Como el fuego no calienta en esta altura, prácticamente perdimos el día cocinando esos animalejos dudosos, pero necesitaban esta distensión: reían, bromeaban. No les causa asco el penetrante olor salvaje ni la carne oscura y dulzona. Lo consideran un manjar.

Por la noche se levanta un viento salvaje que amenaza con llevarse las tiendas. Aullidos de lobos muy cerca. Merodean atraídos por el olor profundo, cerril, de los patos.

Empezamos a atravesar el peligroso país de Po. Los *popas,* sus habitantes, son caníbales rituales que sólo devoran la grasa de sus sacrificados. Son degeneración de algunas sectas del tantrismo mágico. Aislados nadie los aleja de sus supercherías que se transmiten de generación en generación (como cristianos). Con los prismáticos puedo ver las cuevas donde viven. Agujeros en la tierra

con algunas lajas en la entrada.

Me informa Tchang que son muy torpes. Sólo pueden atrapar muy de vez en cuando algún monje mendicante o enfermo, o un peregrino perdido. Creen que la grasa es señal de felicidad y búdica armonía. Comiéndola se aseguran estos dones.

Nos miran. Algunos chicos desgreñados, cubiertos de pieles, se asoman para ver la caravana. No hacen señas.

Nunca atacan, se limitan a esperar algún débil o equivocado, como la araña en el fondo de su red.

Los *sherpas* se acercan al trote de las muías y se burlan de los *popas.* Se ríen con sus grandes dientes de maíz y les arrojan una bolsa con las entrañas de los patos que ya están podridas. Los *popas* se llevan las entrañas con avidez.

Si son capaces de comer humanos, ¿qué reparo podrían tener con otras inmundicias?

Días cortos. Invierno pleno. A la altura de Dagtse Tsho cruzamos unos de los pocos caminos del Tíbet. Es apenas un trazo perdido en el Páramo. Un sendero milenario que en alguna remota época unió la Cachemira con la provincia china de Szechuan.

La gente festeja la llegada a este punto como si hubiesen alcanzado una ciudad. En realidad hay rastros del paso humano. Eso es todo, pero parece confortarlos. Se bebe, se juega a los dados chinos.

Con Tchang nos desviamos unas millas hacia un semiderruido *chorten* o adoratorio seguramente del tiempo de las grandes caravanas. Es un edificio de piedra con una cúpula que sostiene una columna es-piralada que termina en el círculo que simboliza el éter. Hay restos de cintas de plegarias y varias señales de fuego contra las paredes. El *chorten* tiene cinco formas que representan los cinco elementos: tierra, agua, fuego, aire y el éter. (Occidente se quedó sólo con cuatro. Nosotros somos los únicos buscadores de ese quinto elemento, el éter, la dimensión cósmica, el Todo).

Tchang orina. Arranca los restos de una oriflama con oraciones escritas que el viento se lleva hacia el fondo gris. En el dintel de la construcción y mirando hacia el fantasmal camino hay una svástica grabada en la piedra. Auchnaiter me explicó que el signo se repite en muchos lugares sagrados, pero para mí es el primer encuentro y lo presiento como una positiva señal del camino de Agartha.

Es una svástica dextrógira.

12 de diciembre de 1943

Días de marcha exasperantemente lenta por el altiplano. En las proximidades de Nishan se desencadena una terrible tormenta de nieve que amenazó con dispersar y sepultar hombres y animales. Tchang se conduce estupendamente en este momento crítico. Supo moverse en el torbellino hasta encontrar los lugares protegidos. Durante la noche no pudimos encender fuego y éste es el peor castigo. Aguantamos pegados al calor y el hedor de las bestias.

Después de dos días en este extremo tenemos la suerte de encontrar un caserío en la costa de un lago helado que no habíamos visto. Negociamos la hospitalidad para reorganizar la caravana. La mayor pérdida es un yak que agoniza malamente herido. La bestia echa babas y ronca. Por fin se decide ejecutarlo y un *sherpa* se ofrece para hacerlo. Los tibetanos se arrodillan alrededor del yak agonizante y lo despiden con las extrañas letanías, probablemente del Bardo Thodol, con que se despide a quienes inician su "retorno al Uno".

Espié al *sherpa:* puso una bolsa en la cabeza del yak y le asestó un mazazo preciso que retumbó en el aire helado.

Por la noche nos regalamos con el más magnífico asado que pueda imaginarse mientras la tormenta amainaba.

Nuestros anfitriones eran un curioso terceto compuesto por una mujer y sus dos maridos. Eran cazadores de antes y venados, y pescadores cuando el deshielo. Después de la larga comida el marido principal se me acerca y me hace una reverencia. No le entiendo lo que me dice, Tchang me traduce: me ofrece a su mujer, que, regocijada, mira de lejos mientras lava una olla con arena húmeda. Es una mujer de piel arrugada aunque no debe tener más de treinta años. Es poderosa, mandona, pero se la ve bien dispuesta para la cortesía tradicional.

Le pido a Tchang que le explique que debo hacer el primer turno de guardia de la noche porque merodean los lobos en torno del corral de piedra donde están los animales (hecho que es verdad, porque la sangre del yak sacrificado los atrae). Hay una insistencia. La mujer dejó la olla y mira amenazadoramente. No creo que entienda, pero intuye lo que dice Tchang.

–El hombre dice que su mujer es la primera vez que vio un hombre con el pelo dorado... –me informa Tchang. Pero sostengo mi negativa al precio de tres horas de intemperie escuchando el aullido de los lobos.

Cuando miro desde afuera por el ventanuco veo a Tchang

metiéndose entre las mantas con la patrona, mientras los dos maridos, ahítos de comida, duermen en el otro camastro.

El tiempo mejora. Se normaliza la marcha. Las nevadas amortiguan el terrible frío de estas regiones.

Cruzamos la zona del Lago Salado Rojo y enfrentamos lo que según Tchang será el último macizo del desierto infinito: el Dungbure que muestra hacia el norte sus glaciares amenazadores.

Me esfuerzo por no dejar de anotar. Fueron diez días de increíbles trabajos complicados por la nieve alta que a veces llegaba hasta la panza de las muías. Perdimos dos en los despeñaderos. Tchang hasta amenazó con retornar hasta esperar el buen tiempo. Tuve que arreglar con él un premio de dos libras por jornada hasta alcanzar el desierto. Acepta (yo sabía que había perdido mucho en sus apuestas en Mendong Gompa).

Ayer por fin iniciamos el descenso hacia las estepas del Sinkiang.

31 de diciembre. Fecha que nada dice por aquí.

Hemos acampado al pie del paso del Karamuran. Se enciende un gran fuego en las amplias cavernas donde los hombres y animales parecen querer quedarse para reponer fuerzas agotadas.

Se hace un guiso con la carne salada de yak y yo bebo exageradamente casi hasta agotar mi reserva de aguardiente.

La nostalgia con su sucia garra de terciopelo: veo la noche nevada en Nagold. El calor de la casa, los regalos. Las ventanas del barrio de casas medievales con los temblorosos cirios en el espacio de la noche azul y helada. Los valses en el gran baile del Hotel Post. El olor del fuego en la casa. Los primos y las primas. Los regalos. La caminata de los jóvenes, que bebieron mucho, al amanecer, hacia las riberas blanquecinas del imperturbable Neckar (la vena de la Alemania profunda).

Y cuando me dormí, el sobresalto de una pesadilla: me despierto sentado en mis mantas, revólver en mano. Tuve la horrorosa sensación de que a mi lado estaba el cuerpo helado de Carmen. Carmen muerta y desnuda entre estas mantas que huelen a carnero.

Una semana después avanzamos con facilidad siguiendo el cauce de ríos congelados. El 12 de enero alcanzamos la línea de frontera. Hay gritos de júbilo y de exaltación. Para todos, incluyendo los

tibetanos, el viaje terminó. Viven una alegría de deportistas que hubiesen conquistado una difícil meta.

Por la planicie dura nos parece que la velocidad se triplicase. Alcanzamos el punto donde están acampados los nómades chinos que esperan la llegada de las caravanas para su tráfico comercial. Están acampados en tiendas chatas, de un estilo diferente. Son las primeras *yurtas* que veo. Estos nómades llegan más o menos cada dos meses y fue una suerte no tener que esperarlos. En sus tiendas hay por las noches grandes comilonas, juego, canto. Es el viviente mundo chino. El Tíbet parece un convento de hielo y altura que hubiésemos dejado atrás.

Preparo la paga y los regalos para cada hombre según su mérito. Mi aprecio por las cualidades de Tchang me llevan a desprenderme de mis prismáticos de repuesto. Es el mejor regalo que podría hacerle.

Me sorprende que nadie prefiera las monedas de oro. Les parecen tan seguros y más fáciles de llevar los billetes de libras esterlinas. Entiendo que esta es la prueba del curso que está tomando la Gran Guerra. Es una guerra entre blancos y nadie parece interesarse por los resultados o detalles. Confunden los nombres de los sagrados protagonistas. Aquí el eurocen-trismo cae roto a pedazos.

Le pido a Tchang que vaya hasta la tienda de los nómades y les pregunte detenidamente si han visto pasar viajeros. Cuando vuelve me dice que sí. Era lo que yo temía. Pero Tchang es confuso y dice que los chinos no fueron claros, que podría tratarse de agentes soviéticos. Mis dudas no se desvanecen. No he sido formado para creer en ilusiones ópticas o en fantasmas psíquicos.

Yo pido precisiones, pruebas, detalles y estos hombres viven en la imprecisión y en lo intemporal.

Los cargadores de la caravana me saludan muy amistosamente. He sido un buen amo. Los *sherpas* intentan abrazarme. Tchang desliza un elogio difícil de imaginar en sus labios duros y secos como espadas:

–Eres de los fuertes. Los tuyos ganarán la guerra...

Los chinos que ahora me conducen son siete. Van armados como guerrilleros. Son una banda semidependiente de las que operan a veces con las fuerzas de Mao Tse Tung, el líder del comunismo en armas, personaje que merecería capítulo aparte.

Vamos por el desolado cauce del río Cheerchen. El paisaje

cambió. Ahora es una planicie infinita: el desierto del Takla Makam.

Fueron pocos días. Siempre siguiendo el cauce del río vimos a lo lejos, en un promotorio, los techos chinescos, como de pagoda, del monasterio de Tatelang.

Siento una gran satisfacción ahora que anoto este nombre mientras se da descanso a las muías. He sabido alcanzar el punto de contacto por el camino más difícil de cuantos habían estudiado mis colegas de *Deutsches Ahnenerbe.* Es una satisfacción. Ahora sólo el lama Gomchen Rimpoché podrá señalarme la posibilidad de Agartha. Siento que todo esto es como una tremenda apuesta que exige arrojo e inconsciencia. Como todo lo excepcional, mi curiosa aventura va por el filo de navaja que separa lo sublime de lo ridículo.

La desolación de estas estepas es indescriptible. Recuerdo una frase del sarcástico Gurdjieff (como burlándose de buscadores impacientes o de ocultistas aficionados): “Cuando uno cree que terminó el desierto es cuando recién empieza... ¡Paciencia!: cuando se cree que se vivió lo peor hay que saber que sólo se está a mitad del camino”.

V

De Tatelang al Monasterio de las danzantes

Lamasería de Tatelang. Enero de 1944

El monasterio se levanta como un último bastión enfrentado al desierto del Takla Makan (“El lugar más desolado de la Tierra” según escribiera Sven Hedinen en su informe).

Se abandonan el camino de caravanas que sigue a Lopuchang y después de una jornada de marcha se llega hacia ese último puerto, en el borde del páramo.

Siento lo que puede experimentar un jugador ante su apuesta máxima. Ese es el lugar del posible contacto de *Ahnenerbe* con los lamas. En caso de que no se produzca deberé manejarme con el plan alternativo.

El monje joven que se acercó en el patio de lajas de la entrada me saludó con una reverencia. Dio algunas indicaciones a los chinos y luego me dijo:

–Tú eres el viajero esperado de Occidente… –No comprendí si se trataba de una pregunta o de una afirmación.

Lo seguí sin separarme de mis alforjas principales. Me condujo hasta un enorme cuarto de piedra que daba hacia el extenso y claro patio interior.

Los monjes sirvientes, de doce o catorce años, me trajeron cuajada de leche de cabra y *tsampa* azucarada. Al entrar y al irse, en señal de respeto, me saludaron sacando la lengua e inclinando la cabeza.

Es un monasterio de espacios claros. Construido en sólida piedra. Aquí todo parece más alegre que en el sombrío Tíbet que acabo de dejar a mis espaldas.

Dos horas después (apenas tuve tiempo de lavarme con el agua tibia de la estufa) me vinieron a buscar. Me condujeron ante el monje-administrador a quien llaman el reverendo Tsi-Ling.

Hice un ceremonioso saludo y le ofrecí el pañuelo blanco de

estilo. Bebí la tradicional taza de té, era chino, sin los repulsivos islotes de manteca del té tibetano.

Después del agradecimiento por la hospitalidad, sin mencionar contactos anteriores ni explicar nada acerca de mí, me limité a decir que esperaba una señal de Gomchen Rimpoché.

El lama hizo una profunda reverencia como siempre cuando se nombra a un *tulku* o a un máximo miembro de la jerarquía espiritual budista.

–El Venerable sabrá darte su señal –dijo apenas en un susurro Tsi-Ling, elusivamente y como indicando que daba por terminada toda posible aclaración.

A su derecha había una nutrida biblioteca. Algunos textos estaban escritos en lenguas europeas.

Ante mi curiosidad, Tsi-Ling dijo no sin ironía y en un alemán muy nítido:

–Tal vez el señor Wood sepa alemán… En algún momento de mi vida –parece o fue ya otra vida– estudié en Alemania. También en Suiza e Inglaterra…

Entre los abundantes libros y manuscritos había un curioso mapa en madera barnizada. Había sido realizado con un sistema de proyección que por cierto no era el de Mercator. Se veía un punto central (tal vez un lugar del Asia), a partir de allí se escurrían hacia los bordes países y continentes, la India, Arabia. Europa era como un fleco aplastado contra el ángulo superior derecho del cuadro.

Tuve la seguridad de que se trataba de uno de esos extraños mapas que nuestros agentes obtuvieron de Gurdjieff. Mapas donde la realidad geográfica aparece corregida por interpolación de valores filosóficos, religiosos o de otro tipo. A veces admitiendo la alteración de lo topográfico con ingreso de símbolos.

–Sus países están en el peor momento de la guerra. Arden las ciudades. Muerte, hambre… –dijo Tsi-Ling.

Asentí. Estaba terriblemente incómodo, como un niño sorprendido en una travesura. En ese clima de paz y apartamiento ¿qué podía explicarle? Por primera vez me sentí como el representante de un mundo frívolo. Un mundo escandaloso, *ruidoso,* en comparación con esa serenidad de la lamasería enfrentada al desierto lunar, al silencio cósmico del Takla Makan.

Fue en ese momento cuando el lama deslizó como una observación sin importancia:

–Su nombre, su nombre oficial, al menos… me llama la atención…

–¿Mi nombre?

–Sí. Robert Wood… Hace mucho pasó por aquí alguien con ese nombre. Un arqueólogo.

–¿Está usted seguro? ¿Cuándo?

–Oh, hace mucho. Creo que en el año del Gallo… Yo no estaba aquí, claro… Pero hay una inscripción en el libro de la Administración.

Sentí que todo se complicaba en forma increíble. Nuestros agentes, que creían saber todo sobre Robert Wood desconocían su tan importante paso por las zonas de nuestro objetivo secreto. ¿Sería el mismo Robert Wood? No es un apellido poco corriente. Pero la posibilidad de una casualidad no me parecía menos inquietante. Tsi-Ling me observaba:

–Parece que ese hombre era arqueólogo. Dicen, creen recordar algunos monjes viejos, que buscaba los vestigios de los esenios…

Recorro el monasterio con un monje joven. Es una sucesión de patios y de grandes edificios como cubos de piedra caliza. Su blancura es alegre. Techos rojos de teja con extremos de pagoda. Es un mundo de trabajo y meditación, a diferencia del denso ambiente ti-betano cargado de demonios y de la magia del tantrismo.

Uno de los edificios funciona como copistería de textos sagrados. Los monjes trabajan en un taller que huele a tinta y a papel artesanal: lo hacen en toneles donde la pasta vegetal es luego laminada con rodillos.

Algunos calígrafos trabajan directamente sobre delicados pergaminos de piel de cabra o de venado. Escribían en tibetano, mongol, chino.

El monje joven, con tímida inocencia, me explicó que deben preservar el “conocimiento sagrado”. Los textos se reparten en las lamaserías secretas.

–El árbol-dios de Kum-Bum anunció una gran destrucción de los libros sagrados… –dijo.

Subimos una larga escalera de caracol hasta una especie de observatorio astronómico, similar por su forma al de Jaipur, en la India.

Allí había un monje viejo en una especie de gabinete de piedra. Mi joven guía hizo una profunda reverencia con la lengua afuera y conteniendo la respiración.

Desde allí el espectáculo del desierto era sobrecogedor: una

estepa infinita, con arbustos achaparrados. El mítico Takla Makan.

A la derecha en lo alto de una colina, pero apartado del resto de los edificios, había una gran construcción.

–Allí no se debe ir –me informa el monje como ironizando–. Allí van sólo los Venerables, los que alcanzaron el privilegio del *Tatbagata*: los que se acercaron a la extinción, el retorno al Origen: desde esta no-vida hacia la perenne no-muerte. Los Venerables traspasan ese delgado cristal.

Entreví por la ventana que la mesa del monje estaba cubierta de mapas astronómicos. Sería uno de los tantos astrólogos.

Cuando bajábamos la escalinata, ya dando por terminado el recorrido de la parte visible de la lamasería, el viejo monje me dijo:

–El que esperas vendrá, o tendría que venir desde esa parte… –y señaló hacia el oriente del desierto, donde sólo se veían los fantasmones de mantos de arena movidos por el viento, ya más fuerte, de la tarde.

–Esas arenas son como olas en el mar –dijo el viejo desde lo alto–. El desierto no *es*. Cambia siempre. Hace muchos años, décadas, en una época de grandes temporales, los lamas de Tatelang vieron emerger, muy hacia el oeste, una ciudad con grandes bastiones. Era una fortaleza de Khublai Khan. Todo estaba conservado. A los pocos días volvió a desaparecer y hoy nadie sabe dónde está… Olas, como olas del mar que hubo…

Ahora recién me doy cuenta de la magnitud del cruce del Tíbet. Me parece imposible poder repetirlo. Por suerte lo emprendí sin la debida meditación.

Mi cuerpo quedó resentido por los días y días de marcha a esa altura, con ese frío. En la primera semana en el silencio de Tatelang llegué a dormir hasta diez horas corridas.

Descanso, pero sin paz. Asoman inquietudes, dudas y enigmas. Horas en el cómodo jergón mirando la bóveda de piedra del cuarto.

¿Murió Wood como yo creo? ¿Qué seguridades puedo tener de un hombre –iniciado hasta la necesaria impiedad– como lo es el *Obersturmbannführer* Wolfram Sievers que no haya matado en la tortura a Wood para arrancarle conocimientos o secretos sobre Agartha, que luego consideraron necesario ocultarme?

El año del Gallo fue 1933/34 y lo será en 1945.

Anotar estas preguntas es un exorcismo. Una vez escritas dejan de agobiarme como pájaros negros que bajan para darme un picotazo y luego huir.

En esta soledad absoluta de mi misión, la palabra, mi cuaderno de notas, es el único lugar de encuentro conmigo mismo. El lugar de diálogo con el único otro que tengo a mano.

Leyendo el *Breviario* de *Ahnenerbe* siento que lo oculto es tanto o más que lo explícito. Todos son fragmentos. Falta una coherencia final. ¿Alguien la tiene? ¿Acaso Haushofer o el profesor Hielscher o el mismo *Führer*?

He desplegado el mapa secreto sobre la mesa que, por las manchas debió pertenecer antiguamente a algún copista (hay varios agujeros para las tintas de colores excavados en la dura madera de raíz; colores secos).

Los trazos y testimonios de los viajeros son independientes entre sí, pese a los esfuerzos de los especialistas de *Ahnenerbe.* El objetivo –Agartha– permanece en la bruma entre lo mítico y lo real. Los hombres que podrían haber aclarado las cosas o desaparecieron o perdieron toda posibilidad de claridad, como es el caso de Von Hagen o de Eckart. *Ahnenerbe,* pese a su gran poder no obtuvo nunca los archivos secretos de la Sociedad de Thule (¿por qué Von Sebottendorf justamente en el ascenso del nazismo los hace desaparecer y se esfuma sin retornar a Alemania?). El mismo profesor Karl Haushofer ha caído en desgracia en este último año, desde la decisión de la solución final del problema judío. (Su mujer, María, es judía).

Haushofer, pese a su acercamiento permanente a la Sociedad de Thule, era más bien un emisario, un puente. Fueron decisivos sus encuentros con el lama Gomchen Rimpoché en Kyoto a principios de siglo y posteriormente con Gurdjieff "en algún lugar del Tíbet entre 1905 y 1908". ¿Cambiaron informaciones, planificaron conjuntamente, disintieron? Ni siquiera en las últimas semanas de mi preparación se me comunicaron los detalles, la esencia de esos encuentros.

Tampoco tengo en claro el origen del poder de Von Sebottendorf que prácticamente surge como la figura principal. Aunque a partir de la noche del 16 de junio de 1919 en que se separa de Dietrich Eckart durante la tormenta de arena que sepulta la caravana, su conducta cambia y Eckart, a pesar de perder prácticamente la razón, se transforma en un agente portador de designios y de voluntades ocultos.

Gurdjieff mismo se aparta de toda complicidad con la Sociedad de Thule, rehúsa todo contacto y se dedica a su enseñanza. Sólo con

la ocupación de París fue posible que nuestro mejor agente, Ernst Jünger, pudiera conseguir un relato elíptico y paradójico de sus viajes por la Región.

Ninguno de los viajeros que registra el *Breviario* confirma asertivamente su entrada en Agartha. Eckart, antes de morir, sólo balbuceó que "visitó ámbitos, habló con seres superiores". Gurdjieff, con su pasión por lo confuso, le dice a nuestro agente que "la ciudad secreta, o la ciudad de los poderes, está en la zona de confluencia de las sabidurías. En el lugar donde están los hombres que llegaron más lejos y los dioses *que todavía soportan la cercanía humana*".

Von Sebottendorf está desaparecido pese a registrar domicilio en Turquía. Informó nuestra embajada (Von Papen): "Nadie responde en sus presuntos domicilios. Se lo tiene por un ser excéntrico, asocial, de formas duras carentes de toda cortesía. Se supone que pudo haber fijado domicilio en México pues realizó experiencias místicas con los indios Tarahumaras mediante el uso de drogas". Lo cierto es que no dejó una palabra sobre Agartha más que esta recomendación a Eckart (en el momento de abandonarlo): "Nadie encuentra a Agartha. Es Agartha quien conduce a alguien que ha elegido".

Ahora es mi turno. Estoy solo en la ruta de los peregrinos de la ciudad de los poderes. Es el tiempo de mi apuesta. Debo comprenderlo.

Paso una semana sin ningún progreso. Mi inquietud no cesa. Me acosa sentir el paso –el desperdicio– del tiempo en un lugar donde el tiempo no existe o no se tiene en cuenta.

Hacia el mediodía tomo la altura del sol con mi sextante. Realizo la operación con el cuidado de un navegante que sabe que pronto perderá las referencias conocidas. El cronómetro está protegido adecuadamente en su caja de cuero. Limpio su bronce que resplandece y fascinado me quedo mirando varias vueltas del segundero. Una máquina inexorable que arroja los segundos vacíos en la nada.

Ayer por la mañana se escucharon petardos y cometas. Unos monjes muy jóvenes, pintarrajeados con caras de hadas y de demonios, entraron por el patio central en caravana festiva, a la que se habían agregado algunos pastores nómades que viven del lado del camino de Lopuchuang. Todos animaban una ondulante serpiente de papel colorido. Festejan el comienzo del año del Mono

de Madera (el mono *Chía*, para los chinos).

Hice mi costumbre subir todos los días al mirador. Hablo con el monje astrólogo, mientras los dos novicios observan la planicie. Sospecho que se trata de una función ancestral de lamasería, cuando la región seguramente era asaltada por bandas de depredadores.

Es el 24 de febrero. Al amanecer resonaron delgadas trompetas de fémur y campanillas. Hubo un ritual porque un venerable pasó el velo de lo invisible.

Una procesión de lamas de bonetes amarillos fue hacia el apartado edificio para ayudar al muerto (un lama tibetano) en su viaje de liberación. Les recitan letanías del Bardo Thodol, el Libro Tibetano de los Muertos. Uno de ellos las susurrará al oído del difunto durante tres días.

Los otros Venerables, según me explicó el astrólogo, no participan del velorio de su par. Nada puede distraerlos de la elaboración de su propia muerte, del estado de *Tathagata*, para retornar sin dolor de lo visible a la gran madre invisible, fuente de toda vida. Un deslizamiento del ser hacia el origen.

Tres días después, desde el mirador vi elevarse en la colina de los Venerables el humo de la hoguera encendida en una terraza especial. Observé con mi largavista (de poderosos lentes Zeiss), el perfil de un cuerpo apenas delineado en un lecho de llamas blancas. El cuerpo se hacía ardor y se levantaba por el espacio de la mañana.

En esta primera semana de marzo me puse a trabajar ya con más dedicación en el “plan alternativo”. (Pasan los días sin que se produzca anuncio ni señal alguna).

Traté de definir más en detalles la posición del triángulo esférico con los límites probables de la Región. Mis cálculos indican que estoy a una distancia de 1.100 a 1.500 kilómetros de sus lados (occidental y oriental, respectivamente).

No tendré otra solución que retroceder las cuatro jornadas que hice por el sendero de Lopuchuang hasta el lugar donde podré contratar y armar una caravana propia.

Desde allí tendría que lanzarme a través del bosque de realidades y símbolos dejados por mis ambiguos predecesores. Sin dudas tendré que negociar con los guerrilleros chinos que dominan prácticamente el Sinkiang y la frontera de Mongolia.

Tsi-Ling me explicó que son ellos los que aprovisionan muchas lamaserías secretas. Este dato me sorprende: no había supuesto que los combatientes comunistas tuvieran estas preocupaciones. Tsi-Ling me aclara que los jefes están ligados a las seculares cofradías secretas de Japón y China (en especial la logia *Hung)*.

Me puse una fecha tope para mi espera.

10 de marzo

Después del amanecer, cuando estaba ya afirmada la claridad del día, me despierta el toque profundo del cuerno del monje vigía. Luego las estridentes campanas desde lo alto del mirador.

Corrí con mis prismáticos. A lo lejos se veía un pequeñísimo punto oscuro. El vigía me dijo que no era un gamo perdido. Aseguró que era un jinete.

La figura se fue precisando a medida que pasaban los minutos. Como avanzaba viento en contra se cubría con una vasta hopalanda o una túnica que no dejaba ver su rostro. Montaba uno de esos caballitos tenaces, peludos, que atrapan en los rebaños salvajes del desierto mediante la llamada *urga:* una pértiga de lazo. Son los mismos caballos de Gengis Khan, los de los guerreros que preservaron a toda Asia "de la corrupción y la enfermedad europea".

No me cabe duda alguna de que no podía ser otro que "el mensajero".

Anoto en el diario con el fin de calmar la incontrolable excitación que me produce la llegada del emisario. Es la exaltación del jugador que cobra su apuesta. El contacto se ha producido. El lama Gomchen hizo su señal.

Escuché, como si él estuviese presente, la última frase que me dijo el *Führer* al encomendarme la misión: "Es imprescindible que usted no ceda, que esté absolutamente convencido. Cuando usted empiece a dudar ya habrá perdido. Ya habremos perdido… ¡Sólo su convicción y su voluntad!"

Me echaba en el camastro pero al minuto volvía a caminar nerviosamente por el cuarto. Era un momento crucial. Hace cuarenta años, en Tokio, en 1904, dos hombres habían organizado *algo* que cambió el destino de Alemania y que cambiaría la marcha del mundo. Ahora, cuatro décadas después, yo era la pieza central

de una inefable ambición. Si así fuera la maravillosa juventud de las *SA* y de los *SS* no sería sacrificada en vano. Ellos, los que combatían por el retorno del dios solar de Grecia, estaban siendo diezmados en todos los frentes.

Pero todavía la partida no estaba definitivamente perdida. Todavía falta un golpe de dados. Las armas secretas, el poder nuclear y, tal vez, la intervención de las Potencias de Afuera, los poderes de Agartha…

Ahora, como si lo tuviera ante mí, veo el rostro del general Haushofer. Nos habla en el *Ordensburg*: "No puede haber otro renacimiento del hombre que el de la potenciación cerebral. ¿Quién sabe desarrollar esa admirable caja de poderes desconocidos?" Fue entonces cuando dijo: "Son esos poderes de Nietzsche en la visión de Sils María. El poder de los profetas es el poder de la unificación y la conducción de las masas hacia su única meta válida: el renacimiento, el superhombre".

El *Akasa* o el *Mana.* Los poderes sagrados. La energía larvada del hombre: el poder *Kundalini,* la "serpiente de fuego" dormida a lo largo de la columna vertebral de cada subhombre. (Los *Siddhus,* la vía de los poderes).

Esa misma noche Tsi-Ling me comunicó que el mensajero estaba dispuesto a conducirme lo antes posible, ni bien obtuviese las cabalgaduras.

–El Venerable Gomchen dispuso que te conduzcan hacia alguna de las lamaserías que son secretas. El guía te llevará hasta el encuentro con los hombres de la secta *Sarmung.* No trates de imponerles nada. Evita hablarles, pues ellos conocen bien su obligación.

Tsi-Ling estaba parado ante mí con su espléndida dignidad y su despojamiento. Vestía una túnica violeta.

Ese encuentro tenía el contenido de una despedida.

Por la noche, insomne por causa de la exaltación, subí a la torre y bebí té con el monje astrólogo, que me ilustró sobre las curiosidades de la secta *Sarmung.*

El 14 iniciamos la marcha con el guía. Salimos con la luz rosa del amanecer. El terreno es plano, desolado y la marcha es por ello rápida.

En el desierto del Takla Makan hay una secreta vida. Flores

duras, salvajes, anuncian la proximidad de la época tibia. El sol del mediodía es ardiente, el viento de la tarde tiene una fibra helada.

Controlo el rumbo con mi brújula. Marchamos hacia el E-NE entre los 84 y los 88 grados.

El guía chino es parco. Por las noches me prepara al fuego la comida que le entrego (la suya es diferente). Luego arma mi pequeña tienda de piel de ante.

En cuatro días hemos avanzado unas 210 millas.

La tierra seca muestra más zonas verdes. Por la mañana pasan pájaros. Estamos descendiendo hacia el lago Lop Ñor. Vuelan garzas. Debe haber como un oasis de agua.

Bordeamos esteros salitrosos.

Hoy a la madrugada me despertaron los cascos de varias cabalgaduras. Son los guerreros *sarmung* que llegaron. Oigo voces y me asomo. Despiden al guía que parte co su caballito hacia el norte. No le dieron oportunidad de verme y de recibir la propina que le tenía preparada.

Hago una inclinación breve y seca con la cabeza al que parece ser el jefe. El hombre me mira calculando tal vez mi poder físico, mis armas, mis pertenencias. No hace gesto alguno.

Saco una bolsa con monedas y la sacudo significándole que me gustará pagarle antes de partir. Entonces extiende el brazo en señal de entendimiento.

Por cierto que en *Ahnenerbe* no eran desconocidos los guerreros de la secta *Sarmung*. En el mismo informe sobre Gurdjieff se dice que uno de los objetivos de su viaje de 1897 fue entrar en contacto con ellos.

Por otra parte, en el alucinante relato de Teodori-co von Hagen, el abad de Lambach, en una anotación de 1863 afirma que “estando perdido en el último desierto, fue salvado por una tribu de caníbales rituales”.

Los *Sarmung*, secta orgullosa y sombría, respetada en los desiertos como todo aquello que tiene vecindad y tráfico con la muerte.

Se sabe que ya existían en Babilonia mil años antes de Cristo. Entonces eran panteístas y adoradores solares, seguramente una secta del mezdeísmo. Vivían en comunidades nómades, los *ernós*.

Fueron expulsados de la Mesopotamia-paraíso (como Adán)

hacia los desiertos donde hicieron su hábitat. Poco a poco viraron hacia el culto de las fuerzas negras. A partir de la influencia musulmana se transforman en los terribles *Yesidas*: seguidores del califa Yezid que mató al nieto de Mahoma.

Los *Sarmung-yezidas* son adoradores del Demonio. Consideran que el diablo es una divinidad descuidada. Sostienen que el mal integra el mundo tanto como el bien.

Sus ritos mágicos tienden a amenguar la soledad y el resentimiento de ese dios despechado que es el Demonio. Él les indica la víctima mediante un susurro interior que el ejecutante sabe escuchar. Matan con cuchillos rituales (como los *gurkas* nepaleses) o por estrangulamiento, con una cuerda de seda trenzada que usan como collar de sus amuletos.

Según creí entenderle al monje-astrólogo, de generación en generación estos nómades heréticos aseguran la comunicación y preservan los senderos que conducen a las lamaserías y monasterios secretos. Se les paga tradicionalmente permitiendo que envíen a algunos de los suyos para estudiar, copiar y conservar los únicos textos de su fe: *El Libro Negro y El Libro de la Revelación.*

Los clérigos letrados son unos pocos, con este fin exclusivo de transmitir la tradición.

Después de cuatro días de marcha hemos dejado atrás la estepa y entramos en un desierto interminable que se tiñe de rosado al amanecer y de violeta en el crepúsculo.

Hemos dejado a nuestro lado la sierra del Pokoto Shan. No estamos lejos de la provincia de Kamsu.

Hay una vida de liebres y venados fugitivos. Pájaros que vuelan muy alto. Reptiles que nos miran desde sus imperceptibles cuevas en la arena.

Todos montamos mulas con monturas kirguizes. Cuatro camellos llevan la carga.

Los *Sarmung* son silenciosos y extremadamente correctos. Arman mi *yurta* en cada atardecer, encienden el fuego y se alejan con una orgullosa inclinación de la cabeza. Es una etnia extraña, como mezcla de asirios con chinos. Tienen pelos largos y lacios, renegridos, tomados con una trenza o como una coleta.

Se sabe que no propician la reproducción de humanos. Lo ven peligroso. Pero si a pesar de sus piadosos métodos anticoncepcionales sus mujeres quedan preñadas, aceptan esto como la voluntad del demonio de tener un nuevo agente que

dedicará su vida a preservar al mundo de la proliferación humana, de los “delegados del bien”.

Marchamos no en línea recta, como pretenden los europeos que se aventuran por el desierto, sino describiendo sucesivos arcos de muy abierto grado. (Al mediodía trato de tomar posición con el sextante).

Sin dudas es un rumbo promisorio que coincide con las posibilidades del mapa probabilístico que ha sido sintetizado en *Ahnenerbe.*

Cruzamos el Sinkiang en dirección al Gobi a través de lo que el alucinado padre Von Hagen llamó “el collar de desiertos sucesivos”.

2 *de abril. 1944*

Desde ayer enfrentamos las primeras tormentas de arena. Se ponen en uso las curiosas capas de lana de los *Sarmung,* con sus capuchas cónicas que se usan para enfrentar el viento. Cubre toda la cabeza y la lana filtra la arena. Aprendo a usarla.

El rumbo se desvía hacia el norte. Hacia la depresión del Turfan.

El viento aumenta. No cede. Nuestro hábitat es la nube de polvo. Se pierde visión del conjunto y de la distancia.

Sólo encuentro sosiego en mi *yurta* y con mi lámpara de kerosene. Me doy ánimo con una frase del *Breviario: Este hombre que todavía somos no es más que la caricatura, el primate, el ancestro del que aún no hemos sabido hacer nacer.*

Cuando en su viaje de 1863 (doce años en los desiertos desde Jerusalén), Teodorico von Hagen dice haber sido salvado por “caníbales rituales” no nombra a los *Sarmung-yezidas.* Es un signo que hay que tener en cuenta. (¿Lo salvaron?, ¿dónde?, ¿de qué?).

Es probable, muy probable, que me esté aproximando a las regiones donde Gurdjieff, según confesó a nuestro agente, buscaba la ciudad de los poderes. Leo en el *Breviario* el informe que corresponde a su relato:

> A pesar de haber ido muy lejos en la búsqueda de la ciudad legendaria que esperábamos encontrar en nuestro camino, cambiamos de planes y resolvimos salir del desierto lo antes posible.

Como siempre, su relato se trunca en una buscada ambigüedad. Nunca aclara los motivos, los hechos reales.

Se justificó refiriendo al monstruoso accidente en el que pereció el ingeniero Yuri Soloviev, camarada de su aventura y uno de los "buscadores de la verdad", como lo designa con su pintoresco lenguaje.

En algún momento Soloviev, experto en medicina tibetana, se alejó del campamento y fue atacado por los camellos salvajes, uno de los cuales lo desnucó de una dentellada. Luego agrega esta plegaria persa que suena como un irreverente sarcasmo hacia el cama-rada fallecido:

> Mata, Señor, a aquel que sin saber nada osa enseñar a los demás el camino que conduce a las puertas de tu Reino.

Es una marcha a buen ritmo. Hemos alcanzado, antes de mis previsiones, un posible afluente del río Ongyn. Acampamos todo un día para dar descanso a los animales.

Los *Sarmung* se deslizan entre los rápidos del torrente como salmones. Desaparecen y luego emergen riendo con sus empapadas cabelleras como colas de caballo.

Según me advirtieron al partir, desde ese punto el itinerario sería secreto. Me vendaron los ojos y cubrieron mi cabeza con la capucha cónica. Dos hombres se mantenían al lado de mi cabalgadura turnándose para guiarla.

El camino era sobre suelo duro y por una serranía.

Por la noche me libraron de la venda pero se mantenían no lejos de mi *yurta*.

Anoto estos datos como una curiosidad. No temo.

Fue un día terrible. Entramos desde antes del mediodía en una especie de corredor eólico encajonado por un estrecho valle. Los guías se gritaban indicaciones con desesperación de marineros en medio del vendaval. Me pareció que estuvieron a punto de perder un camello que se enloqueció en los torbellinos. Desde la oscuridad de mi capucha oigo el ronquido de las bestias que tienen los belfos tapados de arena.

Sin duda esa cortina de viento permanente sería una defensa natural del punto hacia el que me conducen.

Ahora estamos al reparo. La noche parece más calma pero la oscuridad es densa por causa del polvo en suspensión.

Bajamos por un sendero espiralado. Un reflejo naranja anunciaba a través de mi capucha un día espléndido.

Hacia la media mañana el jefe de los *sarmung* ordenó se me liberara de la venda.

Vi un valle magnífico encerrado entre dos sierras bajas. A lo lejos se veía la perfecta cinta de plata de un canal de riego y sus geométricas venaduras. Verdes huertas. Bandadas de pájaros de color.

Luego las edificaciones típicas de una lamasería, o mejor de un monasterio chino (techos en forma de pagoda, vigas pintadas de escarlata). Múltiples construcciones de piedra en la estribación de la sierra. En el templo principal las torres de bronce que representan el éter, brillan al sol.

Los *sarmung* se detienen ante un puente de madera con un arco. Hay allí un corral.

Varios monjes sirvientes me reciben con una cordial reverencia y se hacen cargo de mi equipaje.

Los *sarmung* no me despiden. Entrego una buena paga –en libras esterlinas– a los monjes.

Es el 19 de abril de 1944.

VI

El monasterio secreto: las danzantes

El monje que me recibió estaba vestido con una túnica de seda negra brillante. Llevaba un curioso bonete abierto en la parte superior por donde pasaba una trenza de cabello que sostenía la toca mediante una hebilla de jade blanco. Era taoísta. Me observó con benevolencia y dijo:

–Ubicaremos al visitante en el barrio de los extranjeros… Me puedes llamar Li Lisang, ese es mi nombre dentro de la orden. Tienes asignada la casa para Robert Wood…

La frase resultaba ambigua. Me sentí inclinado a corregirlo:

–Soy Walther Werner. Ustedes lo saben bien, aunque viaje con otro nombre. Nuestros hombres de Tradum lo informaron… –Li Lisang mantenía una sonrisa como de permanente gentileza. Más bien era un gesto distante, como un cristal de indiferenciación al que los chinos suelen recurrir ante el embate de las precisiones de los occidentales.

–Oh, ciertamente… –agregó sin mayor énfasis, como si se tratase de un detalle de poca relevancia.

Corría un aire primaveral. El sol hacía resplandecer el verde de los huertos y los roquedales despedían resplandores metálicos.

Dos novicios-sirvientes, dos chicos chinos, cargaron mis alforjas y me condujeron por un sendero de cabras cortando camino hacia el “barrio de los extranjeros”. Desde la ladera, a lo lejos, pude ver siluetas de mujeres que seguramente trabajaban en unas huertas.

Los chicos se reían de mí. A uno le regalé un lápiz de metal y al otro un broche dorado.

La casa es de piedra. El declive de la ladera está emparejado por el piso de tablas. Tiene una puerta de granito en forma de cono truncado. Hay una tarima de listones más flexibles donde está la estera para dormir. Encuentro un termo de latón con té caliente y un plato de granos de cereal e higos secos.

El agua de la montaña, casi helada, purísima, llega por un ingenioso sistema de cañas de bambú hasta un piletón de piedra. Me bañé en el agua helada, al sol. Mis cabellos quedaron libres de la arena del largo camino.

Instalo mis cosas. Extiendo mis pertenencias. Controlo el reloj y el sextante. Tengo que soplar la arena de la página de este libro de notas.

Con mi largavista observo el barrio del templo y las huertas. No hay mucho movimiento humano.

Anoto de memoria la indicación de Von Hagen que recordé al observar el bonete de Li Lisang:

> Agartha puede situarse en la confluencia del budismo y del taoísmo y en un tiempo detenido *al margen del tiempo*".

22 *de abril de 1944*

Por fin las cosas se aceleran promisoriamente: poco después de la madrugada llegó uno de los chicos para advertirme que sería conducido ante el Venerable (al decir esta palabra puso los ojos bizcos e inclinó la cabeza casi hasta tocar el suelo).

Cuando el sol se había afirmado llegaron dos monjes y me condujeron hacia el barrio del templo, en el punto más alto de la colina.

Pasamos varios salones de ceremonias. En uno de ellos una decena de novicios rapados, pero con una larga coleta, recitaban una incesante letanía. Un monje recorría las filas con una vara de bambú y de vez en cuando daba un golpe fuerte y seco en la nuca de alguno que había perdido el ritmo del rezo y la debida concentración.

Li Lisang me hizo esperar en la antesala del Venerable donde varios monjes mayores, vestidos con sedas lujosas, oraban reclinados en sus esteras. Eran chinos, taoístas, o budistas tántricos con sus bonetes amarillos y rojos en forma de cresta de gallo. Repetían, hasta la obsesión, unas pocas palabras sagradas cuyo contenido me era completamente ajeno. Un sahumador expiraba aromas de sándalo.

Avanzamos discretamente hacia un último salón, totalmente penumbroso, separado por una amplia y lujosa arcada del recinto de los orantes. No veía casi nada, como si ingresase en un

cinematógrafo. Li Lisang me guió hasta una estera frente a una tarima elevada a un metro del piso. Me senté con las piernas cruzadas. Li Lisang se retiró.

Vi que alguien se acercaba muy lentamente hacia la parte delantera de la tarima. Debía ser un cuerpo muy viejo y creí escuchar un rumor de sedas. Muy lentamente se acomodó en la posición del loto. Pude ya ver mejor. El Venerable se había desplazado hacia la tarima desde una especie de construcción de bambú y esterilla, como una gran caja, donde había un reclinatorio alargado, un camastro. Seguramente el recinto de sus viajes metafísicos. En uno de los paneles de esa construcción había un dibujo adosado, apenas visible pese a mis esfuerzos, pero con una forma que me resultaba ya conocida.

Recordando aquella situación debo decir que me sentí distendido, lejos de la natural nerviosidad de estar enfrentado a quien era de algún modo el centro, o la llave, de mi misión.

Antes de entrar Li Lisang me había dicho: “No debe inquietarse por nada. No debe importunar al venerable con palabras. No diga. No haga. Limítese a estar. Es un *tulku:* él ve perfectamente los colores de su ser, los matices, sus más recónditas expresiones. Él tendrá la visión de su pasado, de sus peligros, de sus ambiciones. Tal vez hasta vea su destino…”.

Ahora no podría anotar la cantidad de tiempo que transcurrió en ese significante silencio. Lo cierto es que en algún momento me sentí impulsado a extraer el estuche con el objeto entregado por el *Führer* en el Berghof. Puse el anillo-talismán sobre el estuche. Había la claridad necesaria como para ver el signo de la svástica de rubí engarzado en el maleable y fatigado círculo de bronce y oro. Gengis Khan y Kublai Khan habían usado esa sortija en la mano derecha en las batallas decisivas. Fue Kublai Khan quien la regaló al séptimo Dalai Lama cuando el apogeo del Imperio. Nunca se supo bien en *Ahnenerbe* cómo el aventurero barón Ungern pudo obtenerla ni dónde. Nadie sabe cómo Von Sebottendorf pudo hacerla llegar a la Sociedad de Thule y al *Führer* por medio del agonizante Dietrich Eckart. (Súbitamente imaginé al barón Ungern von Sternberg saliendo con sus prostitutas platinadas de un cabaret de Montparnasse. 1923. Había vendido las joyas de sus saqueos en Mongolia).

Creo que era un silencio intenso y prolongado. Las letanías de los monjes, eternamente recomenzadas, no parecían quebrar la sensación de calma.

¿Esa joya era signo o símbolo de un pacto o de una

condenación? Ahora estaba allí, cargada de prestigios, de poderes. Evocaba miles de cascos de caballos golpeando las interminables planicies de Asia. Noches de marcha, fuegos militares, crueldad, atrocidades y heroísmos castrenses.

Una tradición centroasiática afirma que el talismán es un símbolo del renacimiento de Asia ante la barbarie europea, la barbarie "civilizadora".

Me sentí impulsado a levantarme y me acerqué a la tarima. El anciano apenas tenía facciones reconocibles. Olía como a papeles antiguos, como si él mismo fuese ya un pergamino. Creo que pensé en ese momento (o tal vez después) que ese ser espiritual había estado en Kyoto en 1904 con el general Haushofer.

Deposité la joya ante él, en la tarima. Fue entonces cuando creo que experimenté una gran agitación como si estuviese por perder el control de mí mismo. Tal vez fuera porque intenté pronunciar el nombre de Haushofer y el de Von Sebottendorf. Me resultaba imposible hacerlo. Como cuando se pretende gritar en un sueño y se siente la imposibilidad de mover los músculos porque la voluntad onírica está disociada de lo corporal. Creo que me esforcé vanamente por decir la palabra Agartha. Me parece que con toda calma el Venerable extendió no su brazo sino la amplísima manga de su túnica taoísta, de seda negra. Era un gesto de intención apaciguadora. Cesó mi frustración: sentí que las palabras que había intentado pronunciar de algún modo estaban dichas desde mucho tiempo atrás y eran ya innecesarias. Retórica, metáforas vacías. Mera insistencia de la razón occidental.

Lo cierto es que la joya, el talismán, había retornado a sus dueños. El simbolismo y el sentido de todo aquello me excedía. Yo estaba protagonizando algo importante, pero mi rol era instrumental y las claves secretas de mi acto me estaban veladas. Era un actor de un episodio, tal vez final, de algo cuyo verdadero sentido conocían unos pocos.

Desde la sala vecina llegó el tintineo de unas campanillas y luego resonó un profundo gong. Grandes arcos de sonido parecían mover el aire quieto, sahumado.

Hice una profunda reverencia al Venerable y me retiré hacia el salón. Debo anotar la curiosidad de haber sentido mis piernas debilísimas y aturdido como si emergiese de un sueño profundo.

Li Lisang me esperaba. Cruzamos los salones sucesivos hacia la explanada donde el sol me pareció que brillaba con fuerza cegadora.

–Tal vez el Venerable quiera ayudarte en tus propósitos –dijo Li

Lisang.

Cruzamos el patio vacío donde yacían dos trompas ceremoniales de casi cuatro metros de largo como única presencia en el lugar. Li agregó:

–Al *tulku* ya le cuesta mucho acercarse *aquí.* Está instalado casi permanentemente en la doble vista; la visión de lo inmediato le cuesta mucho. El ya habita en el corazón de la materia. Ahora no tienes más que confiar y esperar sus señales… Suele parecemos difícil el ingreso donde realmente no queremos ingresar…

Cierro las anotaciones correspondientes a esta extraña jornada. A pesar de haber dormido vuelvo a sentir una sueñera irresistible.

Desde mañana debo reorganizar, mis meditaciones. Poner en claro el objetivo de mi misión.

Tengo confianza: sé que estoy en el camino de Agartha.

Esto es lo que relató Gurdjieff a nuestro agente en París:

> Debo decir que esa región está constituida por una maraña de estrechos valles. Nunca nos había tocado explorar zona más inextricable. Era como para creer que las Potencias Superiores quisieron hacer o eligieron esas zonas complicadas y desconcertantes para que ningún humano tuviese la osadía de aventurarse por ellas.

Tengo la fundada –y alentadora– sospecha de haber alcanzado ese lugar que el aventurero metafísico ruso llamó “Monasterio de las danzantes”. Si así fuera estaría a una distancia entre doscientas y cuatrocientas millas del “triángulo esférico correspondiente a Agartha”, como está indicado en el mapa secreto. ¿Pero serán millas o nuevos símbolos de inefables distancias?

Realicé observaciones con los prismáticos. La descripción de los cerros coincide: es un arco cerrado y el templo y las edificaciones de los distantes “barrios” son invisibles ya que están edificados en la ladera cóncava de los cerros.

Me exalto. Busco más frases recorriendo las páginas del *Breviario:*

> Reinaba en las noches un silencio que podría ser aterrador. Sólo interrumpido por el rumor de la cascada ya veces por el grito de algún pájaro.

¿Llamará cascada a la acequia central que discurre uniendo los barrios y regando las huertas?

Doy con la frase de Teodorico von Hagen, seguramente escrita en el umbral de la etapa final de su itinerario, antes de la locura:

> ‘Agartha es móvil. Se retrae ante la aproximación de los kéfir’ (el bárbaro occidental que se impone y actúa en el mundo sin tener una proyección sagrada). ‘Puede que el viajero crea haber llegado a Agartha sin saber que ya estaba en Agartha’.

Intuyo que puede resultar peligroso demorarse en investigar los detalles de los relatos de los otros viajeros. Tengo que concentrarme en mis objetivos, no dejarme atraer por abismos donde otros cayeron. Si este es el “Monasterio de las danzantes” es aquí entonces donde Gurdjieff encontró a ese personaje de la nobleza rusa que él creía muerto desde hacía mucho:

> El príncipe Liubovedski, al que encontré allí aunque yo lo creía muerto desde mucho tiempo antes, pidió permiso a los monjes para llevarme a un edificio especial…

Releí varias veces esas frases que seguramente anotó con todo cuidado el oficial Jünger. Describía al príncipe como un anciano alto, de porte erguido, aristocrático, con cabellos muy blancos y una barba canosa, patriarcal. Gurdjieff lo había encontrado, según dijo, en su viaje de 1898. ¡Para entonces lo creía muerto en Tiflis y hasta había pagado una misa por su alma!

No debo dejarme tentar por esas tonterías. Estoy aquí solamente de paso. Debo seguir rigurosamente la recomendación del padre Von Hagen: “Líbrate lo antes posible de esa región donde ya los muertos se mezclan con los vivos”.

Trato de aferrarme a lo concreto. Con un reflejo de germánica corrección burguesa (¡todavía!) me dirigí hoy a la mañana al edificio de la explanada y solicité ver a Li Lisang. Aunque nada me había pedido insistí en pagarle la suma de mi estada, anticipadamente. Li me miraba con sus ojillos negros, siempre activos, escurridizos. Estaba perplejo. No sabía qué cifra decirme. Pregunté si prefería en piezas de oro o libras en billetes. Dijo que le

resultaba indistinto. Puse dos billetes de cien libras en un pañuelo que anudé a manera de bolso de ofrenda religiosa, según la costumbre tibetana, y lo dejé a un lado de la mesa. El monje me miraba, no tocó el dinero.

–Me imagino que será suficiente… Estaré sólo un corto tiempo, hasta que el Venerable… –Li Lisang inclinó la cabeza como asintiendo, pero sin abandonar su inmutable sonrisa. Luego me hizo una pregunta que me pareció banal y extemporánea.

–¿Tiene su termo de agua fresca?

–Sí. Los novicios la renuevan cada día, lo recargan en la fuente de piedra.

–En invierno, si es necesario, le encenderán desde la media tarde un fuego con excremento seco de camello…

Salimos a la terraza. Señaló el entorno de los montes y me explicó que era una región inaccesible. Dijo, como si hubiera ocurrido ayer, que en tiempos del zar Alejandro habían tenido un sobresalto cuando una brigada rusa que regresaba perdida desde la frontera turca intentó buscar protección durante una gran tormenta de viento. Dijo que fue la única vez que los *sarmung* debieron cerrar el paso de ingreso con el previsto sistema de un desmoronamiento de rocas sobre la garganta sur. Dijo que también habían envenenado las primeras fuentes por si alguien hubiese pasado.

–El Monasterio sólo recibe a quien desea o a quien convoca… Hay varios otros, como éste, “preservados”. Resguardados del ciclo negro del mundo. Por cierto, aún la medianoche no concluyó y los más malos están por nacer, como profetizó el gran Hu-tuktu de Ta Kure… Desde muy lejanos tiempos hemos recibido donaciones y protección del mundo de la acción, señor Wood.

–No soy Wood.

–Oh, ciertamente. Disculpe, señor Werner… Como le decía, nos protegieron grandes señores de negocios, grandes prostitutas de Shangai, de Cantón, de Tokio, Nankín, Birmania. Señores de la guerra, príncipes… Dos veces por año nos llegan por medio de los *sarmung* caravanas enviadas por los guerreros de Yenan, del Ejército Rojo.

–¿Los comunistas?

–Vencerán. Los hombres del Kuomintang son corruptos. Hay un nuevo tiempo para el mundo. China volverá a ser su centro de gravedad. Los hombres de la antigua logia Hung, los Ancianos de las Cinco Terrazas, prevalecerán…

Li Lisang se había mostrado extraordinariamente comunicativo para sus posibilidades. Al despedirse agregó una frase que me

pareció desconcertante:

–Los dos billetes que dejó son muy bonitos. En ambos la figura del Rey está perfectamente dibujada. Es un gesto de gran gentileza de su parte. ¿Quiere más higos secos y queso de cabra para el desayuno, o así está bien?

25 *de abril de 1944*

Anoche soñé –vi– a nuestras tropas en un torbellino de angustia y acción militar. Las bombas estallaban levantando trombas de arena. Confusión, gritos. Nos diezmaban las fuerzas de la decadencia, los hombres-sombra, los bidimensionales regimientos de bacilos planetarios. Fue un mal sueño y en algún momento vi alzarse en llamas la joya de nuestro pueblo: el viejo hotel *Post.* Del profundo Neckar se alzaba un demoníaco vapor como si sus aguas mansas también pudiesen encenderse en el calor de las bombas de fósforo.

Me levanto angustiado. Siento la inquietud de quien debe partir y no puede hacerlo.

Sí: somos la generación del nuevo hombre, del verdadero que mora en nosotros como un órgano en proceso de necrosis. No se debe ceder a la tentación de la sucia culpa ni a la blandura de la conmiseración. En todo caso, conmiseración por ese hombre anulado que llevamos adentro y que sólo nosotros, los nazis, podremos lanzar al renacimiento.

El monje sirviente me sorprendió mirando con los prismáticos. Aunque nos costó mucho entendernos me dijo que doblando la última colina hay piletones de aguas termales. Después dijo varias veces una palabra que yo no entendía y dio una pirueta graciosa en el aire para indicarme a las bailarinas. Creo que dijo que son ellas las que a veces se pueden ver en las huertas del valle.

Era una prueba más de haber alcanzado el mítico Monasterio de las danzantes. “Punto final antes de lo inefable”, anotó Von Hagen en su crónica. Y si fuera verdad lo declarado por Gurdjieff, es a partir de aquí que fracasa en la búsqueda de la Ciudad Perdida pero Futura.

¿Por qué semejante premura?, ¿qué ocultaba?

Noches tibias. El silencio es realmente terrible, me desvelo y salgo a

caminar. Bajo la luna la acequia es una cinta de plata. Bebo el agua fresca, casi helada. Tiene un efecto tonificador. Sigo el anhelo de la corriente hacia los montes del fondo del valle. Veo muy a lo lejos unas temblorosas luces en la ladera. Deben ser lámparas de aceite. Me acomodo entre las rocas y observo. Son unas catorce figuras de túnica blanca que bajan por los difíciles senderos hacia un estanque de piedra que alimenta la acequia principal. Un hombre alto, seguramente era muy anciano por la rigidez de los movimientos, va adelante ayudado por un acólito. Algunas siluetas, más gráciles, de mujeres.

Se acomodaron en bancadas de piedra en torno de una mesa de lajas donde pusieron las lámparas cuidadosamente, tal vez formando alguna figura simbólica. Recitaban, murmuraban, algo que podría ser una plegaria. El hombre alto de pelo blanco está sentado en la cabecera y bebe del cántaro de agua que una mujer trajo de la fuente inmediata a la mesa. Bajo la luz de la luna casi llena aquello tenía la majestad y la simplicidad clásica de una escena bíblica.

Después se hincaron alrededor de la alberca y mojaron sus manos y sus frentes. El viejo tomó a dos figuras, que me parecieron jóvenes, y las llevó hasta una escalinata de piedra. Ambas se sumergieron tomadas de la mano del anciano. Emergieron con las túnicas pegadas al cuerpo. Terminado el rito partieron unas hogazas y comieron. Cuando bebían lo hacían al mismo tiempo y se miraban fijamente unos a otros con cierta solemnidad como la de los cursis vieneses en sus celebraciones.

Sería un poco más allá de la medianoche cuando iniciaron el regreso por los arduos senderos de las laderas, guiados por el temblor de las lámparas. Habitan muy en lo alto, en cavernas que vistas con mis prismáticos me habían parecido deshabitadas.

Cuando me acercaba, creyendo que todos habían partido, encontré dos que llevaban un increíble objeto: un estandarte con trenzas de cerda, campanillas metálicas y una figura central de metal que representaba un águila. ¡Era un águila romana! El estandarte-símbolo de las legiones. Orgullo supremo de los ejércitos, que cuando caía en manos de enemigos daba origen a expediciones y guerras de represalias hasta ser reconquistado. Seguramente esos hombres lo conservaban de generación en generación desde el siglo II, cuando fueron expulsados de Judea después del exterminio de las legiones de Floro y de Tito.

Tuve una sensación de vértigo por todo lo que aquello significaba. El pasado se hacía compresente y yo, un agente de la *SS*

me encontraba ante la obstinada pervivencia de estos judíos que habían sido aparentemente vencidos por aquellos gloriosos paganos de Roma.

Desde los tiempos de Qumram y de Engedi, a orillas del Mar Muerto, vendrían salvando sus secretos, esa sabiduría que había producido a Cristo, el gran subversivo solar vencido por la traición de Saulo, San Pablo: el *verdadero* Judas.

Mi excitación es grande. Anoto estas extrañezas. Recorro el *Breviario* de *Ahnenerbe* pero sólo encuentro unas breves frases referidas a los esenios que corresponden al informe sobre René Guenón. Este afirma que los esenios conservan la tradición de Enoch y su evangelio secreto. Enoch, el preservado de Dios para el tiempo futuro. Guenón vincula esto a Metatron, el creador de los poderes terrestres, el supremo demiurgo, el príncipe del mundo.

Estoy en un lugar donde la palabra realidad empieza a carecer de contenido.

Se me ocurre pensar que el Monasterio de las danzantes es un extraño punto de confluencias, una especie de resumidero metafísico, donde pueden tener espacio los esenios y los taoístas de la secta Lungmen. Un reservorio de múltiples sabidurías.

Me arriesgo en suposiciones. Debo controlarme y no atender a las inexplicables cosas que suceden en este lugar.

¡Hasta se me ocurrió que el esenio de cabello blanco bien podría ser el príncipe Liubovedski, el amigo que Gurdjieff encontró en 1898 y que creía muerto desde mucho antes!

Ante lo extraño la razón naufraga. Debo rehuir la tentación, el vértigo, de abocarme a estos misterios. Mi misión es otra.

Amanece, pero siento que no podré conciliar el sueño.

Hoy por fin me he resuelto a ir en la dirección que me señaló el monje sirviente. (Al salir tuve el anuncio de cometer una imprudencia y sobre todo de arriesgar la buena voluntad de Li Lisang –y quizá del mismo Gomchem Rimpoché– al no obedecer la recomendación de tratar de no salir del “barrio de los visitantes”).

Me largué siguiendo la acequia por el lado de las peñas de la ladera, de modo que no creí haber sido visto desde el barrio del templo. El demonio de la curiosidad me maneja.

Al final de la última ladera, hacia el sur, el valle parecía profundizarse hacia una hondonada donde se veían varias

edificaciones con techos rojos de tejas y con remates chinescos.

Alcancé los primeros patios de lajas y pude avanzar sin toparme con nadie. Los patios están unidos por arcadas de piedra. Llegué así al edificio mayor bordeando galerías deshabitadas. Por la calidad de la piedra labrada me pareció que se trataba de un edificio más que secular.

Encontré una gran sala sostenida por columnas de piedra que terminaba en un entarimado de madera como un vastísimo escenario. Allí había un grupo de muchachas con pantalones abombachados muy anchos,tomados a los tobillos y con chalecos cortos bordados con colores y pedrería. Todas tenían el pelo recogido y llevaban unas diademas de bronce en la frente. Calzaban babuchas azules. Lo curioso eran sus rostros.

Me acerqué discretamente a ese salón que no tendría menos de cincuenta metros de largo. Me escudaba en las columnas hasta que me detuve una distancia prudencial. Me eché en un rincón sombrío, con la espalda apoyada contra un pedestal.

Las danzantes parecían inmóviles. A veces hacían movimientos diferentes unas de otras. Raramente alguna se ponía de pie, más bien permanecían sentadas sobre los talones. Movían los brazos y los dedos de las manos y variaban la posición de la cabeza con movimientos rápidos, como autómatas. De tanto en tanto se oía algún tamborileo o la nota de una cítara perdiéndose en el espacio (hacia la derecha de ese gran estrado había tres monjes sentados en la penumbra)…

Todas tenían sus caras muy pintadas con yeso blanco, como máscaras del teatro *Kabuki.* Los ojos marcados por fuertes trazos curvos en negro. Todos los rostros parecían iguales. Los trazos y el albayalde servían para igualar las diferencias morfológicas.

Había un demorado *goteo* de notas musicales que se escurría por un dominante plano de silencio. Aquello me resultó tedioso en grado extremo. Bostecé y extendí mis piernas ganado por la sueñera, fui perezoso para levantarme e irme. En esa lentitud había algo cautivante: me costaba concentrarme en algún pensamiento propio. Era como si estuviese a punto de una revelación o de la comprensión de la clave secreta de aquellos movimientos y de esa música donde toda noción de melodía y de ritmo estaban ausentes.

Mirando hacia el lado de los monjes músicos (budistas, con sus túnicas azafrán) fue que descubrí ese extraño aparato, como un árbol artificial, geométrico, de cuyas ramas pendían bolas de marfil y placas de metal que se acomodaban en diferentes posiciones. Observé que de vez en cuando, cuando las campanillas sonaban de

determinada manera, todas las danzantes volvían sus cabezas hacia ese objeto. Se me ocurrió que sería un metrónomo inmóvil, lo cual por cierto es paradójico, inexplicable como muchas cosas por estos lados.

Lo cierto es que perdí la noción del tiempo mirando esas muchachas que se movían tan lentamente y en forma siempre *inarmónica.* La sueñera me debe haber vencido. En algún momento alguien me tocó el pie para despertarme. Miré sobresaltado. Pero había sido una de las danzantes que ya se escabullía con su rostro inexpresivo, tal vez sonriendo detrás de su máscara de albayalde. Alcanzó el grupo que se perdía a través del patio hacia un edificio lateral.

Termino mi anotación de este día. No me caben ya dudas de estar en el "Monasterio de las danzantes". Ni bien llegué a mi mesa me precipité sobre el *Breviario* y recorrí el informe Gurdjieff hasta dar con estas frases:

> Fui hasta el patio de una edificación lateral, llamada el patio de las mujeres, donde las sacerdotisas danzantes dirigían a novicias e iniciadas en las danzas sagradas del Monasterio.
>
> Quizá algún día pueda escribir sobre los detalles del Monasterio y todo lo que representa y lo que allí se hacía. En todo caso trataré de describir un extraño aparato que allí había y cuya estructura me produjo, cuando la hube comprendido, una impresión trastor-nadora.

2 *de mayo de 1944*

Después de tres días de espera me resolví a buscar el momento propicio para deslizarme hacia el barrio del Templo. Hice observaciones con mis binóculos. Recién hoy se produjo, ya que una procesión numerosa de monjes se trasladó desde la explanada hacia la plazoleta de ceremonias.

Sé que no debo hacerlo, que es infantil, pero me largo como un ladrón de higos.

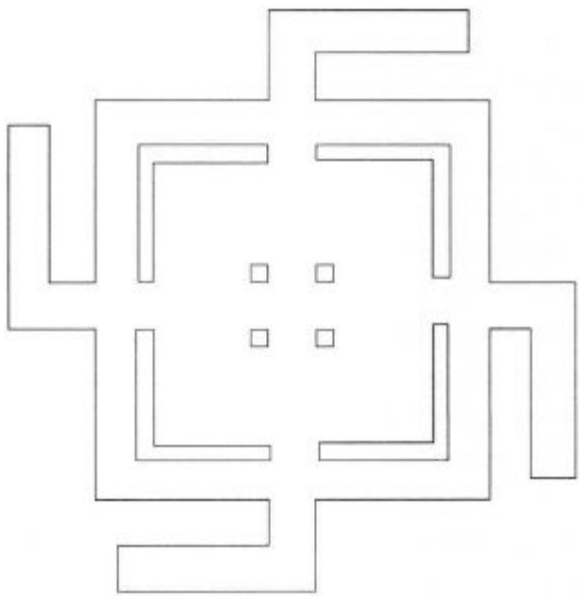
Avancé por el camino de cabras de la ladera y llegué hasta el Templo desde la parte alta. Nadie pudo verme.

No estaba errado: el patio y las galerías de ingreso al recinto del Venerable estaban vacíos. En la antesala no había ningún monje.

Ardía una sola lámpara de aceite. En la penumbra vi el mueble de esterilla y caña y me aposté prudentemente hasta que se acostumbraran mis ojos para cerciorarme de que el reclinatorio del Venerable estaba vacío, como había intuido. Entonces me acerqué al mamparo exterior e iluminé con mi linterna el grabado barnizado cuyas formas había tratado de visualizar durante mi encuentro con el *tulku*.

El dibujo estaba hecho sobre cuero de cabra, reseco y grisáceo, lo cual demostraba mucha antigüedad. Traté de copiarlo con la mayor serenidad posible y terminé justo cuando ya sonaban las trompas ceremoniales anunciando seguramente el retorno de la procesión.

De regreso me quedo largo tiempo frente al dibujo. Tengo la seguridad de que no es un símbolo, es más bien el plano de una ciudad-bastión. No puedo impedir que mis intuiciones se me transformen en peligrosas convicciones: no dudo de que es el plano de la "Ciudad Perdida pero Futura", dibujo que Gurdjieff habría enviado a Stalin al huir de la Rusia revolucionaria en 1917.



¿No serían esos los bastiones de Agartha? ¿Por qué el Venerable Gomchem Rimpoché lo conservaba adosado al reclinatorio de sus meditaciones? ¿Es Agartha más que un símbolo, una verdadera ciudad excavada en los contrafuertes de una sierra ignota, como afirma el dudoso agente probritánico Ossen-dowski?

Mis perplejidades y mis meditaciones no conducen a nada. Sé que estoy entrando en un territorio peligroso que quise pisar

intuyendo que no debía hacerlo.

Me despierto en medio de la noche. No puedo apartar de mi cabeza los trazos del dibujo. Los *rem-parts* exteriores de la ciudad tienen la forma de la svástica y le dan un movimiento que repite el giro galáctico, el movimiento de la materia universal a partir del gran estallido.

Divago, arriesgo. Estoy ya pagando caro mis imprudencias.

Estoy en esa región anunciada por Von Hagen donde símbolo y realidad se entrelazan para peligro de toda razón.

Los días se escurren. Los tacho con una cruz en la agenda, como hace el preso. Por momentos crecen en mí miedos irracionales y debo proponerme firmemente controlarlos. Por ejemplo, siento que en cualquier momento el tiempo de mi reloj y de mi almanaque podrían perderse o confundirse su cuenta. Esta posibilidad me horroriza en grado sumo. Pensamientos tontos como éste se afirman como la mala hierba.

Estoy demasiado solo y espero la noche, después de mi frugal cena, para encontrarme en la página en blanco de cada día. Entonces siento que me afirmo: es como si me estuviese mirando al espejo para sentirme yo mismo. (Me quedaría dando vueltas en la retórica con tal de no abandonar la pluma y volver a la soledad).

Voy todas las tardes al recinto de las danzantes. Me transformé en un habitué. Alguien ya está al tanto y hasta favorece mi nueva afición: al pie de la columna de siempre encontré una esterilla y hasta un almohadón de junco para apoyar la cabeza.

Sin ansiedad ni premura, me abandono a los movimientos de las danzantes como un rito cuya clave me va a ser revelada de un momento a otro. Ese baile debe de tener cualidades hipnóticas, porque paso de la fascinación a momentos de sueñoo que no deben de ser muy breves (ayer me desperté después de la puesta del sol).

Pero siento que esto me hace bien: retorno caminando despacio por el borde de la acequia, relajado. Esa música de percusión, donde cada nota se estira y desaparece en largos espacios de silencio, me parece la única música posible. (Recuerdo con horror aquella *Tetralogía* que escuchamos en Bayreuth, en la función especial para los *SS*. Esta música callada, profundamente sugestiva, es precisamente el revés, la antípoda, de Wagner o de Brahms).

25 *de agosto de 1944*

Mis miedos en relación a *perder* mis coordenadas de tiempo (el tiempo de *mi* mundo), aumentan. Hoy al mediodía me esforcé por tomar una buena altura solar con el sextante. Trabajé con la mayor precisión pero se puso de evidencia cierta torpeza y lentitud para la aplicación de esos simples cálculos.

Li Lisang, que venía de recorrer las huertas, me encontró limpiando el sextante. Habla, como siempre, con un rictus-sonrisa donde la gentileza o la burla parecen indefinirse. Me molesta.

Saqué el tema de las danzantes para que no crea que procedo con doblez. Sería peligroso porque de algún modo empiezo a saber que estoy en manos de esta gente como un ratón entre las garras de un gato que puede ser juguetón o terrible.

–Oh, son como sacerdotisas… Vienen de muchas partes: India, Birmania, Malasia, China, Mongolia, Tíbet, hasta de Japón. Antes, mucho antes en el tiempo, la segunda hija de grandes dignatarios era destinada como vestal… Para llevar en sus cuerpos textos sagrados. Algunas son muy bellas, ¿no? –dijo Li Lisang casi con elocuencia.

Me habían parecido gráciles, casi niñas, extraordinariamente flexibles en su inmovilidad. Sin embargo sus máscaras de yeso las despersonalizaban. Hasta ese momento no había pensado en ellas como si fuesen mujeres. Li Lisang agregó:

–Algunas son *tulpas.* Cuerpos quietamente dominados por seres o personalidades que continúan en ellas sus experiencias, a veces la misma vida…

Me costó entender las frases ambiguas que dijo. En todo caso omito anotar lo que no entendí.

Trato de no demorarme en estas extrañezas: me propuse atenerme con toda fuerza a mis objetivos y obtener lo antes posible la palabra del Venerable. Debo obstinarme en evitar la curiosidad. Debo impedir que la fascinante ilógica se adueñe de todos los espacios.

Siento que estoy en la última estación-base antes del ascenso a la cumbre. No puedo permitirme dar ningún paso en falso.

Anoto un último comentario deslizado por Li Li-sang sobre las máscaras de las danzantes:

Útil, muy útil la máscara… Es conveniente que nuestro rostro no sea demasiado transparente: podría evidenciar lo terrible.

Horas tendido en mi estera. Con la mirada que pasa por el portal de piedra de mi casuca y se pierde en los montes del fondo y en el cielo azul que parece aquellas tazas de porcelana que usaba mi madre en ocasiones de festejos o visitas. Mi madre: cuidadora del fuego del hogar, del ritmo secreto de las vidas que crecen.

Por mi mente abandonada se suceden escenas infinitas. Sé que puede ser malsano pero estoy cansado de luchar contra fantasmas y nostalgias.

Hoy vi con increíble nitidez el rostro del profesor Hielscher hablándome en su escritorio en el Instituto *Ahnenerbe* (el viento ingrato del atardecer de otoño movía las ramas de los pinos del jardín. *Pücklerstrasse)*.

"Llamaríamos *Vril* a esa fuerza cósmica, originaria, que subyace en cada hombre. La atrofiada fuerza de los genios, de los héroes. La fuerza que alienta bajo nuestra necrosis. Puede ser lo que en India denominan como *Akasa*, o *Mana* en Polinesia. Los poderes que duermen a lo largo de la columna vertebral, la serpiente *Kundalini,* los *Siddhus*… Créame que esa es la fuerza a la que se acerca Nietzsche en su visión de Sils María. Tal vez sea la misma de la mítica 'transfiguración' de Cristo en el Monte Tabor. Llevamos esa fuerza latente como un olvido; tanto como el átomo está cargado de una energía que algún día se sabrá movilizar, liberar. El *tulku* Gomchem Rimpo-ché es el último iniciado de aquellos que hace muchos años indicaron nuestro sendero… Nuestro *Führer* fue quien encarnó todas esas fuerzas y los hombres de Agartha son quienes detentan la clave de los poderes, el *Vril"*.

Horas de divagación. Busco aferrarme a las imágenes de mi pasado y este me parece lejanísimo, improbable, tal vez inverosímil (¡podría ser perfectamente el pasado de otro! Pero yo –nosotros– quisimos ser *otro*. No es lícito recibir como castigo lo que se ha deseado). Me veo corriendo, jugando, en el patio del colegio en Nagold. Las aguas vegetales del Neckar en verano. Veo algunos detalles mínimos, rostros que emergen mágicamente del pasado. La vieja vida que se resiste a morir en nosotros (los que enfáticamente la negamos para *ser)*. Siempre había rehusado hacer concesiones al recuerdo de Carmen, pero hoy se instaló con fuerza: nos vi en Berlín, luego en Madrid. Retornó el perfume de su piel, la intensidad de cierta noche en un hotel de Dahlem. Mi hijo en la luz clara de Madrid en aquella tarde que precedió los adioses definitivos.

Horas así, entre la nostalgia y la sentimentalidad como un subhombre melancólico.

Por ahí avanzó y se instaló el pequeño Robert Wood y los recuerdos ilegítimos (aprendidos en una escuela de espías para despojarlo de su vida y *representarlo*) más o menos empezaron a tener un increíble sabor de autenticidad. Es una infancia galesa con la gorra a gajos con los colores del colegio aristocrático. Los oficios dominicales, la excitación del "viaje al continente" en el *ferry-boat* donde jugamos a las escondidas con mis hermanos (en el bote salvavidas juego al abordaje, soy Nelson con mi espada de madera). Hasta me veo viajando a lomo de mula trepando por las laderas andinas hacia la ciudad perdida de Machu Pichu.

En suma: Wood invade y se establece. Lo que aprendí por obligación (fechas, lugares, incidentes, parentescos, episodios profesionales) se hace sorprendente realidad: es más fácil sobornar el pasado que el presente. Lo falso, que hemos incorporado laboriosamente, con el tiempo se instala con pleno derecho en nuestro ser.

Es increíble la cantidad de vida que todavía le queda al difunto Wood.

La vive en mí.

VII

El penúltimo umbral

Septiembre de 1944

Inquietante paso de los días. El tic-tac metálico de mi cronómetro traspasa su caja de madera y suena en el silencio sideral de este lugar, de este apartadero.

Tomo mi ración diaria de fascinación sometiéndome al extraño ritual de las danzantes. Inmóviles, hieráticas, casi estatuillas animadas por un código ajeno a toda noción occidental de ritmo y melodía.

Me alimento (carne seca de cordero, higos, queso, leche de cabra). Hago mis ejercicios físicos y luego me baño con el agua helada de la fuente de piedra.

Cada día ordeno y limpio algún material, hoy le tocó a mi pistola. Sobre un género blanco puse sus partes y las limpié con una franela. Cada dispositivo tiene la perfección de nuestra más acabada tecnología. Las balas, paradas en un costado, son un pequeño regimiento amenazador, con sus yelmos de acero o plomo portadores de muerte. Sólo muerte. Armé las piezas y la pistola vuelve a tener un atractivo extraño: el de la perfección de nuestra industria y el de su potencia letal. Sobre el lienzo blanco su acero empavonado me parece el símbolo perfecto de toda la tecnología de nuestro hegeliano “hombre del Espíritu”.

En estas latitudes su poder está hipotecado, embargado. ¿Qué podría imponer aquí a punta de pistola? ¿Podría obligar al Venerable? ¿Podría pasar las puertas de Agartha apoyando su boca helada en la nuca de Li Lisang?

Aquí ese objeto se torna frívolo, casi impúdico. Lo pongo en la cartuchera y lo oculto en mi chaqueta.

Parece más bien un recuerdo de familia. (Intuyo que tendré que usar su carga de muerte contra alguien, tal vez contra mí mismo).

Las fuentes termales están en unas cavernas volcánicas, más arriba del templo de las danzantes. Son largas galerías con depósitos calcáreos y estalactitas. Se forman piletas sucesivas en un laberinto de piedra que se ahonda hacia la entraña del monte.

Hace tres días que voy, el agua sulfurosa y caliente corre como torrente en las partes estrechas.

Allí me acomodo y recibo un benéfico masaje. Grité dos veces "Walther, Walther" y escuché ecos que se repetían como cayendo en un remoto abismo sin final.

Esto me serena, ablanda la tensión de la espera.

Encontré una saliente sumergida que uso como sillón. Eso me permite extender el cuerpo en la corriente. Hasta me adormezco con un brazo enganchado en una excavación de la piedra.

Consideré: mi desgaste proviene de la incertidumbre y de la espera; del riesgo del absurdo.

Recibo el placer del masaje de la corriente tibia. Mis músculos se abandonan. Se tornan lacios como algas.

Veo a mis camaradas muertos en África, sepultados en la arena con sus condecoraciones. Kurt, Schuster, Nicolai, Scheler. Más impresionantes son los que yacen con los ojos abiertos, inmóviles, bajo el hielo de Stalingrado y de las planicies del lago de Leningrado. Mi querido Mangold, Jochin, Martin Bull-mann, Otto Schlauwitz. Bajo el cristal. "El hielo nunca vencerá al espíritu del fuego, el impulso solar", decía el profesor Hielscher en sus clases... Veo sus rostros en una mañana clara, de primavera en Berlín, cuando iniciábamos la aventura del renacimiento. ¿Quiénes quedaron? Los veo pasar en mi recuerdo, algunos ya son fantasmas.

Otros padecen la peor tarea. Son ángeles exterminadores, apresados entre las membranas viscosas del vampiro de la muerte para siempre.

Es el caso de Grieben. (Recuerdo cuando íbamos en tren desde nuestra Suavia natal hacia el centro de reclutamiento). Cuando partí era el jefe de Auschwitz, el mayor campo secreto de exterminio. Me dijo que había alcanzado la cifra de ocho mil cremados en un solo día. "Los hornos fallan. No dan abasto. Son chicos, mal concebidos". La cara excavada por la muerte. Me da la mano en la entrada del Tiergarten donde sus hijos juegan custodiados por una impecable, impoluta niñera.

Sé que por entonces Grieben vivía un atroz amor sádico (pero imprescindible) con una judía esclava del campo. Sé que renunció a su licencia. Vive abrasado, torturado, y siendo dependiente a la vez, de la judía. Se aman como mutuos traidores, respirando ese aire

acre de los crematorios encendidos día y noche; odiándose a sí mismos.

Mi parte en las terribles tareas del renacimiento no es la más pesada.

(Debo anotar que pensando en Grieben tuve un momento de horror. Una especie de vértigo, como si hubiese asomado a mi conciencia la posibilidad de un tremendo error).

6 de septiembre

Tomo nota de lo que consideré volviendo de las piletas termales: me tocó el desierto, el silencio, el bosque de símbolos. Ese es mi campo de batalla.

No permitirse ninguna debilidad. Me toca esperar la acción como el único soldado en una trinchera abandonada en el páramo. Esa es la realidad.

Es natural que tenga reacciones depresivas. Que sienta a nuestro mundo, a nuestra titánica guerra para consolidar el Tercer Reich, como algo remoto y hasta *frívolo.* (Esa Europa como un animal frenético, aplastado contra los bordes del mapa que vi en la lamasería de Tatelang...)

Debo haber estado más de dos horas abandonado a las aguas sulfurosas del torrente. Pensé qué libros podría darle si me lo requiriese el Venerable, o Li Li-sang (que es un *Taoche,* un dignatario del taoísmo superior). ¿Nietzsche?, ¿Schopenhauer?, ¿los tontos pragmatistas anglosajones que escriben para justificar a los tenderos internacionales?

¿Qué cultura? ¿Beethoven con sus tormentas histéricas? ¿Nuestro Wagner? Una cultura rota. Académicos repitiendo sombras de una grandeza perdida desde los griegos y la civilización fuerte de los romanos. Una cultura histérica o de mitos muertos.

(Pensé que les pasaría mi libro con los poemas de Hólderlin –el único que lleva Robert Wood, en disimulada versión bilingüe–. Y tendría que explicarles: que es la voz de la nostalgia de los dioses perdidos, de un poder solar que sólo nosotros, los nazis, haremos renacer).

Los demás, toda nuestra famosa Cultura, no es más que un griterío de putas coléricas y de hijos de comerciantes expulsados de la casa paterna.

Estas meditaciones quedaron interrumpidas por la delicia de adormecerme en la fuente. Me despertaron unas voces cantarinas. Entre las nubes de vapor sulfuroso vi los rostros blancos de cuatro danzantes, que seguramente no habían advertido mi presencia.

Cuatro rostros-máscaras flotando como aquellas calabazas con el cirio de las plegarias que vimos derivar por el Ganges en aquella noche con Katty Kauffman.

Detrás de la blancura de la crema de albayalde las miradas brillan y se mueven como llamitas.

Hay risas (seguramente me vieron). Se sumergen con agilidad de ranas y nadan hacia otra pileta entre las puertas del laberinto. Escucho sus voces ya lejos, multiplicándose en ecos cantarines.

Al anotar la fecha iba a precisar que hoy es lunes. Esta carece de significado aquí. Siento que ni hubo domingo ni seguirá un martes. Todo un rito de vida queda abolido si uno no le encuentra sentido a la palabra lunes.

Aquí rige un continuo. Estoy *cayendo* en otro tiempo, en otra dimensión.

He preparado una planilla con días y horas. (Es mi resistencia al mero estar, al tiempo cósmico que habita esta extraña gente).

Terminadas las líneas de la planilla, observo que es un enrejado. Una propuesta para encarcelar el tiempo, como administrando una corriente a través de compuertas y canales.

Un subterfugio imaginativo del pobre hombre de Occidente.

Después leo el artículo de Robert Wood en el viejo *National Geographic Magazine*. Hay una pequeña foto de él junto al arqueólogo Hiram Bingham. Es en 1922, en un lugar llamado Machu Pichu, una perdida ciudad sagrada de los Andes.

Wood habla de las glaciaciones de hace trece mil años y de la migración de los pueblos del Asia Central en busca del “nacimiento del Sol”. Pasaron por el estrecho de Behring. Dice Wood que traían los fundadores la sabiduría de los pueblos eurásicos. Recrearon centros desde donde nacerían las civilizaciones precolombinas: Teotihuacan, Tiahuanaco.

¿Por qué Wood ocultó sus investigaciones en esta parte de Asia? Ni siquiera los hombres de *Ahnenerbe* lo supieron, pese a haberlo tenido entre sus manos. ¿Por qué?

Ese rostro de Wood, que sonríe con un fondo de ruinas de templos, se disgrega ahora bajo el cemento del osario de Spandau. Imagino su pelo dorado y la putrefacción de su carne rota por

nuestras balas. *Mis* balas. El coronel Wolfram Sievers me dijo: “Redacte la orden de ejecución y pásela por clave OWZ”.

Y ahora soy la única vida que le queda a Wood: la que vive en su verdugo que –como una *tulpa* tibetana– le robó su ser.

Como otras veces divago por la vida de Wood, muchos de cuyos detalles aprendí de memoria.

Tenía una buena relación con su padre. Eran realmente amigos. Pensé varias veces en esto. Wood había aceptado la continuidad del mundo. No tuvo que ser Caín. No tuvo que poner sobre la mesa de la sala del padre la gorra con la insignia de los *SS*. La svástica como una araña sobre el impoluto mantel del almuerzo dominical.

Hoy, de acuerdo a lo programado en el calendario, fui a las piletas termales.

Aparecieron de nuevo las danzantes (me resisto a escribir “bailarinas”). Se comportan como siempre. A veces se sumergen para deslizarse entre los pasadizos que unen las sucesivas piletas. Observé que los rostros pintados son invulnerables al agua, emergen intactos. Es como una crema grasosa y firme.

Yo nadé como lo hago habitualmente cruzando varias veces la pileta por el lugar más ancho. Cuando lo hacía de espaldas me topé con una de ellas. Me miró sorprendida, asustada. Detrás del blanco y de los trazos dibujados, llegué a su mirada quieta, brillante, dura, como la de un pájaro. Me afirmé en el piso y la abracé. Traté de besarla y pude hacerlo casi con violencia. Traté de afirmar mis labios sobre los suyos. Se resistió un instante hasta que más bien ella misma pasó a la iniciativa. Se abrazó a mi cintura con sus piernas, con fuerza y agresiva decisión.

Cuando me moví para definir la situación tratando de buscar apoyo en el borde, ella se escabulló con la agilidad de una sardina y desapareció en el laberinto sumergido, seguramente hacia las estrechas piletas de entrada de la caverna.

Me avergüenzo al anotar esto. Estuve a punto de cometer una tontería –tal vez una ofensa– similar a la que casi me perdió con Katty Kauffman.

Me alarma no haber sabido controlar el impulso. Es otro inquietante anuncio de debilidad interior. “El cuerpo es un perro hambriento”.

El monje sirviente vino con las vituallas. Trabajosamente me logró

comunicar que no debía acercarme al barrio del Templo.

Me aposté con el largavista y a la tarde vi las inconfundibles hopalandas de los *sarmung* que llegaban hasta el puente de madera. Había una gran cantidad de mulas y de camellos. Descargaban, seguramente alimentos, en parihuelas. Más atrás había un oficial chino que esperaba mientras ejecutaban la maniobra. Tenía dos cananas cruzadas sobre el pecho. Apoyé el binocular en una rama para ver con precisión. El militar se sentó en unas bolsas presumiblemente de azúcar y pude ver la insignia de la gorra: la estrella roja del ejército de Yenán.

Eran los rebeldes de Mao y del mariscal Chu-Teh. Son los hombres que viven en cavernas excavadas en los montes y que luchan desde hace lustros convencidos que podrán redimir ese pueblo de opiómanos, corrompido por la canalla británica.

Anoto mi desasosiego. El sentimiento de que cada día es una gota de mi fracaso.

Cuando veo a Li inspeccionando las esclusas de la acequia maestra me largo cuesta abajo para alcanzarlo. Me mira sorprendido. Trato de disimular mi ansiedad.

Soy el único que mantengo aquí la idea y el sentimiento del tiempo que pasa. Li mora en la destempo-ralización (él mismo parece intemporal y sin edad).

Intenté balbucear, preguntar algo sobre lo que pasa en el mundo. Li me mira. Aquí no hay otro espacio que el de la triada de los místicos chinos: Tierra-hombre-divinidad.

Me sentí tremendamente incómodo. Como un palurdo puesto en evidencia.

Me atrevo a pronunciar el nombre de Gomchen Rimpoché. Li Lisang me habla como divagando.

–No hay muerte ni tiempo para ellos, los Venerables, los *tulkus*. Porque cuando nada se cuenta, ni se pesa, ni se mide, se está ya en la suave ladera del no-ser. ¿Quién podría hablar de muerte o de vida? –Ha-bla con monotonía–. ¿Se está en el ser? ¿Se pierde el ser? ¿Se vive, se muere?

Me dice que los *tulkus* pueden absorber la memoria de otros iniciados. Llevan la experiencia y la sabiduría de Venerables que los precedieron.

También dice que pueden llegar hasta la escondida memoria de la sangre. Dice que somos el resulta do de una larga cadena de vidas y nuestras células y nuestros genes tienen el código de los seres que nos precedieron. Los *tulkus* se ahondan en este pasado. El corredor genético.

–Oh, ellos viajan por lugares impensables, señor Werner. Y a veces no regresan... Regiones de la materia, del universo o de la intimidad del mundo... –Regreso desmoralizado y con cierta sensación de ridículo.

Anoche, después de mi frugal cena me dormí. Creo que con placidez. En algún momento intuí una presencia o alguien me despertó. La luna estaba muy alta en la noche azul. No debí recurrir a la linterna: parada en la tarima se recortaba la grácil silueta de una danzante. Estaba seguro de que sonreía en la penumbra. Lentamente, con gracia, se quitaba la ropa.

Tuve una curiosa sensación de miedo que por un momento superó el impulso erótico. El rostro blanquecino, con la pomada de yeso, me debió parecer la máscara de la muerte. Por cierto, esta sensación fue muy breve.

Se arrodilló a mi lado, en la estera, y empezó a desanudar su trenza. El pelo, negro y brillante, fue abriéndose como un torrente sobre la piel.

Hablé, pero no me respondió. Apreté mi cara contra su hombro al abrazarla, y olí un aroma de perfumes vegetales.

En ningún momento de ese intenso, novedoso y muy excitante encuentro erótico, dije palabra alguna. Sólo escuché sus gemidos de amor que intuí perversos, porque parecían infantiles y de alguien que más bien finge negarse a las sucesivas sugerencias. Todo resultó particularmente intenso.

Aquello duró hasta la proximidad del amanecer. Sentí un profundo relajamiento, como el olvido de mi tensión. Me adormecí.

Ella se debe haber vestido en ese momento.

Me desperté con la mañana. La estera estaba vergonzosamente manchada de sangre. Fui discretamente hasta el piletón de piedra y lavé con arena y una de las pocas pastillas de jabón que me quedan.

No tengo dudas de que era la misma chica de la pileta termal.

Mi debilidad moral me asusta.

Anoche retornó. Intenté hablar, en chino, luego algunas palabras en mongol, en inglés, en alemán. Permanece inmutable y muda.

Se ríe. Luego en el amor gime y finge llorar. Me excita y la traté con violencia sexual como queriendo definitivamente destruir su distancia.

En el silencio de la noche azul por la que rueda una enorme

luna, estamos prendidos, entrecruzados, como una furiosa madeja que lucha por la vida.

Ella huele a mar y es como una inesperada caracola en este Gobi que es un mar evaporado, quemado. No intenté ninguna comunicación más que a través de su piel. Su sistema de gemidos y exclamaciones es la única e incitante respuesta a mis palabras que quedan colgadas en el aire, más superfluas que nunca.

Lo sensual asume poco a poco una dimensión distinta. Se abren nuevos –insospechados– senderos del sentido. (Para mí había sido siempre un universo que concluía invariablemente, en una similar intensidad).

La danzante hace perder la idea de repetición y la "linealidad" que va de la excitación de los cuerpos a la culminación.

Lleva por arabescos, sendas desconocidas. El viaje se remonta lejos de toda rutina.

Mi cuerpo queda distendido, unido o caído en un tiempo que no está hecho de horas.

La danzante siempre se va cuando me adormezco.

Faltó dos noches. Pero ayer vino. Aplicó un ungüento en mi cintura (tiene una extraña habilidad para caricias que se transforman en masajes). Sus pulgares actúan en algunos puntos de mis vértebras. Siento como una vena de calor que recorre mi columna vertebral y baja por mis huesos hasta los talones. Es como si hubiese derramado en mi interior un bálsamo tibio, un licor benéfico.

–Esto es médula de tigre. Serás tigre –dijo en chino.

Y fue la primera vez que le oí palabras. Se rió, pero enseguida se silenció en la gravedad del renovado deseo.

–Kundalini –dijo–. La serpiente dormida.

–Dime tu nombre –digo. Pero ella ya me recorría con sus labios. Busca los más inesperados lugares de mi piel. Demora en lo posible mis ansiosas y obvias respuestas.

Me besa con su sexo. Domina sus labios como una mano o los de una boca. Con él me besa la nuca, las orejas y por fin busca mi boca y permanecemos unidos en un largo y estremecido abrazo.

Rehúye la mirada y las palabras. Toda la expresión queda concentrada en los cuerpos.

–Kundalini –repite. Pero luego permanece en silencio ante mis preguntas.

Tomé su rostro y traté de acercar la linterna pero de un golpe la

arrojó fuera de la tarima. Sólo sus labios se me dan. La cara está siempre cubierta por el ungüento blanquecino y no acepta que lo toque.

Anoto palabras de Li Lisang (en ocasión de haberme hablado de las danzantes):

–Una *tulpa* es un ser producido por el poder psíquico de otro. Alguien le produce o le conduce. Lo más común es que le *invada*, sustituyendo su ser. En Tíbet debe de haber oído hablar de *tulpas*, señor Wood...

"Los creadores de *tulpas* pueden perder el control. No se sorprenda: toda la llamada 'educación', tan cara a los hombres de sus países, no es más que la creación de *tulpas"*.

"Las grandes prostitutas solían buscar estos lugares. Iniciaban costosísimas peregrinaciones con sus lujos, administradores y sirvientas. Eran mujeres poderosas, vinculadas a las importantes hermandades de Asia. Llegaban ya heridas por el miedo de la enfermedad, la vejez, la muerte. Por la sexualidad renovaban su energía. Absorbían el poder *yang* de sus amantes. Los vaciaban".

"Las *khadomas* son viajeras del espacio: seres muy frágiles. Esencia de lo femenino. Cruzan la llamada realidad como mariposas: llevan enigmáticos signos en sus alas. Encienden lo único que debe ser alentado si se prefiere la vida: el amor. *Kbadomas..."*.

Ahora todo pareciera que gira en torno del viaje de los sentidos con mi extraña y nocturnal amante.

Durante tres noches esperé durmiéndome intermitentemente. Dominado por sueños eróticos.

Durante la tarde fui a ver la ceremonia de las danzantes, pero me exasperó la lentitud de esos movimientos y la espaciada música que antes me habían fascinado.

Pensé que alguno de esos cuerpos gráciles (que allí se movían en forma despersonalizada y hieráti-ca) era el que originaba el delirio erótico que vivía. Pero con sus máscaras y ropas idénticas eran inidentificables.

Sin embargo cuando ya desesperaba ella volvió. Me pareció haber escuchado susurros como de una discusión contenida, que se producía cerca de la al-berca de piedra. Fingí dormitar y ella se desvistió junto a la estera.

El calor de sus muslos tensos y su pubis se apoyaba apenas contra mi espalda. Su calor y su aroma me iban envolviendo. Así ocurrió una vez más.

Sentí un deseo violento, casi incontrolable. Un enorme placer al abrazarla. Creí que ella también había sentido los tres días de separación. Sus jadeos me parecían profundos, de una ansiedad desesperada. Tuve la sensación de la presencia de alguien. Me di vuelta y vi en el marco de la puerta la silueta de otra danzante.

–Si puedes dar calor a mi hermana, puedes dármelo a mí también –dijo en un inglés claro. Pensé desde ese momento que eran birmanas.

Pero mi amante lanzó una interjección de rabia y sorpresa y de un salto se paró al lado de la tarima cubriéndose con las ropas desordenadas.

La visitante esperaba. Me parece creer (al anotar) que su voz era firme, como más adulta, como si pudiese ejercer algún tipo de autoridad. Hablaban seguramente en *thai.*

Hubo un intercambio de airados susurros y mi cómplice (¿cómo podía designarla?) sollozó. Se puso el largo vestido de seda con rapidez, enganchó las sandalias y se abrazó con la visitante sin dejar de llorar. Así se fueron, intercambiando susurros y protestas un poco más airadas. Las observé por el sendero de la acequia.

No supe qué hacer. Un raro abatimiento me dominó. No podía sino estar quieto. Sentía que todo aquello era inconveniente, pernicioso o ilícito. En todo caso algo nocturnal y clandestino de donde sólo podrían caerme amenazas o castigos.

Estoy habitando un espacio sexual que trascendió lo que pude imaginar. Se interrumpió un viaje, un callado conocimiento progresivo. Siento que no me será fácil reacomodarme a la soledad.

No es posible que a esto pueda acercarse la palabra amor.

Todo es casi ridículo, pero no puedo sustraerme.

18 de septiembre

La fecha puesta sobre la hoja en blanco me produce cierta incomodidad. Es la evidencia de un tiempo muerto. Un tiempo de incierta espera en este desolado umbral de la última etapa.

“Tres meses esperó el general Haushofer al lama Gomchen en el Templo de Kyoto, en 1904”, me había dicho el profesor Hielscher en nuestra última entrevista en Berlín. (Ahora también la palabra Berlín me suena remota. Todo *aquello* parece perteneciente a una

cuarta o quinta dimensión. La irrealidad –el destiempo o contratiempo o no tiempo– de este universo marginal, termina por afectarme).

Siento una grave depresión durante las horas de la tarde.

Quisiera que vuelva la deliciosa *tulpa.* Quiero sus juegos donde mis aparentes triunfos y posesiones son siempre el tramo de una inacabable distancia.

En su último juego mi danzante me llevó a retener el orgasmo. Logró ese aprendizaje con gestos, sin recurrir a las palabras. Luego me llevó de la aparente frustración a una curiosa sensación, un raro estado anímico que ella estimuló con sus masajes en ciertos puntos de la columna vertebral.

Sus juegos conllevan una sabiduría que desconozco. Su cuerpo, el olor de su piel y el aliento de su sexo, multiplica su atracción. (Nosotros vivimos el erotismo como consumo y como consumación; mi amante parece saber convivirlo como camino en continuo *in crescendo)*.

Por la noche volvió.

Me concedió un abrazo claro e interminable. Permanecimos unidos más allá del orgasmo. Respiré a través de su aliento. Mi aire fue el suyo, mi sexo el suyo y yo su hembra.

Entonces comprendí que el orgasmo, ese "fin" supremo, esa cumbre del logro erótico, no es más que el límite. Es también tiempo, en suma. Es como *nuestras* horas. Otro elemento de esa sucesiva serie de celdas de la cárcel de nuestra *Grosse Kultur*.

Fue intenso. Sentí hacia ella un irrefrenable impulso de agradecimiento que no sabía cómo expresar. Después, en la mayor quietud, me dormí envuelto en su mador erótico. Era una infinita placidez, como si yo, por primera vez en una vida concebida como movimiento –heroico y militante–, hubiese caído en la bolsa del Tiempo. Un tiempo-madre, primigenio, cósmico, indivisible. Como si el ser y el hacer se confundieran en el estar. Simplemente estar en el mundo: el ahorro de todos los daños y dolores. La máxima incapacidad de nuestro temible "Occidente".

Las voces que me despertaron eran las de una ardiente discusión susurrada, como la de la otra noche. Había regresado la visitante. Mi amante contenía los sollozos.

Creía entender una frase de la visitante que se podría traducir

como “si tú no vienes yo me quedo”.

Traté de fingir un sueño profundo. La tarima crujió a nuestro lado: la visitante se acostaba cubriéndose con nuestra sábana de fibra de lino.

Entré en un excitado desvelo por el cuerpo de la intrusa. Respiraba hondo, como ya durmiéndose, pero giró su cuerpo y sentí su cadera apoyada contra mi muslo.

El aura de tibieza de la visitante me envolvía. Lentamente logré liberarme del abrazo de mi amante que parecía dormir y empecé a girar mi cuerpo hasta enfrentarme con la invadente *khadoma.*

Nos abrazamos y nos unimos con toda la delicia de lo solapado, lo amenazado. Una nueva excitación se agregaba a la que ya había gozado. Intuí que para la invasora aquello tenía el sabor de la venganza. Conteníamos nuestra respiración. Nuestro placer perverso pareció estallar rompiendo la caja de silencio obligatorio.

Mi amante surgió enfurecida. En la penumbra brillaba su mirada mojada de llanto y furia. Se gritaban insultos. Rodaron mordiéndose como dos gallos trenzados. La intrusa, más fuerte y dominadora (tendría unos años más que su oponente), lanzaba golpes con sus uñas fuertes y dos o tres trazos de sangre aparecieron sobre la blancura del rostro maquillado y el cuello de mi amiga.

Sentí miedo por aquel escándalo. Las deliciosas y delicadas danzantes podrían ser, eran ahora, dos prostitutas de Shangai, peleando por el favor de un rufián

o transformando en mordiscos un celo de lesbianas.

Intervine conteniendo a la más débil que intentaba morderme los brazos. La visitante reía arrodillada desnuda en la estera.

La furia de mi amante se transformaba en gemido de deseo y me tendí sobre ella. Me abrazó con pare cida fuerza a la que había empleado en la anterior instancia de odio. La visitante se acercó con algo de felino y lamió la sangre de las lastimaduras de su amiga-enemiga.

(Debo anotar todo esto que es vergonzoso. Pero no puedo sustraerme a la atracción de estas *tulpas* que ganan mi tiempo. Todo es como lúdico. Como escenas de un teatro *Kabuki,* con actores desnudos en la penumbra de la lámpara de aceite).

Después de tres noches de ausencia, volvieron cuando estaba ya dormido.

Sin violencias ni sobresaltos iniciamos los juegos a tres. Encendieron unos palillos que olían a perfumes hindúes.

La mayor ("la visitante") se sentó con los muslos juntos sobre la estera y peinó sus cabellos y los de mi amante con un peine de hueso blanco. Había traído un termo y, como cumpliendo un rito, llenó tres tacitas de cerámica y lo bebimos. (Durante la larga noche repitió varias veces esta ceremonia).

Se inició un maravilloso viaje. Ellas dosificaron las sensaciones. Una sucesión cambiante de ritmos y relaciones. Con intensidad de delirio rodamos abrazados por el espacio tibio de la noche estrellada.

La *kbadoma* mayor (la intrusa), fue dominante y, a su tiempo, dominada, derribada por la confluencia de mi poder masculino y el ardor de mi amante. (Sucesivamente somos vencedores y vencidos). El dominado goza alternativamente –dialécticamente, diría-de sus triunfos y de su entrega total a la acción de los otros dos cuerpos. Cuando esto ocurre, se produce algo parecido al sacrificio del *Tcheúd* que vi en la la-masería de Mendong Gompa, con algo de canibalismo y autodestrucción, que luego concluye en éxtasis, en final redención.

En cada remanso de esa tormenta de sensaciones, la oficiante se arrodilla en la estera, acomoda su pelo lacio y negro. Aunque no responde nunca a mis preguntas en inglés, como si las palabras fuesen el mayor peligro para nuestras experiencias, no me caben dudas de su origen birmano. Sirve el té ritual. Es un líquido caliente y muy aromático.

Ambas me hicieron sus sabios masajes en mi espalda. Me dormí, como otras veces. Pero creo que no me desperté para un nuevo juego. Ahora, que anoto lo de anoche pienso que lograron unir el sueño y la vigilia.

Fue intenso, increíble y, por momentos, trágico: subí con Carmen las escaleras del hotelito de *Frie-drichstrasse.* Era el mismo *día aquel.* Después de la cena, del vino blanco del Rhin. Nuestro primer encuentro con esa mujer morena, con algo de gitana, perteneciente a un mundo de sol y otras fuerzas. Nuestro abrazo, el sabor de su aliento, su sexo, sus hombros morenos, desnudos a la luz nocturna de aquel Berlín. (No sé a quién abracé en realidad, o si encontré a Carmen Giménez Lorca, en el sueño). ...Y reviví intensamente, como una revelación demorada, el verdadero amor que sentí por ella en esa y las siguientes noches que engendramos a Albert.

No podía aceptar el amor. Mi misión era superior, inexorable.

Ella no lo pudo comprender.

Luego creo que grité de angustia y las *khadomas* seguramente me rodearon con el raro calor de sus cuerpos. Estábamos con Carmen en el hotel Condestable de Burgos, donde nunca estuve, y cuyos muebles recuerdo de las fotos que nuestros agentes de la *S.D. Ausland* me hicieron llegar. En esa cama siniestra estuve abrazado con Carmen. Con el cuerpo helado de Carmen. Sólo me parecía vivo su pelo negro y tan largo. Y lo besé con angustia. Busqué sus labios fríos en el rostro amoratado (de la foto policial). Lamí la marca atroz en su cuello. Mordí la cinta de seda que se hundía en su piel maravillosa. Traté de penetrar su cuerpo helado y me estreché en un abrazo total como queriendo tardíamente devolverle un calor robado.

Gocé *desde ella* el placer sexual que le proporcionó mi ser, mi sexo. Tal vez después, como calmando mi terror, las manos de mi madre se posaron en mi frente, dándome tanta frescura y serenidad como cuando tuve aquella enfermedad infantil en una lejana Nagold. Agradecí, con lágrimas, esa súbita presencia de amor. Amor puro y perdido de madre.

No tengo recuerdo de orgasmos. No había tiempo ni conclusiones en ese largo viaje que trato de anotar con mis limitadas posibilidades.

Evoco en ese momento unas palabras del profesor Hielscher: "La sexualidad no tiene para ellos sólo función de reproducción o placer. Saben 'mover' la sexualidad hacia centros del ser. Creen, o saben, que desde la sexualidad se logra la transformación, y que desde allí se conectan ciertas zonas o centros de la personalidad, que ellos llaman *chakras"*.

Debo haber gritado, debo haber estado envuelto en un sudor de horror. ¿Ellas estarían? Sólo recuerdo una cumbre de espanto.

No puedo extenderme. Si escribo esto es porque siento que algo trasciende, algo escapa a mi control o a lo que yo juzgo como un error más peligroso que el de Katty Kauffman.

Creo que en algún momento fui Robert Wood, pero a orillas de un río que era el añorado Neckar en la floración del verano, que en nuestra Suavia no llega sino que estalla con abejorros, siestas calientes y olor de sidra en fermentación. Wood tiene su primera experiencia erótica con mi vecina Karin. La excitación y la presencia del milagro del cuerpo frustra casi el placer. Wood hace el juramento aquel cuando le quita a Karin las briznas del pelo dorado

y se acomodan las ropas. (A lo lejos, entre los plátanos, el *Hólderlin-turm* donde vivió el poeta treinta y cuatro años de su locura necesaria).

Hoy me he observado en el espejo. He enflaquecido. Parecen haberse agregado arrugas, seguramente por causa del aire seco.

Tengo la curiosa sensación de no ser el mismo. He pasado tres días prácticamente echado en la tarima. Me dormía tarde, esperando las *khadomas* que no llegan.

Ayer fui –única actividad– a las piletas sulfurosas y permanecí adormecido, entre las corrientes de agua tibia.

Hoy a la mañana intento algunos amagos de autodisciplina: reviso el material, recorro los mapas, tacho el espacio de tres días en el enrejado cronológico que he trazado. Con una franela lustro el sextante. Sus marcas y números perfectos podrían (si tuviese ganas) darme la exacta posición ante el universo. Pero lo guardo.

Flexiona la razón. Cede el acero de mi voluntad. Una voz interior me advierte. Pero no tengo voluntad y vuelvo a echarme en la estera con la mirada perdida en el cielo azul, donde de vez en cuando cruza un pájaro del valle.

Ahora estoy más calmado. Pero hoy a la mañana mi irritabilidad fue extrema. No encontré el peine de hueso y empecé a arrojar mis cosas contra las paredes.

Por suerte me contuve ante la caja del cronómetro.

Al recoger las cosas leo en el *Breviario* abierto en una pagina que lamentablemente se rasgó.

> Agartha atrae y ciega. Se transforma en una pasión. Quien ceda a ella se verá irresistiblemente atraído hacía su centro, como el insecto ante la luz en la noche. Cerca de Agartha el iniciado se sentirá ajeno a su vida anterior. Sentirá terrores, pero esto es bueno. Agartha exige el paso a otra dimensión.

Era una frase de Teodorico von Hagen. Para él, esa otra dimensión no fue más que una larga y sosegada locura en el convento de Lambach (rodeado de svásticas y de la piadosa caridad de los monjes).

No pude conciliar el sueño. Mi excitabilidad es extrema. Hacia

medianoche salí a caminar por la acequia. Los increíbles esenios estaban reunidos, sin duda conmemoran algo según sus misteriosos ritos. El estandarte del águila romana estaba junto a la mesa de piedra. Como siempre presidía el anciano de cabellos blanquísimos.

(No podrían imaginar mientras parten su pan ritual y beben el agua de la fuente, que un *SS* los observa desde las rocas. Un *SS* es un romano revivido).

26 de septiembre (?)

Recién ahora, después de varios intentos, puedo sostener la pluma y dibujar palabras.

Fue un día de horror.

Me afeité y resolví ir hacia el patio de las danzantes. Por la cantidad de luz, pienso que eso ocurrió a media mañana.

En la tarima estaban solamente los monjes que tocaban sus *damarus.* No estaban las danzantes, ni el extraño instrumento, el árbol geométrico con sus bolas de marfil y sus placas de metal.

Desde ese momento perdí todo control. Grité como un desaforado entre las columnas. Increpé a los monjes y hasta sacudí a uno tomándole por su toga color azafrán. Me dijeron en chino que las danzantes habían partido hacia otro monasterio donde se preparaba la llegada de un *Hutuktu* (un Venerable, un taumaturgo de iniciación superior).

Me sentí ridículo, burlado, vaciado, desposeído. Arrojé unos tamboriles y creo que traté de destruir una cítara. Dos monjes muy delgados me redujeron. Usaron sus artes marciales. Me recuerdo, despedido por el aire hasta caer sonoramente en la flexible tarima. Procedieron sin odio.

No tenía fuerzas. Creo que sentí que no podía enfrentarlos. Estaba muy mareado y mis rodillas no tenían poder.

Sentí una tremenda congoja: ellas ya no estaban. Mis amantes silenciosas, las excitantes *khadomas* o *tulpas o* simples vestales birmanas, no estaban.

No sé si caí o si me fui dando tumbos.

Ahora no puedo escribir más. Salgo de la lucidez, de la voluntad de sostener la pluma. Me precipitaré en una agobiante inercia.

Estoy envuelto en un sudor frío y pegajoso: son ráfagas de fiebre.

Sólo al anochecer alcanzo un poco de lucidez y voluntad. Mi yo está arrodillado en el fondo de este cuerpo sacudido por temblores. Es grande el esfuerzo de anotar, pero es mi "hilo de plata", el único que une esta quebradura.

Creo que en algún momento estuvo Li Lisang y otros monjes. Creo que los vi a través de un cristal opaco sin poder precisar la línea de sus rostros. Hablaban en mongol y el sonido de esa lengua me trajo el recuerdo de los oficiales húngaros que llegaban a Berlín para integrarse a nuestros cursos.

Los monjes jóvenes me alimentan con una especie de caldo. Me obligan a tragarlo porque trato de escupirlo. Sé que me envenenan. Sé que están por vencerme. Escondo mi cuaderno bajo la estera. Las palabras que puedo escribir en los momentos de alguna fuerza son mi conciencia de seguir viviendo en mi yo: el *Obersturmbannführer* Walther Werner.

El tiempo escapó. Paso seguramente días hundido en la inconsciencia. Con enorme esfuerzo no dejo de dar cuerda al cronómetro. Oigo su latido dentro de la caja. En la noche es muy claro, como el sístole y diásto-le de *mi* tiempo, las fiebres no cesan. (Mi pluma parece pesar kilos).

Entre sueños (supongo), tuve un largo diálogo con Grieben. Me repetía lo que me había dejado entrever en nuestro casual encuentro de Berlín.

Comandaba una *Einsatzgruppe,* un destacamento de trabajos "especiales" de los *Totenkopf.* La voz de Grieben era metálica, pero como bordeando un abismo, como a punto de romperse en gritos de locura. Voz de última frontera. Estaban matando judíos en una fosa común excavada, en un terreno de Ausch-witz cuando uno de sus soldados, ametralladora humeante en mano, se acercó...

"Le llaman. En aquel grupo de judíos dicen que lo conocen. Lo conocen de Nagold". En la niebla gris de la tarde de invierno se veían los cuerpos desnudos, descarnados, blanquecinos de una "veintena" que ya debía descender a la excavación para esperar la ráfaga de muerte sobre los cuerpos sangrantes de los anteriores, muchos de los cuales se movían. "Cuerpos cadavéricos, exactamente como aquellos de Lucas Cranach que vimos en la *Alte Pinakothek* de Munich, te acuerdas?" "Sí, preguntan por el coronel Grieben, precisamente", insistió el soldado.

Me dice Grieben: “¡Claro que te acuerdas de las Levine! La abuela Levine nos echaba dos caramelos cuando nos veía pasar bajo su ventana en la *Bahn-bofstrasse.* Las hijas (la de la mercería y la empleada de la tienda *Krone*) la desnudaban a la abuela. Todas estaban ya desnudas. Figuras de pergamino en la niebla. Sostenían a la abuela Levine que estaba paralítica. La desnudaban con amor, te diría. Pero la que me hizo llamar era Mika, ¡Mika! La pianista de nuestro grupo, la que imitaba a Zarah Leander y que yo... ¡Claro que te acuerdas! ¡Te acuerdas cómo queríamos a Mika!”

“El soldado me miraba. Sentí un calor extraordinario y una ola de sudor que me bañaba. ¡Mika movía el brazo y sonreía!, ¡como una calavera sonreía! Todas ellas habían sido nuestras amigas del baile anual del *Scbloss.* ¡Todas habían ido a la mesa a saludar a la abuela Levine que había conocido a Pade-rewski! El soldado me miraba como esperando un mensaje. ‘No los conozco’, le dije. ‘No se deje engañar porque sino usted mismo terminará en el fondo de la fosa.’ En ese momento la gente debe tener una percepción ultranormal. Estábamos a treinta metros pero Mika como si me hubiese oído se volvió con amor hacia la abuela Levine y siguió ayudándola muy cuidadosamente a bajar a la tumba sangrienta. Al rato escuché el alivio del tableteo de la muerte”.

Escribo todo esto minuciosamente. Son las palabras de Grieben pero he sentido algo terrible. (Un *sa-tori*, como aquí llaman a la revelación súbita y total de la verdad). He sentido el *satori de la banalidad del mal. Estuve* en la piel de Grieben y pese a mi debilidad sentí el calor y el sudor que corría en gotas por la axila y la frente. (El mismo del de él, cuando vio a las dignísimas señoras Levine desnudas, ubicándose silenciosamente para la inmunda muerte que habíamos inventado).

La banalidad del mal se reveló en mí con todo su poderío. Todo lo nuestro no era más que una historia idiota. ¡El escándalo de un cretino borracho que corre pisoteando el jardín y gritando la palabra Renacimiento!

Creo que el aire es muy frío y que los monjes jóvenes, piadosamente, encienden fuego en la estufa de hierro.

Me paso horas y horas entre Nagold y Aberporth. Hablo en inglés con mi padre.

Sé que todo esto es un delirio. El instante de lucidez no me abandona, es cuando logro anotar.

Tal vez, he perdido el pelo.

Me están matando con gentileza oriental. (Trato de esconder lo que me hacen masticar. Pero me obligan a tomar el caldo que huele a grasa de carnero).

Bebo lentamente el agua del termo. Eso es puro, trato de tener fuerzas. Es la mañana. Fue un día decisivo para mi misión: estuvo presente el Venerable, el *tulku* Gomchen Rimpoché.

Fui saliendo de mi letargo porque había una presencia al pie de mi tarima, delante de la puerta.

Por su majestad comprendí quién era. No hablaba. Era como si con infinita paciencia esperase mi retorno a la lucidez.

Creo que su voz, apenas audible, se expresaba en un alemán diáfano.

–Debe volver. Debe irse. Debe volver a las ruinas que merece. Su país ha sido vencido, es sólo ruinas, llamas, muerte. Váyase.

Murmuré, creo, el nombre de Agartha y quise decir algo de los poderes supremos. Creo que logré hablar, pero no escuché mi voz. Ocurría algo similar al primer encuentro con el Venerable, cuando llegué al monasterio.

Traté de incorporarme, pero mis fuerzas eran pocas. No preferí la visión directa de ese ser. Permanecí recostado sobre mi lado. Su rostro, su presencia, me producía un efecto recriminatorio.

–En esa guerra han sido vencidos todos *tus pueblos.* El gozne de las puertas del tiempo ha girado, pero en otro sentido. Es ya el comienzo del fin de quienes os adueñábais de todo. De quienes todo lo atrapaban, lo medían, transformaban: los destructores del mundo. Nada de lo que tomásteis os pertenece: pasáis sin ser, como el cisne que cruza las aguas del lago sin embeberse. Creéis tanto en la muerte que terminasteis por ser sólo muerte. Es el fin de los hombres de tus pueblos. Tú, con tu excesivo *yang*, eras el símbolo de todos ellos. Eras el fin de los envilecedores de Oriente. Sí: el gozne del tiempo ha girado, pero en otro sentido.

Creo que era una presencia esplendente pese a su fragilidad. Un ser más que anciano. Vestido con su túnica de seda. Con su piel arrugada de pergamino seco.

Estoy seguro de que no se trataba de un sueño. Pese a cierta fulguración –o irradiación– que parecía surgir de la presencia de Gomchen Rimpoché.

–Surgen los pueblos de la larga reserva. Y en primer lugar China...

Quise insistir. Balbuceé algo acerca de los poderes supremos, de

mi misión de alcanzar Agartha. Mi voz sería muy débil y lejana. Tal vez innecesaria, ya que el Venerable me daba la sensación de habitar mis pensamientos e intenciones. Algo dije del anillo del Gran Khan.

–Tu jefe arde en llamas. Todo ha terminado. Tu ciudad ha sido arrasada. Tus camaradas mueren en un cerco de acero y fuego. Esa pasión ha muerto.

Algo afirmé o pregunté sobre el profesor Karl Haushofer y el grupo de hombres que había ido en busca de poderes.

–Tu maestro ha realizado el *seppuku*, a la forma del rito de los señores del Japón. Abrió su vientre con un afilado puñal de bambú…

Estoy herido en lo más profundo. Ante el mínimo espejo soy apenas una caricatura envejecida.

Ellos creen que han podido engañarme. Creen que he perdido el decir, que estoy loco.

Teodorico von Hagen habló “de la última tribulación que precede a la locura, el umbral de Agartha”.

Me aferro a mi tiempo y mi espacio (cronómetro y sextante).

Deberé ser astuto: han invadido mi ser con las visiones. Soy un baldado, pero todavía soy yo y resurgiré con el disimulo y la astucia con que el pez huye de la trampa puesta en el torrente.

Ya retorna el temblor de la fiebre. Debo dejar la pluma, cubrirme con la hopalanda que me dieron los *sarmung*. Después de estos primeros temblores sé que lloraré y gemiré por la ausencia de las *khadomas* (las maravillosas demonias que creen haber chupado mi alma). Tiemblo por ese veneno en forma de té. Veo la taza entre los muslos perfectos de la visitante.

En el fondo de mi ruina late fetalmente mi ser. Por lo tanto sé que venceré.

Ellos creen que me han destruido con sus drogas.

Entonces vienen las nieves y los
vientos furiosos, pues los
dioses están condenados, y el
final es muerte.

VOLUSPA

VIII

Asalto al misterio

1 de abril. 1945

En las hojas en blanco de la agenda resolví retomar el calendario por el mes en blanco que me resulta más evocativo: abril. La primavera en el Neckar, las mañanas diáfanas. Acepto que sea 1945, en realidad el Año del Gallo Yi.

Es un calendario propio, personal, pero me tranquiliza haberme creado esta referencia temporal.

El "hilo de plata" resistió. No perdí la conexión con mi yo profundo, con mi autenticidad, con mi misión. Hasta me permito fingirme más débil de lo que estoy. Tengo planes.

Me miré en el espejo (me costó alzarme de la tarima). Estoy comido, excavado por las fiebres.

Hice ejercicios de respiración en los fondos de la casa. Al principio me costaron un esfuerzo increíble. No sólo caminé: hasta corrí hacia las higueras. Trabajé para prepararme mi propia comida. En la acequia del fondo atrapé varios salmones confiados cerrando con piedras un tramo. Fue simple. Comí la carne noble muy lentamente, muy lentamente. Guardé el resto para resecarlo y hacer una harina que me servirá dentro de muy poco. Debo impedir que terminen el propósito de envenenarme.

Fui hasta la acequia y me tendí en el musgo tratando de encontrar hongos, pero me dormí de fatiga. Así me encontró Li Lisang, que por suerte me creyó más enfermo de lo que estoy. Me hizo levantar por el novicio que llevaba el cesto de hierbas.

Fue entonces cuando Li Lisang me dijo:

–Pasaron viajeros bordeando la depresión del Turfan. *Los sarmung* que llegaron ayer los vieron. Iban con rumbo al Levante. Ellos encontraron una patrulla de soldados de Yenan que también los habían visto.

Estoy seguro de que esto es lo que me dijo Li Lisang. Lo anoto.

Creo estar seguro de que lo dijo con toda naturalidad. Es Wood.

Sí: no pueden ser otros que los que tiroteé en el glaciar. Es un "doble". Había aprendido en *Ahnenerbe* que en el mundo de los agentes se llama "doble" a quien se desliza en el camino de otro agente, con su mismo nombre y características, para nublar y confundir sus pasos, para descubrir su propósito y su red de sostén.

Sí: los malditos ingleses habían deslizado un doble que tal vez alcanzó Tatelang.

Puede ser otra estratagema de quienes quieren enloquecerme.

Pero ya nada me preocupa. Todo esto me parece irrisorio. Pueril. Nada debe detenerme. ¡Aferrarse a las convicciones, a la misión!

No. No estoy loco.

Sólo al escribir caigo en la neblinosa veta de mi razón. Mi yo profundo resiste. Soy, todavía. No hay otro espejo del ser más que la palabra, la escritura.

(Por momentos es irresistible mi deseo de que vuelvan las *khadomas*, ¡aunque me lleven a la muerte!).

2 de abril

(Olor a vino en el barrio de Nagold que baja hacia el río. ¿Vino de manzanas? ¿Ya en abril?)

¿Por qué los ingleses iban a quedarse quietos? Alguna vez, como en una niebla, le quiebro el espinazo a un coronel llamado Dexter. A Robert Wood lo sacaron al patio de Spandau. Su estupor de estar ante un pelotón de fusilamiento. El fin del *fair play*. Puedo imaginar, puedo vivenciar, la ironía final con que mira al capitán *SS* que ordena formar el pelotón. *Me* fusilan.

Siento que cobro fuerzas. Como el resto del salmón. Me escondo de los esenios que por la noche bajan para una ceremonia en la fuente. Su único interés es la sabiduría y la sosa eternidad. Una pasión bastarda, en suma.

No caeré en trampas metafísicas.

14 de abril

Taché los días en la agenda. Tengo la duda de haberme olvidado de uno. Me esfuerzo a poner la marca en el momento en que veo la luz de la mañana. Si me vuelvo a dormir me confundo, como creo que pasó.

Me costó trabajo lograr abrir el cinturón con las piezas de oro. Tengo una cifra increíble para el lugar: unas mil libras esterlinas.

Esperé pacientemente estas dos semanas fortaleciéndome con mis ejercicios y la comida. Anteayer por fin llegaron los cargadores que dejaron los animales en el corral del puente. Tengo suerte porque hay luna creciente.

Por la noche, por el lado de la fuente de los esenios, me fui acercando al corral de las mulas. Distinguí dos o tres caballos de los soldados rojos que condujeron la caravana con la carga semestral.

Arrinconé al que me pareció más dócil y le puse el cabestro que fabriqué con un tramo de soga. Son caballos pequeños y de crines largas. Me afirmé bien y junté todas mis fuerzas para saltar. Mi mochila me pesa enormemente.

Me deslicé a lo largo del torrente y después seguí el camino que bordea el monte hasta la garganta estrecha que da ingreso al valle del monasterio. Desde allí todo fue fácil.

No di descanso al caballo. Al amanecer vi la extensión del Turfan y las someras tiendas de los *sarmung*.

Por fin detuve el caballo a una centena de metros de ellos. Me quedé inmóvil mientras se definía la claridad del amanecer. Estuve así un buen rato. Después avancé hacia ellos. Estaban ya en torno del rescoldo de bosta de camello. Creí reconocer al guía del grupo que me trajo desde Tatelang. Por fin el hombre se levantó y vino hacia mí.

–Busco la ciudad de granito y mármol, la ciudad que no se nombra. Quiero que me hagas entrar en el desierto…–Arrojé a los pies del *sarmung* el cinturón con las monedas. Se oyó un tintineo sordo, como de risas ahogadas.

–Es todo lo que tengo.

El *sarmung* me miraba en silencio sin perplejidad ni interés. Luego se volvió, levantó el cinturón y retornó para sentarse entre su gente.

Disimuladamente abrí la cartuchera y encastré el cargador de la pistola. Deliberaron largo rato. Después el guía volvió seguido por un sordomudo.

Se plantó ante mí y bajó la cabeza asintiendo. Después dijo en un chino gutural y muy dificultoso:

–Sabes que nadie puede llegar a la Ciudad por su propia voluntad. Debes saber que tal vez no salves tu vida...

Asentí yo también bajando la cabeza, según el estilo de los traficantes del desierto cuando quieren significar que han cerrado trato.

Pensé que compensarían llevarme al desierto (tal vez una transgresión para sus principios) con la decisión de cumplir el mandamiento de matarme. Para ellos la piedad y la redención tienen otro código. Pero yo no tenía otra posibilidad que asumir los extremos riesgos.

Afirmada la mañana partimos. Cinco camellos para los tres jinetes (venía el joven *sarmung* sordomudo que se ocupaba de los animales y los trabajos). Dos camellos con la carga. Sobre todo agua.

Intenté señalarle al guía el rumbo mostrándole la esfera de la brújula que até al arnés de mi camello. El *sarmung* hace un gesto negativo como diciendo "no sirve". No entiende ni acepta abstracciones. Pero cuando anochece y acampamos más o menos nos ponemos de acuerdo señalando las primeras estrellas.

Estoy seguro de que en algún momento el *sarmung* querrá desviarme hacia alguno de los lugares donde el sacrificio ritual se tornaría benéfico para todos los suyos. Generalmente alturas con templetes de piedra rústica, los llamados *obos.* Un lugar similar al monte Moriah, esa colina de piedra, esa roca, donde el beduino Abraham llevó a su unigénito para apuñalarlo cumpliendo el mandato del atroz dios invisible, origen de los tres grandes monoteísmos que envilecieron el mundo. El idiota que cuida los animales, es el acólito necesario para el sacrificio ritual. Lo sé.

Como nosotros, como los nazis, los *sarmung* saben que el tigre o la serpiente son tan inocentes como el pájaro. Pero no el hombre. Ellos consideran (como los *uros* del Titikaka que estudió Wood en uno de sus artículos) que son anteriores al hombre actual, y que éste no es más que una degradación o involución del humano que "estuvo en contacto con las Potencias de Afuera". El error de los *sarmung* es su falta de poder. Ese orgullo que los condena a la artesanía de meros exterminios unipersonales.

(Los animales saben o sienten que el hombre es un temible *ente degenerado* de la creación).

16 de abril

La travesía que puede tener un máximo de cuatrocientas millas. Tengo que alcanzar el punto "A" para proyectar desde esas coordenadas el triángulo de la zona sagrada sobre el mapa preparado por *Ahnenerbe.*

El Monasterio de las danzantes está al norte de la depresión del

Turfan, en las estribaciones del Pokoto Shan donde Dzungaria comienza, nuestro primer desierto. El rumbo tiene que ser E-NE y después de unas doscientas millas deberé situar el punto “A”. El “valle de Von Sebottendorf”, según las instrucciones de *Ahnenerbe.*

Duermo con la pistola gatillada. Cierro la tienda con una cuerda atada a mi mano. Soñé con el dibujo de Abraham en el libro de historia religiosa. El padre Mainz, en el colegio de Nagold. El patio del colegio de Aberporth (una imagen similar en la capilla y digo algo en inglés a un compañero. Fui –Wood– flojo en religión en aquel año: 12 sobre 20).

18 de abril

La zona de los “vientos amarillos”, es aquí donde Gurdjieff, con su sarcasmo habitual, dijo a nuestro agente haber fabricado zancos altísimos para poder respirar sin tragar arena. Teilhard de Chardin había llegado hasta este punto en una de sus “fugas en solitario”, como él mismo las llamara.

Los *sarmung* parecen saber lo que nos espera. Atan campanillas de bronce al cogote de los camellos. Ahora el guía se pone al frente y los cinco camellos van unidos por una larga cuerda atada a los barbijos. Parecemos montañistas.

Cada hora, cuanto más, hay que limpiar los belfos de los camellos taponados por una masa de arena y moco. Los velos de arena se adensan. Al acampar debemos “anclar” los camellos con cuerdas sujetas a estacas bien clavadas en la arena por el sordomudo.

Mi debilidad es mi enemigo: la incesante tormenta de arena parece demoler los trabajos de rehabilitación física en que me había empeñado. Acomodo lo mejor posible la montura para que sea como un sillón. Trato de ir echado sin esforzar los músculos. Pienso que soy Rimbaud cruzando su último desierto de Abisinia.

Los *sarmung,* como obstinados penitentes españoles, van acurrucados, envueltos completamente en sus siniestras capuchas cónicas. Miran y respiran a través de la gruesa y ruda trama.

19 de abril

En esta zona toda idea de realidad se vuelve ambigua. En pocas horas el bajío aparece cubierto por una elevada duna; o las dunas que parecían una cordillera, han desaparecido dejando un espacio plano y desértico.

Por estos curiosos efectos aparecen y suelen desaparecer en horas o días ciudades de otros tiempos. Tal vez construidas ante el auge de los Khanes. El océano de arena las descubre y se las lleva como las caracolas que mueve la marca baja.

El viajero cree en espejismos, en ilusiones ópticas, como un sereno refugio ante la desconcertante realidad.

Estaba anotando estas observaciones cuando escuché los motores. Se ve que los tres carros armados se acercaron inaudiblemente, a contraviento.

Son tres coches a oruga, con la estrella roja en las puertas.

El *sarmung* habló con el jefe. Se habían puesto a sotavento de un vehículo y estaban encendidas las luces potentes de los faros. El jefe, un mongol, tenía estrellas rojas en la gorra y en las charreteras. Hablaban en mongol.

Pensé que tal vez el destino quería que me estuviese llegando una muerte militar como la deseada y tal vez ya obtenida por tantos de mis camaradas.

Los soldados no serían más de una docena. Podría eliminar a dos o tres antes de ser alcanzado. Curiosamente, la idea de morir me infundió una extraordinaria sensación de cansancio y tedio. Mi total pasividad era la prueba ante mí mismo de mi disminución, de mi mutación.

Algo debe haber murmurado el guía, porque creí oír que decían “Robert Wood” entre fonemas indescifrables. Se pusieron junto al farol a revisar un grueso catálogo, tal vez un listado. Ninguno daba la sensación de estar capacitado para leer.

Frente a mi tienda me senté en la arena, entre los planos de viento enarenado.

El oficial se acerca. Tiene bigotazos de bandido mejicano. Comprendo lo que dice o va a decir y le extiendo el visado soviético de Robert Wood. Un *laissez-pas-ser* con el sello de la autoridad soviética debidamente falsificado. El oficial se lo lleva para revisarlo junto a un foco. Sus manos no parecen haber jamás girado una página. Es como un bisonte con un canario en las pezuñas.

Tendría que sacar ahora el revólver o definitivamente abandonarme al azar.

El oficial viene y me devuelve el pasaporte. Hace una especie de venia. Como si supiera de mí, como si estuviese anunciado.

Partieron.

Siento estupor al escribir esto. Comprendo que el juguetón Robert Wood, en otra de sus flemáticas humoradas, me salvó la vida. Es un fantasma. Pero el fantasma de alguien educado en Oxford.

21 de abril

Miro la fecha del diario “21 de abril” y sé que es imaginaria. (Pero mientras lea la palabra abril en el diario, pensaré fugazmente en el verde que nace en las orillas del Neckar).

Gran esfuerzo para fijar el sextante para una medición. Tengo que vencer un pesado sopor. Mi resistencia a la invariable violencia del viento no es la misma que la del *sarmung*.

Es imposible intentar la altura solar: el sol es un reflejo inmóvil detrás de los velos de arena. Renuncio.

Laboriosamente envuelvo el cronómetro en su tela encerada. Esa arena, sutil como décimas de segundo, podría infiltrarse y dañar definitivamente el delicado mecanismo suizo.

Extenuado me tiendo en la montura y me dejo llevar como una carga inerte.

23 de abril

Pienso que estamos en el punto “A”. Mis estimaciones fueron bastante cuidadosas pese a lo lento e interrumpido de la marcha. Por la noche en mi tienda descoso la entretela de la chaqueta y saco el sobre impermeable. Allí están las cifras de las coordenadas. Resumen final de los trabajos de *Ahnenerbe*: dos claras cifras para enfrentar el delirio. Las cifras ejercen una extraña fascinación a la luz de la linterna.

Me cuesta mucho, pero logro transportar con el compás esos valores al mapa. Después uno los puntos y tengo por fin el triángulo: ¡estoy a no más de sesenta o setenta kilómetros de Agartha!

Aunque no logré precisar el punto “A” (102 E 47 N) el error no puede ser mayor que treinta o cuarenta kilómetros.

Mi exaltación es grande. Comprendo toda la debilidad y tal vez mi penuria cuando siento que unas lágrimas enarenadas caen en la mano que sostiene el lápiz.

24 de abril

Los cálculos no pueden ser errados ni ilusorios. A mediodía me esfuerzo con el sextante. Los *sarmung* me miraban sin comprender esa tarea que presumen un desatinado rito solar. Me cuesta mucho mantenerme firme en el viento amarillo tratando de precisar el brillo oscilante del sol en la lente Zeiss. Cuando tomo la cifra me precipito hacia el cronómetro que brilla con la exótica perfección de una joya sobre el suelo ocre y áspero. Creo precisar el punto de los 47 N, pero no tengo fuerzas para tomar más alturas y reducir el error de cálculo.

Trato de recuperarme comiendo muy despacio la carne que desgrano o separo en hebras. Muy lentamente bebo la agriada leche de cabra, es una especie de cuajada nutritiva.

Me aferro a la pluma. La limpio cuidadosamente y la guardo en la caja de madera. Se tornó un elemento extremadamente importante.

A través de ella mantengo viva mi reflexividad. Es el "hilo de plata" de mi ser profundo y por momentos ya nublado que emerge en su punto cuando al anochecer me recojo a escribir.

25 de abril

Anoche llegamos a un lugar más alto donde los vientos parecían desviarse. Había ruinas difíciles de definir en la penumbra. Hoy a la mañana el cielo lució diáfano y nos dimos cuenta de que estábamos al pie de una colina de roca que alguna vez fue el espinazo donde se apoyaron estos escombros de piedra.

Subimos. Hacia el sur de la ciudad en ruinas hay un espectáculo deslumbrador: esa roca cae a pico sobre un abismo de varios centenares de metros, abajo se abre un infinito desierto. Por suerte ese no es nuestro rumbo.

Hay un muro de grandes bloques de rocas graníticas que encastran con admirable perfección. En lo alto de ese muro que da al referido abismo hay tres ventanas trapezoidales.

Avancé por un terraplén con amplias lajas en forma de escalones. Todo tiene proporciones ciclópeas. Todo es inexplicable.

El terraplén culmina en una piedra de granito negro, cortada en planos geométricos y culminada en un cuadrilátero de la misma piedra. Tengo la sensación de lo "ya visto". ¡Ese extraño objeto es como el altar de piedra o "amarradero solar" que describió Wood en

sus trabajos sobre Machu Pichu, en los Andes! También el muro de piedra con las tres ventanas trapezoidales repite la imagen de las fotos de la expedición de Hiram Bingham publicadas en el *Geographic Magazine* que vi en la biblioteca de la Sociedad de Bengala.

Todo eso es muy extraño, pero en esas latitudes siento no tener casi capacidad de asombro ante nuevas extrañezas. (Es sabido la gran migración de los pueblos centrales, portadores de los conocimientos turásicos, en el ciclo de grandes glaciaciones, unos once mil años atrás. Los pueblos de los Fundadores tal vez se desplazaron a través del Estrecho de Behring llevando el germen de las grandes civilizaciones americanas).

Pero yo tenía mi propio encuentro con lo fantástico. Fui descendiendo hacia nuestro breve campamento donde los *sarmung* y los camellos esperaban los nuevos embates de viento amarillo. Tal vez en un cambio de la dirección de los mismos la colina de la ciudad volvería a ser cubierta por las dunas y desaparecería de la vista humana quizá durante siglos…

Es la zona de las "ciudades fantasmas" como las llama Gurdjieff en su descripción.

26 de abril

Lo que ocurrió es el desastre, simplemente.

Habíamos acampado antes del atardecer. La visibilidad se hacía casi nula, sólo nos guiábamos por la línea de la cuerda que unía los camellos. En el viento que aumentaba apenas era audible el tintineo de las campanillas de los animales.

Estábamos en la región anunciada en la confusa crónica secreta de Dietrich Eckart: la esfera de la brújula gira sin dar el norte con fijeza. Comprendo que ahora estoy sometido a la voluntad y designios del *sarmung*. Los especialistas de *Ahnenerbe* hablaron de una zona ya muy próxima del centro de los poderes donde se registra un fuerte incremento del magnetismo terrestre. (Sólo se conocen seis o siete puntos del mundo con iguales características).

Con mucho esfuerzo habían levantado mi tienda y ya me disponía a tomar las notas cuando sobrevino el ataque terrible. Los camellos salvajes vinieron galopando con el viento amarillo de modo que no hubo manera de evitar la sorpresa. Estos animales enfurecidos por el hambre sobreviven adaptándose a ese torbellino eterno que nunca se calma. Ese es su hábitat: se van desplazando con el viento de arena. Esa es también su defensa. Se oían sus

bramidos y una especie de ronquido que emiten para destapar la arena de sus belfos. Daban la impresión de ser muchos, tal vez más de una cincuentena y de girar en torno del campamento destrozando todo lo que iban encontrando. Me eché en un socavón y con el potente rayo de la linterna pude enfocar parcialmente a algunas de estas visiones demoníacas: tenía los ojos enrojecidos y lanzaba dentelladas. Fugazmente se me hizo presente el relato de Gurdjieff referente a la muerte de Soloviev, uno de sus "buscadores de la enseñanza", desnucado por la mordedura de uno de estos demonios.

El estrépito de su galope circular era aterrorizador. Intuí que galopaban junto a las brasas que había encendido el guía como modesto centro de nuestro campamento. Se oyeron rugidos y el bramar agudo de nuestros camellos atados, embestidos por los salvajes. Creí oler el dulzón y denso aroma de la sangre. El tintinear de las campanillas de nuestros animales se tornó desesperante hasta decrecer lúgubremente. Con sus poderosas mandíbulas levantaban los odres y cántaros y los destrozaban. Se oían los resoplidos mientras bebían enloquecidos de sed el agua derramada en la arena.

Vi alargarse en el rayo de la linterna, a pocos metros míos, dos cogotes de esa especie de Hidra de múltiples cabezas. Habían descubierto mis pertenencias. Vi saltar en el rayo de luz, destrozando mi único libro, el de los poemas de Hólderlin. De un solo golpe de las enfurecidas mandíbulas destrozaron también el sextante que fue despedido muy lejos, en la oscuridad.

Mi inmovilidad seguramente me salvó.

Las bestias terminaron de devorar a sus congéneres y pareció que se alejaban.

Respiro olor de sangre. Me incorporo venciendo un terrible cansancio y grito en el viento llamando a los *sarmung*. No tengo respuesta, me duermo: es invencible y súbita la fuerza del sueño.

Cuando amanece veo venir hacia el campamento al guía que arrastra los restos destrozados, comidos, del sordomudo. El guía, como siempre, no me dice nada, ni siquiera en esa circunstancia. Pasa media mañana juntando las estacas de los arneses rotos y arma una pira. Tarda todo un día hasta lograr que el débil fuego termine por quemar los restos del muerto. Es el rito de la Hermandad y lo cumple.

Ahora no nos queda nada. Pero estamos *sobre* Agartha. Las anomalías magnéticas son típicas del lugar. El polaco Ossendowski habla en su relato del lugar donde "la tierra y el cielo contenían su aliento". Un lugar final donde ya sólo es posible orientarse por el

vuelo de las águilas.

El sextante está inutilizado (ni siquiera lo encontré). El cronómetro quedó reducido a un brillo. Apenas un objeto destrozado por un golpe de pezuña.

Escribo despacio esta crónica del desastre. El *sarmung* trata de encender fuego y asar un pedazo de carne de camello que limpia de sangre y arena. Todo es su destino. Todo continúa.

Se acabó mi Espacio y mi Tiempo. Esos dioses laicos que no son más que mediciones, números, abstracción matemática.

28 de abril

Trato de escribir. Lo hago muy lentamente. Hemos marchado toda la semana. Ya muerde la sed: sólo bebemos racionadamente lo que queda en las cantimploras. Pero ya no nos podemos lavar: somos dos máscaras de arena.

Todo un ciclo acaba. Estamos cerca de un fin o de un comienzo.

Observo al *sarmung*. Descansa envuelto en su hopalanda primaria. Me está observando a través del tejido. Siento su mirada dura y brillante.

No hay dudas de que sólo espera el momento para matarme (el pomo del cuchillo se insinúa sobre el sayón a la altura de la cintura. Lo lleva enganchado sobre el vientre, a la manera árabe).

Hemos alcanzado un punto de la marcha en el que no puede tener otra intención ya que la de encontrar el momento propicio para sacrificarme y cumplir con su mandamiento. Comprendo que el *intihuatana* o amarradero solar puede ser el lugar indicado. Fue Wood el que escribió, en el artículo que leí en la frescura de la biblioteca de la Sociedad de Bengala, que los incas hacían en esos altares solares sacrificios de llamas y a veces de humanos. Era un *obo*.

Ahora tomo de nuevo la pluma. No tengo agitación alguna. Hace un instante nomás la deposité en el cuaderno, extraje la pistola e hice tres disparos contra el *sarmung*. Los impactos se hundieron en su carne con un ruido sordo, como monedas caídas en aguas estancadas. Siento que el *sarmung* había estado como apenas asomado en la vida, con la mitad del cuerpo en el Origen, y que los tres balazos lo empujaron del todo hacia el otro lado. Súbitamente veo aparecer desde el fondo del otro que soy, desde muy lejos, la

mano extendida del ángel de Giotto que sale del muro azul de la capilla *degli Scrovegni,* en Padua. Padua…

Ahora el *sarmung* se desangra dulcemente, como los corderos sacrificados: es una sangre espesa que gotea o cae en un delgado hilo rojo formando un círculo perfecto en la arena. Efímero esmalte. Agoniza echado de costado: ahora se me hace que la pluma describe la caligrafía de su muerte.

Estoy solo. Completamente solo, ahora.

Había escrito Von Hagen: "Cuídate en la zona donde los muertos ya no pesan. Donde los muertos se mezclan con los vivos".

En una página del *Breviario* se anotaba:

> Hay un momento en que el movimiento ya no te lleva. Puedes llegar sin moverle. Puedes ser expulsado sin moverte. Basta que los Superiores te opten o te expulsen. Tu voluntad ya no contará, esto, de pasar, ocurre cuando ya se está en el umbral de Agartha.

La pluma. Las letras, las palabras y los puntos. El goteo del ser. Única realidad, ahora, de mi existencia. A veces cada línea me cuesta como correr o escalar una pendiente. Pero sé que si dejo de hacerlo me disolvería en el aire, perdería mi contextura. Sería como aire volcado en el aire. Grano de arena en los velos de arena.

Horror del retorno, de la nada.

Las letras son el ancla, el techo. La residencia única cuando todas las raíces están volcadas al espacio, cuando ya no hay protección posible.

Lo que más temo es que retornen las fiebres: ya no resistiría y todo estaría perdido.

Estoy echado, esperando que se defina el amanecer. Tengo cierta sorpresiva fuerza. Con la claridad rosa releo la frase del viajero de Agartha, René Guenon, que copié en la agenda:

> En nuestro ciclo terrestre, ciclo negro del llamado Kali-Yuga, se conserva una tierra preservada, custodiada por celosos guardianes de los invasores profanos. Aunque ese lugar podría mantener

contacto con el exterior prefiere la invisibilidad e inaccesibilidad. Opta sus posibles visitantes.

Mi razón es muy débil. La duda puede ser signo de vida, un signo perverso de vida: me repetí las preguntas que creo me hice por última vez en Tatelang o en la pileta termal del Monasterio de las danzantes: ¿es una región, un lugar? ¿O es un valor simbólico? Un estado psíquico del buscador, del iniciado; o efectivamente el palacio que describe Ossendowski según el relato del *Hutuktu* de Narabanchi? "Ese lugar donde termina la geografía y empieza el laberinto de los símbolos…" (Gurdjieff).

Y Von Hagen: "Agartha es como un organismo vivo, como el cosmos, como cada hombre. Un organismo intelectual-espiritual. Desde que se ve amenazado por un invasor pone en juego sus poderosas defensas. Si el invasor puede acercarse, no obstante ellas, pasará a la categoría de iniciado…".

Me duermo, el sueño es invencible, peligroso, reparador. La mañana me encontrará dormido, pero tendré más fuerzas para marchar.

A la media mañana veo en lo alto, en un momento de calma de los vientos, un punto negro en el azul caliginoso y total del cielo. Es un águila. Lamento no tener el largavista (que no podría sostener con mi pulso temblequeante). Un águila. Las águilas se mueven prefiriendo las corrientes de aire frío. Hay como ríos de viento fresco, ríos secretos del aire, que corren según las concentraciones de calor de la masa continental y las quebraduras topográficas: depresiones, bajíos. Miro el vuelo del ave y lo transporto al páramo quemado por el solazo. Así tengo la dirección. "El último signo de rumbo lo conocerás por el vuelo de las águilas" (Von Hagen).

La sed me devora.

El resplandor es atroz. Hasta las piedras se tornan etéreas, transparentes. Por fin alcanzo al maldito Wood.

Va montado en su camello con *breeches* de gabardina clara, lleva botas de caña alta, casco colonial de corcho entelado, una chaqueta de hilo. Está más bien vestido con el atuendo que yo podría haberle imaginado.

Me parece que apenas vuelve la cabeza para mirarme en esa

violenta luminosidad. No hay gesto alguno de sorpresa, es como si fuese perfectamente natural haber encontrado a alguien por allí. Irradia una lamentable y orgullosa serenidad.

Intento moverme, hacer un gesto para llamarle la atención pero renuncio: tengo mi orgullo. Tengo la cara quemada por el resplandor y la piel cubierta de arena como un fantoche de circo.

Pongo mi mano en la frente para poder ver. La tierra levanta vapores que curvan todos los perfiles, aristas y perspectivas. Sí, es Wood. Es Wood. Y van, más allá, otros jinetes. Hay un camello donde ondea, como una oriflama, un tul celeste atado al casco colonial con inverosímil coquetería. No me caben dudas: es Katty Kauffman. La adorable judía. ¿Será la madre de un hijo mío?

Me parece farsesco. Abro la boca para reírme pero las comisuras de los labios me pegan un doloroso tirón. Yo mismo no estoy siendo más que un pellejo reseco.

Una rabia incontrolable me hace dar unos pasos hacia ellos. A pesar del dolor y que mi lengua es como una áspera madera. Logro insultarlos con un ronquido *Sons of a bitch!* Luego insulto en alemán, como si la boca me fuese a arder menos por eso.

¡Fantasmones! ¡Mamarrachos! Cabalgan. Tienen las cantimploras hinchadas de agua. Se pierden entre los mantos de vapor. Agito los brazos. ¡Cerdos!

Tanteo la pistola pero no logro abrir la cartuchera y se alejan, se van perdiendo. Hubiera vaciado todo el cargador sobre ellos.

Son lo que quedará como triste futuro sin nuestro Renacimiento: Wood y la judía, hermanados, amancebados. Sí, son ellos. Siento una terrible angustia.

Me arrastro. Estoy nuevamente en una zona de ruinas.

Mi lengua hinchada, reseca. Me muevo entre las piedras. Una lagartija escapa sin que pueda yo agarrarla, hubiese chupado la humedad de su cuerpo. Me tiendo contra una piedra. Hay una reseca, fosilizada, sandalia. Sé que es de algún soldado de las legiones de Alejandro, de las patrullas que destacó desde Bactriana para alcanzar la oculta sabiduría de Agartha.

Entre las ruinas resecas palpo sombras, hipotéticas humedades. Paso mi lengua desesperadamente confundiendo la sombra con la humedad.

Por momentos me siento más aliviado y avanzo. El suelo se torna pedregoso. Me parece ir subiendo por su suave promontorio. Me cuesta esfuerzo, se ve, porque veo declinar la tarde.

Es cuando noto La Puerta. La mítica puerta.

Siento los latidos del corazón como una campana encerrada en una jaula de mimbre.

Es de mármol blanquecino o de granito blanco. Conozco sus formas: es de similar factura y proporciones de la fotografiada por el maldito Wood en su artículo, donde aparece a orillas del lago Titikaka. (Me recuerdo con Greta, como en otra vida, en París, cuando vimos la reproducción en el Museo del Hombre…). La Puerta del Sol.

Me indigna experimentar la emoción (de arqueólogo) que vivió Wood en Bolivia. Mi ser se *desliza* hacia sentimientos de él que se sustituyen a los míos.

Me aferro psíquicamente a mí, a Walther Werner. Pero es un esfuerzo extenuante *ser* Walther Werner. Me deslizo hacia el otro. *Caigo* apaciblemente en el otro como si perdiese mi propia gravedad.

Ya no tengo más fuerzas. No me queda más orina para beber y no puedo imaginar que mi sangre no esté seca dentro de mis arterias.

Cargué la lapicera y luego con ansiedad, pero con toda la posible lentitud, me bebí el resto de la tinta del tintero. Triste destino como escritor improvisado: me bebí la casa del Ser.

Estoy seguro, por mis cálculos estimativos, de que hoy es *30* de abril de *1945*.

La Puerta.

Pareciera que tiene poderes hipnóticos. Está plantada en medio de la planicie. Es el atardecer y me parece que sopla un viento menos ardiente.

No se puede quitar los ojos de ella. Tiene la majestad del pórtico de un palacio de proporciones infinitas. Un palacio que tuviese por cúpula todo el espacio. Si se entrase, cruzando el dintel, se podría sentir que se sale hacia lo abierto. Uno experimentaría que entra en lo infinito, que es un palacio acogedor y sobrecogedor a la vez.

Ya no tengo dudas, una gran serenidad me gana: es la puerta de Agartha de la cual hablaron Jámblico y el delirante Eckart.

Siento la señal de un aire fresco y moderado. Es el signo que anotó el agente Ossendowski: “Los camellos de la caravana movían sus orejas espantados. El aire vibraba dulcemente y traía de lejos una música callada que penetraba el corazón de los hombres”.

Me tiendo en la frescura inesperada. Acomodo el cuaderno sobre mi pecho y dibujo muy despacio letra por letra. Siento que lloro, pero sin lágrimas: se arruga y arde la piel en torno de los ojos. Sí: ¡es el umbral de Agartha! Debo gozar esta increíble paz hasta que llegue el emisario del Supremo Hutuktu, el rey de los poderes, el Rey del Mundo.

El Supremo investirá nuevamente el poder del *Vril* a nuestro *Führer*. Suprema paz, paz de quien cumplió su misión. Paz de triunfo…

Epílogo

El libro de notas de Walther Werner fue encontrado por una patrulla del ejército rojo de Yenán, en los convulsionados tiempos que van desde el fin de la Segunda Guerra al triunfo maoísta en 1949.

Resulta curioso que Werner haya creído haberse internado profundamente en territorio mongol. La patrulla, aunque no hay detalles precisos en el informe de Naciones Unidas, parecería haber efectuado el hallazgo en la zona del Turfan. Esto indicaría que Werner podría haber girado circularmente pese a las precisiones que anota en la última parte de su diario.

También es raro que el informe nada diga del cadáver. En esos tiempos de guerra lo común era que la tropa se repartiese las pertenencias de los muertos y las comerciase en el mercado negro manejado por los caravaneros.

Recién en 1979 el nombre del oficial Walther Werner fue subrayado por un funcionario chino en una de las infinitas listas de personas desaparecidas y buscadas que envían las Naciones Unidas a sus Estados miembros.

El libro de notas fue enviado a Alemania Federal vía ONU y el Consulado alemán en París ubicó al hijo del autor, el periodista de France-Presse Alberto Werner Lorca.

El cónsul preparó los documentos de estilo. Omitió todo comentario sobre el texto o la persona del causante. El diario de un oficial nazi, por cierto, era embarazoso para los hombres de una burocracia que trata de demostrar por todos los medios su entusiasmo antifascista y su incondicionalidad democrática.

Werner Lorca exigió que se abriese el sólido sobre, ya que había firmado el recibo que definía su contenido. Era un cuaderno grueso y amarillento del cual cayeron granos de arena fina, que el funcionario sopló con fastidio en dirección diagonal a la de su interlocutor.

Werner Lorca salió presuroso y se instaló en una próxima terraza

de un café en *Champs Elysées*. Leyó ávidamente. Se reencontraba con su padre (ese misterio y causa pendiente de toda su vida) en esas líneas que hacia el final se tornaban casi ilegibles.

El nazismo ya era el pasado. Se había perdido en la aridez del desierto como el diario de Walther Werner. Aquella era la crónica del delirio y de la final *Gótterdammerung*.

Detrás del horror de la historia y de la atrocidad de la ideología, sin embargo, encontró las vibraciones del alma de ese padre que nunca conoció.

Increíble persistencia del corazón de los bacilos planetarios.